



*Corazón  
de Hielo*



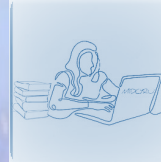


# CORAZON DE HIELO

Traducido y editado por Traducciones Midcyru  
[DISTRIBUCION GRATUITA](#)







## TRADUCCIONES MIDCYRU

Este libro ha sido traducido por y para fans por el “EQUIPO MIDCYRU” con el único fin de entretener y hacer llegar a más personas estos fantásticos cuentos, la labor ha sido realizada sin fines de lucro, con la única misión:

**“QUE LA LECTURA NO ENCUENTRE OBSTACULOS”**

**Recuerden siempre apoyar al autor comprando su obra.**

### EQUIPO DE TRADUCCIÓN

Belén

Josué/Kylar

Gravity63

### DISEÑO, EDICIÓN, CORRECCIÓN Y MAQUETACIÓN

Gravity63

Muchas gracias, sin ustedes, nada de esto habría sido posible

Y agradecemos también a nuestros lectores... Esto es por y para ustedes...

**Advertencia:** Estos documentos son de DISTRIBUCION GRATUITA y **solo** a través de nuestra **PAGINA DE FACEBOOK** por lo cual nos deslindamos de toda compra - venta a través de sitios alternos y terceras personas.

Gracias por la preferencia y disfruta la lectura





# ÍNDICE

<b>Capítulo I: El Libro De Cuentos De Hadas</b>	<b>7</b>
<b>Capítulo II: El Consejo De Las Hadas</b>	<b>19</b>
<b>Capítulo III: El Vestido</b>	<b>32</b>
<b>Capítulo IV: El Misterioso Sir Richard</b>	<b>43</b>
<b>Capítulo V: El Regalo</b>	<b>49</b>
<b>Capítulo VI: El Entendimiento</b>	<b>58</b>
<b>Capítulo VII: La Advertencia de la Señora Bramble</b>	<b>67</b>
<b>Capítulo VIII: La Maravillosa Aventura</b>	<b>76</b>
<b>Capítulo IX: Los Muchos Reinos</b>	<b>81</b>
<b>Capítulo X: La Señora De La Casa</b>	<b>90</b>
<b>Capítulo XI: Los Ratones</b>	<b>96</b>
<b>Capítulo XII: El Pequeño Diablo</b>	<b>105</b>
<b>Capítulo XIII: Vispera De Navidad</b>	<b>112</b>
<b>Capítulo XIV: Las Hermanas Extrañas</b>	<b>120</b>
<b>Capítulo XV: Las Cartas</b>	<b>131</b>
<b>Capítulo XVI: El Raton La Taza De Te Y La Invitacion</b>	<b>135</b>
<b>Capítulo XVII: El Baile</b>	<b>140</b>
<b>Capítulo XVIII: El Infelices Por Siempre</b>	<b>153</b>
<b>Capítulo XIX: Felices Para Siempre</b>	<b>160</b>





*Dedicado a Rich Thomas: Sin su estímulo y orientación, y la de muchas otras personas de otras personas con talento con las que he trabajado en Disney a lo largo de los años, nunca habría escrito esta serie. Siempre tendrás mi más sincera gratitud.*





# CAPITULO I: EL LIBRO DE CUENTOS DE HADAS

## LAS TREMAINE

No hace mucho tiempo y bastante lejos, pero todavía dentro de los Muchos Reinos, había un viejo castillo en ruinas. Este castillo tenía dos atributos distintivos: el primero y más notable era que Cenicienta, la reina de su tierra, había llamado a este extraño y premonitorio lugar su hogar. El segundo era que era objeto de rumores salvajes: que estaba embrujado por Lady Tremaine y sus dos hijas.

Se decía que las hijas de la dama, Anastasia y Drizella, vagaban por el castillo con vestidos blancos, y se decía que el espectro de la dama había sido visto hablando con el fantasma de su amado gato, Lucifer, mientras lamentaba la pérdida de su único y verdadero amor.

Los rumores contaban una trágica historia de fantasmas, llena de miseria y engaños. Pero la verdad era mucho más interesante. El hecho era que la dama y sus hijas estaban muy vivas, a pesar de su apariencia de espectros, y estaban atrapadas en el viejo castillo en ruinas sin esperanza de escapar.

Verás, a diferencia de Cenicienta, las hermanas Tremaine no tenían un hada madrina que las cuidara.

Probablemente no hace falta que os hablemos del pasado de Cenicienta, antes de que se convirtiera en reina, cuando vivía con las Tremaine. Si has tomado este libro, entonces ya conoces bien la historia de Cenicienta, pero por si acaso has estado viviendo fuera de los Muchos Reinos, y de alguna manera has logrado pasar una vida sin escuchar la historia de Cenicienta, supongo que mejor que te cuente un poco sobre su familia.

Como la mayoría de las princesas de los Reinos, esta pobre chica perdió a su madre a una edad temprana, y su padre tuvo que encontrar una madrastra adecuada para que su hija tuviera un hogar feliz.





Parece que las vidas de las madres en los Muchos Reinos son a menudo cortadas de manera temprana, y las madrastras que las reemplazan son casi siempre crueles y egoístas, pero esa es una historia para otra ocasión.

Podríamos especular que algo sobrenatural estaba en juego en los Muchos Reinos, o que la culpa debería recaer, casi con toda seguridad, en la mala elección de madrastras por parte de los viudos.

Incluso se podría argumentar que las vidas de estas mujeres estaban predestinadas por la noción errónea predominante en los círculos de hadas de que todas las madrastras son malas.

El padre de Cenicienta no pensó mucho más allá del cuidado de su hija cuando eligió a su nueva esposa, aparte de asegurarse de que era una dama de buena familia, muy respetada en su comunidad, y que tuviera una gran dote. Esta dama parecía la elección perfecta, en realidad.

Ella era una mujer de aspecto majestuoso, todavía bastante guapa, y lo más importante era que tenía una fortuna propia, que por supuesto se convertiría en la de él al casarse. Esto fue, y sigue siendo hasta el día de hoy una costumbre bastante desafortunada y anticuada en los Muchos Reinos: todas las posesiones de una mujer pasan a ser propiedad de su marido al casarse. Pero esto no preocupaba a la dama.

Ella pensaba que el padre de la joven era muy apuesto, con un título mucho mayor que el suyo, lo que ella suponía que era una fortuna considerable, y una hermosa casa en la que podría criar a sus propios hijos junto a su hija.

Sin embargo, las esperanzas de esta dama para el matrimonio iban más allá de las preocupaciones prácticas. Ella amaba a este hombre y esperaba tener una hermosa vida con él, aunque no lo dijera cuando él la cortejaba. Parecía el tipo de hombre que deseaba una mujer pragmática, y la dama era, en efecto, muy sensata y demasiado correcta para mencionar esas cosas. Se enorgullecía de su estoicismo.

Pero pronto llegaremos a esa parte de la historia. Por ahora nos ocuparemos de las desafortunadas hijas de la señora, que se han estado marchitando dentro de los confines de su casa, bajo la atenta mirada de su dominante madre.





La situación atrajo la atención de su hermanastra, la Reina Cenicienta, que no pudo ignorar las tristes circunstancias de sus hermanastras.

*Mi querida Hada Madrina,*

*Siento mucho haberme enterado de que las Tierras de las Hadas han estado en un estado de confusión, y aunque no deseo molestarla en este momento, debo escribirle sobre un asunto gravemente importante que me tiene muy angustiada.*

*Verás, mis hermanastras, Anastasia y Drizella, están en una situación desesperada, y por razones que usted entiende muy bien, no puedo ayudarlas. Si las Tierras de las Hadas pueden prescindir de ti, ¿no podrías venir a verme tan pronto como puedas? Drizella, Anastasia y yo necesitamos tu ayuda.*

*Sinceramente,*

*La Reina Cenicienta*

El Hada Madrina arrugó la carta de la Reina Cenicienta, lo que le costó un gran esfuerzo ya que era bastante grande y estaba escrita en el resistente pergamino utilizado para la correspondencia oficial de la realeza.

—¡Sinceramente, no sé en qué está pensando Cenicienta! ¿Qué se supone que vamos a hacer en las Tierras de las Hadas con Anastasia y Drizella? Las hadas no se dedican a ayudar a gente como ellas.

Las alas del Hada Madrina se agitaron violentamente mientras esperaba la respuesta de su hermana.

Por supuesto, la hermana del Hada Madrina, Nanny, no la escuchaba. Últimamente, Nanny había estado en el País de las Hadas mucho más a menudo de lo habitual. Había pasado muchos años en sus propias aventuras, y sólo recientemente había decidido volver para ayudar a su hermana cuando las hadas estaban en gran peligro. Pero esa es otra historia, una que se puede encontrar en el libro de cuentos de hadas.





Esta historia ubica a las hadas hermanas en el floreciente jardín del Hada Madrina, donde estaban sentadas para beber su té de la tarde cuando fueron interrumpidas por el mensaje de la reina.

—Cenicienta está a tu cargo. Tienes que ir a verla. Te ha pedido ayuda —dijo Nanny, lanzando una mirada fulminante al Hada Madrina.

El Hada Madrina siempre había pensado que su hermana sería más agradable si sonriera más a menudo. Nanny tenía rizos plateados y ojos brillantes. Era una mujercita redonda y linda, con una piel suave y empolvada que se sentía como papel de seda. Era mucho mayor que el Hada Madrina y lo utilizaba en su beneficio siempre que le convenía, incluso para darle ordenes al Hada Madrina.

El Hada Madrina golpeó su varita en el borde de la mesa, agitada, mientras su hermana continuaba. Después de todo, estaban en su jardín y Nanny la estaba regañando, como siempre.

—¿No te interesa lo más mínimo por qué Cenicienta está tan alterada? Debe de haberles ocurrido algo horrible a Anastasia y a Drizella para que esté tan preocupada. Y tú tienes el deber de ir a ver a Cenicienta si te llama. No creo que esto sea algo que puedas ignorar —dijo Nanny con su forma habitual de superioridad, que el Hada Madrina había llegado a detestar aún más ahora que su hermana había pasado tanto tiempo en el País de las Hadas.

El Hada Madrina aún estaba recuperando sus fuerzas desde su última prueba. Acababan de sobrevivir a un ataque en el País de las Hadas por parte de las Hermanas Extrañas. Y antes de eso a un ataque de Maléfica.

—Aquí estamos, apenas pudiendo recuperar el aliento después de la casi destrucción de la Tierra de las Hadas a manos de tus antiguas protegidas, las Hermanas Extrañas, y ahora intentas arrastrarnos a otra batalla. No puedo ir volando de aquí para allá sólo porque Cenicienta esté preocupada por sus hermanastras. No son dignas de tener un hada, —dijo el Hada Madrina. Le temblaban las manos mientras se servía una taza de té para calmar sus nervios. Odiaba estar tan agitada por todo esto, especialmente delante de su hermana, pero no podía evitarlo.





Desde el momento en que recibió la carta de Cenicienta suplicando ayuda, su corazón no había dejado de agitarse. Ahora se arrepentía de haber compartido la noticia con Nanny.

—¡Bueno, no veo que tengas otra opción! Cenicienta ha pedido tu ayuda, ¡y es tu trabajo hacer precisamente eso! ¿Y por qué exactamente estás tan alterada por las Tremaine? No poseen magia y no son una amenaza —dijo Nanny, mirando a su hermana de una manera que el Hada Madrina odiaba.

El Hada Madrina se aclaró la garganta, se armó de nervios y habló con la voz más lenta y severa que pudo.

—No ayudaré a Anastasia y a Drizella, y esa es la última palabra sobre este tema, Nanny. Ahora, si quieres seguir tomando el té, te agradecería que pudiéramos hablar de otra cosa. El tema de Cenicienta y sus malvadas hermanastras está cerrado.

El Hada Madrina tomó un sorbo de su té y dejó la taza suavemente sobre el platillo, sin dejar de mirar a Nanny. —Además, —continuó, —sé de qué se trata realmente. Te sientes culpable por todo lo que han hecho las Hermanas Extrañas, por no hablar del sacrificio que Circe tuvo que hacer para evitar que destruyeran los Muchos Reinos.

Nanny parecía que el Hada Madrina la había abofeteado en la cara. Se levantó de la mesa brusca y violentamente, haciendo que su silla hiciera un horrible ruido de raspado sobre los adoquines del jardín del Hada Madrina.

El Hada Madrina se sintió fatal.

Sí, su hermana era molesta, dominante y bastante excéntrica para ser un hada. (Después de todo, odiaba llevar sus alas, y sólo lo hacía a regañadientes a petición del Hada Madrina. El Hada Madrina nunca pudo entenderlo, ya que sus alas eran gloriosas y su derecho y honor de hada). Sin embargo, amaba a Nanny y se sentía apenada por sacar un tema que la hería.





—¡Nanny! Lo siento. ¿Adónde vas? No debería haber mencionado a Circe. Sé que estás afligida. Lo siento mucho. —dijo, pero Nanny no respondió, y el Hada Madrina se dio cuenta de que había roto el corazón de su hermana incluso de espaldas a ella. Las alas de Nanny colgaban bajas, tristes.

El Hada Madrina sabía que no debería haber sacado a relucir *la debacle*. Así es como el Hada Madrina la había estado llamando. Y eso es exactamente lo que era, una debacle.

Y en lo que respectaba al Hada Madrina, Circe y sus madres, las Hermanas Extrañas, estaban perfectamente bien donde estaban, en el Lugar Intermedio, lejos de las Tierras de las Hadas y de los Muchos Reinos, donde no podían hacer daño a nadie.

No era asunto suyo si Circe elegía ir más allá del Velo con sus madres, o volver a la tierra de los vivos después de despedirse con lágrimas de esas horribles madres brujas suyas. Esto era asunto de las brujas, no de las hadas; ya no era su incumbencia. Mientras las Tierras de las Hadas estuvieran a salvo y mientras las Hermanas Extrañas estuvieran tan lejos de ellos como fuera posible, ella estaba contenta.

Oh sí, había alguna manera de que los ancestros pudieran traerlas, pero el Hada Madrina creía que Circe tomaría la decisión correcta. A pesar de todos los defectos de Circe, el Hada Madrina pensaba que era una joven valiente. Ella, después de todo, sacrificado su propia vida para evitar que sus madres destruyeran las Tierras de las Hadas. Circe había salvado los Muchos Reinos, y por eso las hadas siempre le estarían agradecidas. Y el Hada Madrina sabía que Circe no cometería el error de volver a traer a las Hermanas Extrañas al mundo. Así que en lo que a ella respectaba, el asunto estaba zanjado. Lo que todas necesitaban ahora era resistir y asegurarse de que nada de eso volviera a suceder, aunque eso significara no enredar a las hadas con gente como los Tremaine. Por supuesto, su hermana, Nanny, no estaba de acuerdo, y, como de costumbre, estaba empeñada en llevarlas a la cara del peligro.

Nanny le hizo una mueca al Hada Madrina (sin duda había leído la mente de su hermana) y se volvió hacia ella.





—Hermana, por favor, no vuelvas a mencionar a Circe, —dijo Nanny.  
—Y no me insultes a mí o a mi inteligencia invocando su nombre en un intento de distraerme. Sabes tan bien como yo que tienes el deber de ayudar a la Reina Cenicienta.

A medida que Nanny hablaba, el Hada Madrina se agitaba cada vez más. Golpeó con su varita en el borde de la mesa, haciendo que salieran chispas en ráfagas rápidas que Nanny tuvo que esquivar.

—¡Hermana, deja de hacer eso! —la regañó Nanny. —Sabes que no tienes elección. Tienes que ayudar a Cenicienta. Y por mucho que lo odies, eso significa que tienes que ayudar a Anastasia y a Drizella.

—No puedo creer que estemos teniendo esta discusión. —Nanny estaba tan enfadada que sus alas estaban ahora erguidas detrás de ella.

—¡No te atrevas a mover tus alas hacia mí, Nanny!, —dijo el Hada Madrina, golpeando su la taza de té en el platillo y se llevó la mano a la cabeza, como si su hermana le diera un terrible dolor de cabeza.

—¿Puedo, por favor, por una vez, tomar mi té en paz sin que me molestes con toda esta tontería de conceder deseos? Lo próximo que haremos será conceder deseos a Anastasia y Drizella en persona.

—Bueno, hermana, eso es exactamente lo que tenía en mente. —Nanny se rió mientras se levantaba de la mesa de nuevo y se alejó lentamente, sin molestarse en volverse para mirar a su hermana, aunque estaba gritando detrás de ella.

—¡No te alejes de mí! —gritó el Hada Madrina. —¿Adónde crees que vas?

Nanny miró por encima del hombro y sonrió. —A buscar mi espejo mágico. Vamos a ver por nosotras mismas por qué Cenicienta está tan preocupada.

El Hada Madrina golpeó su varita contra la mesa, partiéndola por la mitad con una explosión de chispas brillantes. —¡Oh, mira lo que me has hecho hacer! ¿Qué se supone que debo hacer ahora? No puedo hacer magia sin mi varita. El fabricante de varitas tardará semanas en hacerme otra. —gritó, pero su hermana ya había entrado en la casa.





Cuando Nanny regresó, encontró al Hada Madrina caminando de un lado a otro, casi llorando.

Nanny puso los ojos en blanco. Agitó la mano, arreglando sin esfuerzo la varita de su hermana.

—Ya está. Como nueva. Ahora siéntate y cálmate. Vamos a ver por qué Cenicienta está tan preocupada por sus hermanas.

Nanny pasó la mano por el espejo.

—¡Muéstranos a las Tremaine!

—¡Hermana, para! —protestó el Hada Madrina. —No quiero poner los ojos en esas criaturas. Nosotras sabemos todo lo que hay que saber sobre ellas. Además, sé exactamente qué ha sido de ellos, y se merecen su destino por lo que le hicieron a mi Cenicienta.

Nanny se miró en su espejo mágico de todos modos, ignorando a su hermana, y se quedó sorprendida por lo que lo que vio. Anastasia y Drizella estaban en un estado deplorable. El castillo se desmoronaba a su alrededor y lleno de gatos. Llevaban vestidos blancos y raídos, y pudo oír la voz de Lady Tremaine en el fondo delirando por todo lo que había perdido.

—¡No es de extrañar que no quisieras que las viera! —dijo Nanny, dejando el espejo. —¡Tenemos que hacer algo al respecto! ¡Esto es horrendo! ¿Por qué Cenicienta no ha hecho nada para ayudar a sus hermanas?

Nanny estaba horrorizada.

—Está obligada por la magia. Puse un encantamiento sobre las Tremaine y Cenicienta para que no se encontraran nunca de nuevo —dijo el Hada Madrina.

—¿Así que las Tremaine están atrapadas en esa casa? —Nanny estaba horrorizada y se sentía profundamente avergonzada por su papel en la historia. —No tenía ni idea de que habían estado atrapados allí todos estos años. Si lo hubiera sabido, habría hecho algo. Todo esto es culpa mía. No puedo creer que hayamos dejado que esto ocurriera.





Nanny agarró su espejo con tanta fuerza que el Hada Madrina pensó que lo rompería.

—¡Para! Te vas a hacer daño, —dijo el Hada Madrina. —Sabes tan bien como yo que no había otra opción. Lady Tremaine eligió su camino a pesar de estar advertida.

—Pero seguro que podemos quitar el encantamiento para que esas pobres niñas puedan salir de ese lugar y Cenicienta pueda ayudarlas ella misma si lo desea. Me duele el corazón al saber que todavía están allí después de todos estos años.

El hecho era que el Hada Madrina podía quitar el encantamiento si quería. Pero, ¿por qué debería hacerlo? Ella había pensado cuidadosamente antes de colocarlo, y tenía que hacer lo que era mejor para su cargo. Su trabajo era proteger a Cenicienta, y no iba a hacer nada que pusiera a Cenicienta en peligro, no ahora. Cenicienta en peligro, ni ahora ni nunca.

—¡No lo haré! ¡No voy a arruinar el "felices para siempre" de Cenicienta! No por esas horribles chicas ni para nadie más. Anastasia y Drizella están recibiendo exactamente lo que se merecen, —dijo el Hada Madrina, enfrentándose a su hermana.

Nanny fue implacable. —Yo pasé tiempo con ellas, hermana; tú no. Yo fui su niñera y cuidé de esas niñas. No tienes ni idea de lo que han pasado. Y me siento muy mal por no haberlas ayudado cuando pudimos. Esas pobres chicas no se merecen esto.

—Yo creo que sí, —dijo el Hada Madrina, al ver a sus protegidas las Tres Hadas Buenas caminando por el sendero de su jardín y a punto de entrar en su puerta. —La ley es muy clara cuando se trata de crímenes contra futuras princesas. Anastasia y Drizella, por no hablar de su tiránica madre, tienen suerte de haber sobrevivido a su historia.

Nanny se burló. —¿Y cómo se determina exactamente quién es una futura princesa y quién no? ¿Por qué no se marcó a Anastasia o a Drizella como futuras princesas? ¿Por qué su destino fue escrito tan trágicamente mientras que el de Cenicienta fue tan encantador?





—¡La vida de Cenicienta no fue para nada encantada! Fue torturada por las Tremaine, y ellas tuvieron suerte de que se libraran de su historia tan fácilmente. La mayoría de los villanos de los cuentos tienen un destino menos amable. Ni siquiera estoy segura de cómo dejamos que esas tres escaparan a su castigo.

Nanny se burló. Pero antes de que pudiera responder, las Tres Hadas Buenas entraron burbujeando en el jardín y se instalaron como en casa, sirviendo tazas de té y conjurando pequeños pasteles y bollos para compartir.

—¿De qué hablaban tan animadamente las hadas cuando llegamos? —preguntó Merryweather, conjurando algunas de sus conservas especiales y miel de sus propios jardines. Pero antes de que el Hada Madrina pudiera responder, Nanny tomó el mando de la conversación.

—Nos hemos enterado de que las hadas han estado reteniendo a Lady Tremaine y a sus hijas cautivas en el viejo castillo de la Reina Cenicienta, —dijo Nanny, agitando sus alas. —Esto es muy preocupante teniendo en cuenta mi conexión con la familia Tremaine.

Nanny se movió de un lado a otro en su asiento, tratando de ponerse cómoda. El Hada Madrina pensó que era risible que su hermana, que había nacido hada, nunca se sintiera cómoda con sus propias alas.

—¡Venga ya! Yo no lo diría así, hermana, —dijo el Hada Madrina, sintiéndose un poco culpable una vez que lo escuchó en términos tan simples y directos.

—¡Cielos! No podemos ayudar a esas horribles chicas, —gritó Merryweather, sobresaltando a Fauna y Flora.

—Siento que estés tan alterada, Nanny, pero yo tengo la mayoría en esto. No ayudaremos a Anastasia y Drizella. Mis hadas nunca concederán deseos a asquerosos demonios, brujas, malvadas madrastras o ¡cruelles hermanastras! ¡Nunca! Al menos no mientras yo esté al mando, —dijo el Hada Madrina, sintiéndose muy orgullosa de sí misma.





—No olvidemos que tú no estás a cargo de las Tierras de las Hadas, hermana. Yo lo estoy.

El tono de Nanny era firme.

—Tú te retiraste y Oberón aceptó que yo tomara el mando. Ahora, voy a pedirle a Opal que envíe un mensaje a Cenicienta haciéndole saber que el Hada Madrina está en camino para ayudar a Anastasia y a Drizella.

¿Quieres decepcionarla? ¿O tendré que despojarte de tu cargo y convertirme en el hada madrina de Cenicienta?

Las Tres Hadas Buenas jadearon.

—¡No puedes hacer eso!

—¡Oh, sí que puedo! Y lo haré. Elige, hermana. Ayuda a la Reina Cenicienta, o lo haré yo. —dijo Nanny.

El Hada Madrina se sintió profundamente herida por las amenazas de su hermana, pero se mantuvo firme. Ella tomó el libro de cuentos y lo hojeó hasta encontrar la historia de Lady Tremaine y sus hijas.

—Nanny, esto es una tontería, —dijo. —Tú conoces su historia, estuviste allí. Y sabes tan bien como yo que Lady Tremaine y sus horribles hijas ni siquiera necesitaban de esas entrometidas Hermanas Extrañas. Ellas trataron a mi pobre Cenicienta horriblemente por su propia cuenta. Todo está en el libro de cuentos de hadas que Blancanieves nos envió después de la misión.

Nanny sonrió, y a su hermana no le gustó. Sabía que eso significaba que estaba tramando algo.

—De acuerdo, hermana. Vamos a leer su historia, entonces. Quizás no haya redención para Lady Tremaine, pero apuesto a que incluso tú querrás ayudar a sus hijas después de leer su historia. Recuerda que yo estuve allí, y lo que es más importante, conozco su corazón.





Fauna, Flora y Merryweather habían permanecido en silencio, esperando a ver lo que el Hada Madrina diría. Se habían quedado boquiabiertas con los comentarios anteriores de Nanny y habían estado sentadas todo el tiempo, boquiabiertas.

—Merryweather, cierra la boca. Una libélula va a entrar en ella, —dijo el Hada Madrina. Y haznos un poco más de refrigerios con tu magia.

Luego le espetó a Fauna: —¡Y tú! Envía un mensaje al Hada Azul. Dile que hay una reunión de emergencia del Consejo de Hadas y que se le necesita inmediatamente. —Finalmente, miró a Nanny. —¿Dónde está el Rey de las Hadas? ¿Crees que le gustaría participar en la reunión del consejo?

Nanny se rió, sin duda porque su hermana seguía actuando como si estuviera a cargo de las Tierras de las Hadas.

—Oberon está en el castillo de Morningstar con la princesa Tulip preparándose para otra de sus aventuras. Pero estoy segura de que está escuchando. —dijo Nanny.

El Hada Madrina sabía que, aunque no estuviera escuchando, Nanny lo pondría al corriente más tarde. Ellos se habían acercado más que nunca, lo que le provocaba un cosquilleo de rabia en el cuerpo, pero tenía que dejar eso por ahora.

—Muy bien, entonces, dijo. —una vez que el Hada Azul llegue, leeremos la historia de Lady Tremaine, y el consejo decidirá si debemos ayudar a Drizella y Anastasia.

—Me parece justo, —dijo Nanny, con una mirada suspicaz que al Hada Madrina no le gustó.

Pero decidió que era una victoria de todos modos. Ella sabía en su corazón que sus hadas nunca aceptarían ayudar a Anastasia y Drizella, sin importar lo que Nanny tuviera bajo la manga.





## CAPITULO II: EL CONSEJO DE LAS HADAS

Una vez reunido todo el consejo, el Hada Madrina sacó el libro de cuentos.

—Muy bien, entonces, —dijo. —Si nadie se opone, leeremos el cuento de Lady Tremaine, y quizás mi hermana, Nanny, deje por fin de molestarme para que ayude a esas monstruosas niñas Anastasia y Drizella de una vez por todas. —Guiñó un ojo a su trío de hadas favorito, sabiendo que no que no la defraudarían.

### Lady Tremaine

Londres puede estar muy lejos, pero hemos encontrado formas de que nuestra magia llegue más allá de los Muchos Reinos, incluso en los salones de lores y damas desprevenidos. Cruella de Vil, por ejemplo. Aunque su cuento fue escrito con su propia voz, ¿quién crees que la inspiró para escribirlo?

Pero esta no es la historia de Cruella. Es la de Lady Tremaine.

Lady Tremaine perdió a su marido al principio de su matrimonio y tuvo que cuidar de sus dos jóvenes hijas por su cuenta. A diferencia de la mayoría de las mujeres en sus circunstancias, Lady Tremaine estaba bien provista. A su muerte, el señor Tremaine, su marido le dejó una gran fortuna. Eso, combinado con la fortuna que ella misma había aportado al matrimonio, significaba que era una mujer rica.

La señora de la casa tenía todo lo que deseaba, excepto una cosa: su verdadero amor. Ella lo había perdido demasiado pronto. Lo que tenía, sin embargo, era una casa llena de sirvientes: niñeras, institutrices, damas de compañía, cocineros, un mayordomo, mozos de cocina, mozos limpiabotas, lacayos, doncellas de cocina, criadas, una criada principal y, por supuesto, su ayuda de cámara, la anciana Sra. Bramble.





Lady Tremaine trataba a sus sirvientes bien y con respeto, e insistía en que sus hijas Anastasia y Drizella hicieran lo mismo. El personal de la casa las adoraba. Los Tremaine y su personal vivían cómodamente en su lujosa casa de Londres. Siempre estaba llena y llena de actividad, así que Lady Tremaine no se sentía tan sola. Disfrutaba dando a sus hijas la mejor vida posible.

Como la mayoría de los londinenses aristocráticos, los Tremaine iban y venían del campo como pájaros, yendo de un lado a otro según la temporada. Un fatídico día, la señora estaba a punto de embarcarse en un viaje, sin saber que alteraría para siempre el curso de su vida. Nos preguntamos qué habría pasado con Lady Tremaine y sus hijas si Lady Tremaine hubiera decidido no visitar a su vieja amiga Lady Prudence Hackle, pero una vez que está escrito en el libro de los cuentos de hadas, es poco lo que uno puede hacer para cambiar un destino.

Antes de que el ajetreo del día se apoderara de esa mañana, Lady Tremaine se sentó en el salón delantero, haciendo tiempo para descansar antes de que sus hijas se despertaran o sus criadas acudieran a ella con preguntas sobre qué empacar para su viaje al campo. El salón delantero había sido una de sus habitaciones cuando su marido vivía. Allí pasaban muchos momentos de tranquilidad, disfrutando de su café por las mañanas, o tomando copas de vino después de una noche de fiesta, o simplemente sentados en sus propios rincones de la habitación disfrutando de un buen libro.

Echaba de menos aquellos días con más intensidad de la habitual y descubrió que en el silencio de aquella mañana casi podía sentir a su marido con ella.

Era un salón luminoso y soleado con grandes puertas francesas que daban a un balcón con una vista impresionante de la ciudad. Le encantaba el sonido de la ciudad y se sentaba durante horas a escuchar a los músicos que tocaban en la esquina, asegurándose siempre de que uno de limpiabotas les mandara algo de dinero para agradecerles que la entretuvieran.





Como casi todas las mañanas, la señora se dirigió a su escritorio, sacó unas monedas de su cajón y tiró del cordón que colgaba a la izquierda de la chimenea.

Llamó a su mayordomo, el Sr. Avery, que había que llevaba años en su casa. Había estado allí cuando su marido aún vivía, y ella sintió que, de un modo extraño, había ocupado el lugar de su marido. Al menos en eso siempre estaba allí para cuidarla. Avery era un hombre alto, larguirucho y estoico, con el pelo negro distinguido por un mechón blanco en el lado izquierdo. Su rostro estaba muy delineado, casi como una roca cincelada, y sus ojos eran de un profundo color marrón.

—Buenos días, Lady Tremaine, —dijo al entrar en la habitación, haciéndola sonreír.

Ella sabía que él no le devolvería el gesto. Era demasiado austero, demasiado serio, y demasiado ocupado como para hacer cosas como sonreír. Lady Tremaine estaba casi segura de que los pantalones de Avery podrían incendiarse y él nunca lo permitiría, si pudiera evitarlo. Ese era el tipo de hombre que era.

—Buenos días, Avery. ¿Podrías hacer que uno de los limpiabotas lleve estas monedas a esos músicos de la esquina? Y que Daisy me traiga el café.

Avery entrecerró los ojos ante su señora, pero no dijo nada.

—¿Lo desapruebas, Avery?, —preguntó ella, sabiendo ya lo que él diría.

Ya habían tenido varias variaciones de esta conversación antes, y era una de las principales razones por las que ella sentía que Avery a veces ocupaba el lugar de su marido. Él, como su marido, era un hombre que prefería que las cosas se hicieran según costumbres. Y las damas no hacían cosas como enviar monedas a los músicos que actuaban en las esquinas.

—No me corresponde aprobar o desaprobarlo, mi señora, —dijo, tomando las monedas de Lady Tremaine, y luego añadió: —Oh, y, mi señora, Nanny Pinch se preguntaba si podía traer a las niñas a verla esta mañana en lugar de esta tarde.





Lady Tremaine suspiró. —Oh, sí, saldrán de compras esta tarde, lo había olvidado. Sí, sí, dígle a Nanny Pinch que las traiga si es necesario.

Pero, Avery, por favor, espera a hacerlo hasta que yo haya tomado mi café. Probablemente eres la única persona viva con la que puedo soportar hablar antes de tomar mi café —dijo ella, riendo.

—Sí, mi señora, —respondió él, y salió de la habitación. La señora volvió a reírse para sí misma, preguntándose si alguna vez conseguiría que el hombre esbozara una sonrisa. Se había convertido en su misión personal, hacer que Avery sonriera.

Cogió su chal de color rosa del respaldo de la silla, se lo echó sobre los hombros y se sentó en el sofá de terciopelo rojo. La habitación se había sentido tan sola desde que su marido había fallecido hacía más de seis años, y se preguntaba por qué seguía utilizándola como sala de estar de la familia cuando él ya no estaba.

Supuso que era por costumbre. Todas las mujeres que conocía utilizaban el salón de su casa de esta manera. Allí era donde las señoras de la casa pasaban las mañanas, saludaban a sus hijos o entretenían a sus amigos más cercanos. Las reuniones más grandes se celebraban, por supuesto, en salones más grandes, pero Lady Tremaine no había celebrado una gran reunión desde que su marido estaba vivo.

Estos días la dama asistía a fiestas en las casas de otros. Fue asediada por invitaciones después de la muerte de su marido. Invitaciones bien intencionadas y atentas que pretendían distraerla de su dolor. Pero ahora que había pasado tanto tiempo, empezaba a añorar los días en que ella era la que organizaba la fiesta, y echaba de menos tener a alguien con quien subir las escaleras después de que se fuera el último invitado a la fiesta, y alguien con quien charlar durante el desayuno sobre sus planes para el día, o por la noche después de ir a la ópera.

Se preguntó si no era hora de considerar la posibilidad de encontrar un nuevo compañero. Un nuevo marido.





Cuando se levantó esa mañana no esperaba que esto fuera algo que se le pasara por la cabeza, pero mientras estaba sentada en el sofá rojo de su salón, sintió que por fin estaba lista para enamorarse de nuevo.

—Ah, Daisy, —dijo la señora, mirando a la pequeña criada de rostro dulce que traía el café. Ella era apenas una niña, con ojos brillantes y rasgos pequeños y delicados que le recordaban a Lady Tremaine un ratoncito. —Por favor, pon el café ahí. Gracias, Daisy.

La criada colocó el servicio de café en una pequeña mesa redonda frente a ella. Era el juego de café favorito de Lady Tremaine, negro con adornos dorados.

—La cocinera quisiera saber si quería desayunar esta mañana, mi señora, —preguntó Daisy tímidamente.

Lady Tremaine se rió. Su cocinera, la señora Prattle, incitaba a sus criadas a preguntar esto cada mañana sabiendo muy bien cuál sería su respuesta.

—Por favor, dígle a la señora Prattle que suba algo para las niñas de la escuela si no lo ha hecho ya. Y que querremos un almuerzo empacado para nuestro viaje al campo. La señora sonrió a la ratoncita de criada que estaba ante ella.

—Sí, mi señora; ya tiene una cesta preparada para usted y las niñas. —Rápidamente se corrigió. —Quiero decir para la señorita Drizella y la señorita Anastasia".

Lady Tremaine se preguntó para qué tipo de mujeres habían trabajado sus sirvientas antes de llegar a su casa. Por supuesto, quería que el personal fuera sensato, diligente y respetuoso, pero no insistía en formalidades innecesarias. Al menos, no cuando estaban solos. Oh, claro, cuando su marido vivía, daban fiestas de lujo, y a ella siempre le había gustado dar a sus amigos y amigas un buen espectáculo con todas las formalidades apropiadas de vez en cuando. Y, por supuesto, tenía un aire de reserva cuando hablaba con los sirvientes de sus amigos, lo cual era de esperar. Pero ella siempre dejaba algo para ellos al final de su estancia. Se preguntaba si sus amigos también eran así, también. Se preguntaba si no estarían todos montando un espectáculo.





Tal vez cuando estaban solos eran más reales con sus sirvientes. Los trataban como personas, les hablaban, les preguntaban sobre sus días, y les sonreían. Ella esperaba que lo hicieran.

La hacía sentir menos sola tener tantos sirvientes por la casa. No se hacía ilusiones de que fueran realmente amigos, pero no había razón para no serlo

—Gracias, Daisy. Puedes decirle a la niñera Pinch que puede traer a las niñas si quiere, a menos que Avery ya lo haya hecho. Estoy segura de que tiene otras cosas que atender para nuestro viaje. Y, Daisy, le diré a Avery que organice una pequeña excursión para el personal que no viene conmigo —dijo Lady Tremaine.

—Sí, mi señora.

Daisy salió de la habitación con una sonrisa. Lady Tremaine sabía que la noticia de una excursión haría sonreír a Daisy, pero también era fácil hacer sonreír a Daisy.

Lady Tremaine dio un sorbo a su café, preguntándose cuándo vendrían sus pequeños demonios a irrumpir en el salón delantero. Adoraba a sus hijas, pero eran muy difíciles de manejar, y cuanto más crecían más difícil era controlarlas.

Había sido indulgente con sus hijas después de la muerte de su padre. Les daba todo lo que querían, las mimaba, les buscaba la mejor institutriz, llevándolas a espléndidas vacaciones, comprándoles todo lo que deseaban. Si querían vestidos nuevos, los tenían. Si pedían caballos para montar cuando estaban en el campo, Lady Tremaine no podía decir que no. No había nada que sus hijas quisieran que no tuvieran, pero esta era la misma razón por la que cada vez eran más difíciles de complacer. Lady Tremaine soñaba con el día en que en que sus hijas se casaran. Soñaba con una vida propia con el hombre que amaba. Y si no tenía la suerte de encontrar el amor verdadero dos veces, se contentaría con la soledad.

Pero la tranquilidad de la mañana se interrumpió en el momento en que contempló su delicioso futuro, como si sus hijas percibieran que estaba tranquila y en paz. Avery entró primero, como era su costumbre.





—Mi señora, la niñera Pinch está aquí con la señorita Anastasia y la señorita Drizella.

Lady Tremaine hizo una mueca. No pudo evitar desear haber esperado sólo unos preciosos momentos más antes de sugerirles que vinieran a verla.

—Sí, hazlas pasar, Avery. —Dejó la taza de café e hizo un gesto para que se la llevaran.

Anastasia y Drizella tenían once y doce años, respectivamente. Ninguna de las dos se parecía a su madre, ni a su padre. Las niñas no podían ser más diferentes de su majestuosa madre. Aunque Lady Tremaine era angulosa y de aspecto severo, seguía siendo una mujer muy hermosa. Sus hijas eran todo puntas y aristas. Todo piernas y brazos, con cuellos torpes, caras de pájaro y ojos saltones. Esas dos habrían sido unas brujas extraordinarias.

Pero esa es otra historia, una historia que nunca ocurrió, aunque sería muy intrigante explorarla. Sin embargo, Lady Tremaine pensaba que sus hijas eran hermosas y se los decía en cada oportunidad.

Ese día las dos niñas llevaban sus vestidos de día más elegantes, Anastasia de rosa pálido y Drizella en azul suave. Estaban preparadas para un día de compras con Nanny Pinch. Esto le daría a la soledad que necesitaba para preparar su viaje al campo, y Lady Tremaine estaba agradecida con Nanny Pinch por haber tenido la previsión de sacar a sus hijas de la casa durante unas horas mientras ella se encargaba de los preparativos necesarios.

Lady Tremaine adoraba a Nanny Pinch. Era una mujer sensata, todavía joven y llena de energía, que necesitaba en abundancia para seguir el ritmo de Anastasia y Drizella. Era una mujer menuda con el pelo y los ojos oscuros y una salpicadura de pecas prominentes en su bonita nariz y mejillas. Apenas era más alta que las chicas. Lady Tremaine se rió al pensar en sus hijas, un día sobresaliendo por encima de su niñera.

—¡Buenos días, mis queridas!, —dijo, sonriendo a sus hijas.





Drizella siempre tenía el privilegio de besar primero a su madre, ya que era la mayor.

—Buenos días, madre, —dijo con cierta formalidad, haciendo que la señora se riera para sus adentros. Lady Tremaine se preguntó cuánto tiempo habían practicado eso en el aula antes de bajar.

Anastasia, sin embargo, no siguió con la ceremonia y saltó a los brazos de su madre.

—¡Buenos días, mamá!, —dijo, casi derribando la mesita redonda con el servicio de café.

—Ya hemos hablado de esto, Anastasia —dijo Nanny Pinch, dirigiendo a la niña una mirada severa. —Si te niegas a comportarte como una jovencita adecuada, tal vez sea mejor que te quedes en la guardería cuando vayamos al campo.

Los ojos de Zella se agrandaron más de lo normal, y pellizcó a Anastasia con fuerza en la parte superior del brazo.

—¡Ay! Mamá... Mira lo que ha hecho Zella.

Nanny Pinch separó rápidamente a las niñas. —¡Señorita Anastasia, siéntese ahí!, —dijo, señalando una silla. —¡Y, señorita Drizella, ahí! —espetó, señalando otra. Las sillas estaban a ambos lados de una pequeña mesa y situadas frente a Lady Tremaine, que seguía sentada en el sofá de terciopelo.

—¡Tu madre no tiene tiempo para estas tonterías! Y no es demasiado tarde para cambiar nuestros planes para el campo. Podríamos quedarnos aquí en casa mientras tu madre se va y disfruta de un tiempo que necesita para sí misma.

Las chicas juntaron sus manos con fuerza y las colocaron en el regazo, sonriendo dulcemente. Lady Tremaine pudo ver que ambas estaban haciendo su mejor papel de jovencitas apropiadas, y tuvo que evitar reírse.





—Eso no será necesario, Nanny Pinch. Pero mantendremos esa opción en reserva por si mis queridas niñas decidieran que unas vacaciones en el campo son demasiado para ellas.

Las dos chicas se removieron en sus asientos, deseando desesperadamente chillar, pero consiguiendo mantener la compostura.

Lady Tremaine sonrió con indulgencia a sus hijas. —¿No estáis preciosas hoy? La señorita Pinch me ha dicho que os va a llevar a pasar un día de compras. Vestidos nuevos para nuestro viaje. Quiero que las dos estén con su mejor aspecto y su mejor comportamiento mientras estamos en el campo, ¿entendido?

Las dos chicas asintieron con la cabeza.

—Lady Hackle y sus hijos, Dicky y Shrimpy, estarán allí, —dijo Lady Tremaine.

Los ojos de Drizella volvieron a agrandarse, haciendo reír a Anastasia.

—Drizella está enamorada de Dicky, —dijo, riendo más fuerte.

—Va a hacer el ridículo mamá, —dijo Drizella, que saltó sobre la mesa para golpear a su hermana en el brazo.

Drizella prácticamente saltó sobre la mesita para golpear a su hermana en el brazo, derribando una pequeña figura de dragón de jade en el proceso.

—¡Chicas! ¡Dejad esto de una vez! Nadie está enamorado de nadie. Y si no podéis dejar de actuar como pequeños monstruos, os quedaréis en casa, —dijo Lady Tremaine, empezando a perder la paciencia con ellas.

Drizella volvió a poner las manos en el regazo.

—¿Por qué no habría de enamorarme del joven con el que mamá finalmente quiere que me case?

Aunque su hija tenía razón (Lady Tremaine y Lady Hackle tenían planes para que Stasia se casara con Shrimpy y para que Zella se casara con Dicky), pensaba que Zella era demasiado joven para soñar con el matrimonio.





—¡Pues yo no me voy a casar con nadie que se llame Shrimpy! —Stasia arrugó la nariz, haciendo que su hermana se burlara de ella.

—¡De todos modos, nadie querría casarse contigo! —gritó Zella.

—¿Por qué querrías casarte con alguien llamado Dicky? ¡Ese también es un nombre estúpido! —se burló Stasia.

—Silencio, las dos. —Nanny Pinch se mostró severa pero tranquila. —Anastasia, sabes perfectamente que sus nombres son Richard y Charles.

Stasia volvió a reírse. —Bueno, Shrimpy parece un apodo tonto para alguien que se llama Charles. No tiene sentido, y en realidad es bastante alto, ¡así que cómo acabó con ese nombre está más allá de mí!

—Una vez más te falta ingenio para entender la broma, —se burló Zella. —Su apodo es Shrimpy porque él es muy alto. Es como llamar a un hombre corpulento Slim, o llamarte Belle", añadió con una sonrisa malvada.

—¡Oh, tú!, —dijo Stasia, saltando de su asiento y sacando los moños de los tirabuzones de su hermana.

—¡Ya basta! Las dos, dejad esto de una vez. —Esta vez no fue Nanny Pinch quien intervino, fue Lady Tremaine. Ninguna de las niñas había escuchado a su madre levantarles la voz a ellas, y eso hizo que las dos dejaran de hacer sus travesuras a la vez y la miraran fijamente. —Creo que Nanny Pinch tiene razón. He decidido que es mejor que las dos se queden en casa. ¿Cómo puedo esperar que me acompañéis al campo si no sabéis comportaros como señoritas?

Las dos niñas rompieron a llorar, lamentándose y suplicando a su madre que las dejara ir.

—Lo siento chicas, he sido demasiado indulgente con vosotras y ya es hora de que crezcáis. La culpa es mía realmente; os he malcriado, pero es hora de que aprendáis que hay consecuencias en vuestros actos. —Lady Tremaine pensaba que estaba haciendo lo mejor para sus hijas, que estaban demasiado acostumbradas a salirse con la suya. Ya era hora de que hiciera algo al respecto.





—¡Madre, por favor! ¡No nos dejes solas con Nanny Pinch! Por favor. ¡No te veremos en mucho tiempo! —gritó Anastasia.

Pero Lady Tremaine estaba decidida. —No, querida. He tomado una decisión. Voy a ir a este viaje sin ustedes. Estarán en buenas manos con Nanny Pinch. Ahora, si me disculpan, tengo un viaje que preparar. Os sugiero que subáis al aula y terminéis vuestros estudios —dijo Lady Tremaine, haciendo todo lo posible para engañar a sus hijas y hacerles creer que realmente tenía la intención de irse sin ellas. En realidad, sólo trataba de asustarlas para que se comportaran.

—¿El aula? Pero, madre, ¿qué hay de nuestro viaje de compras? ¿Y nuestros nuevos vestidos? —gritó Drizella. Las dos chicas entraron en pánico.

—¡No puedo creer que nos hagas esto, mamá! Te odio. —dijo Anastasia, poniendo mala cara.

Lady Tremaine no estaba acostumbrada a tomar este tipo de medidas con sus hijas, y no le resultaba fácil. De hecho, le resultaba agotador. Le dolía la cabeza, pero puso cara de pasividad y distancia pasiva y remota, y se mantuvo firme.

—No veo ninguna razón para compraros vestidos nuevos para un viaje que no vais a hacer. Y teniendo en cuenta que me odias, no veo ninguna razón para llevarte conmigo.

Drizella se precipitó fuera de su asiento y agarró las manos de su madre, suplicándole.

—¿De verdad quieres dejarnos en casa? ¿Realmente piensas dejarnos en casa, mamá? ¿No es un truco? No puedo creer que nos hagas esto, a tus únicas hijas. Lo único que te queda de papá. ¿Cómo crees que se sentiría si supiera que nos tratas tan mal? ¿Qué pensaría de que arruines mis oportunidades con el joven Lord Hackle?

Lady Tremaine respiró profundamente y dejó salir el aire con un fuerte suspiro.





—Las he arruinado. Les he dado todo ¿y así es como me tratan? ¿Intentan manipularme utilizando el recuerdo de su querido y dulce padre? Eran tan jóvenes cuando murió, ¡apenas lo conocieron! Él encontraría sus comportamientos espantosos. Y se sentiría decepcionado conmigo por haberlas criado para convertirlas en esas... en pequeñas y terribles bestias. Quería que esta casa fuera un lugar de amor, un lugar donde la gente pudiera mostrar sus emociones. Pensé que si tomaba un papel más activo en vuestras vidas me queríais y respetaríais.

Que no creceríais resentidas conmigo, ¡pero ahora me doy cuenta de que estoy resentida! Debería haber dejado que fueran criadas por los sirvientes. Debería haber limitado mi tiempo a una hora al día después de la hora del té como todas las demás damas que conozco. —Odiaba ser tan dura con ellas, pero creía que era por su propio bien.

—Tienes razón, Zella, estaba tratando de engañarlas, de asustarlas para que pensaran que no las iba a llevar en este viaje. Nunca habría soñado con ir a ningún sitio sin mis preciosas niñas, ¡pero en este momento no puedo soportar ni verlas! Nanny Pinch, llévalas arriba de inmediato, y ahí es donde se quedarán. ¿Entiendes?

Drizella y Anastasia lloraban y buscaban a su madre mientras la niñera Pinch las cogía a las dos por los brazos e intentaba sacarlas de la habitación. A Lady Tremaine se le rompió el corazón por hacerle esto a sus hijas, pero no sabía qué hacer. Lo había hecho todo mal, y le preocupaba haber arruinado a sus hijas para siempre. Volvió a respirar profundamente, se apretó los dedos contra su dolorida cabeza, compuso sus emociones, y trató de sonar severa.

—Subiré a despedirme antes de irme, niñas. Y, Nanny Pinch, por favor haz que Daisy se siente con ellas. Quiero que vuelvas a bajar para que podamos hablar a solas. Las cosas van a ser muy diferentes por aquí a partir de ahora, y tenemos mucho que discutir antes de que me vaya de viaje.

Lady Tremaine observó cómo Nanny Pinch se llevaba en silencio a sus hijas fuera de la habitación. En cuanto la puerta se cerró tras ellas, rompió a llorar.





Nunca había sido tan dura con sus hijas, pero no sabía qué más hacer. Se habían vuelto revoltosas.

La niñera Pinch había intentado hablar con ella en el pasado, pero se había negado a ver a sus hijas con claridad. Ella se había negado a creer que no eran los ángeles que siempre había visto. Y tuvo que preguntarse qué pensaría su marido de ella ahora. Él no habría aprobado la forma de criar a sus hijas, y ciertamente no habría aprobado la manera casual con la que hablaba con los sirvientes. Ella había dejado escapar cosas después de que él muriera.

Aunque él la amaba y siempre fue amable con ella durante todo su matrimonio, había sido un hombre rígido, que siempre hacía todo según las normas, siempre correcto y estoico, siempre en su punto. Ella le amaba por ello, y no entendía por qué había cambiado tanto después de su muerte. Por qué se permitió volverse tan blanda, tan familiarizada con los sirvientes.

Mientras estaba sentada, se dio cuenta de que un tiempo en el campo sin sus hijas era exactamente lo que necesitaba. Necesitaba tiempo para pensar. Tiempo con sus amigos, montando a caballo y cazando zorros, tiempo para jugar a juegos tontos sin tener que preocuparse de si sus hijas la iban a avergonzar.

Tiempo para volver a ser ella misma.





## CAPITULO III: EL VESTIDO

Un tiempo en la pradera inglesa era exactamente lo que se necesitaba. A Lady Tremaine le encantaba visitar esas viejas fincas. Siempre sabía qué esperar. Había un horario para estas reuniones, un protocolo; era ordenado, y todo estaba en su sitio. Era un agradable respiro de su caótica vida en Londres.

Antes de dejar Londres, habló largo y tendido con Nanny Pinch. La conversación le hizo perder el tren más temprano, pero necesitaba dejar claro lo que se esperaba.

—Necesito que seas severa con mis niñas, Nanny Pinch. No permitiré más de estos arrebatos insolentes. Tienes mi permiso expreso para ser tan estricta con ellas como consideres oportuno. Quiero ver una mejora en ellas para cuando regrese.

Nanny Pinch estaba muy contenta de cumplir. Ella había abordado el tema en más de una ocasión que había que hacer algo con las niñas. Lady Tremaine sólo esperaba que no fuera demasiado tarde para cambiar a sus pequeñas diablillas.

Cuando el carruaje de Lady Tremaine finalmente se detuvo frente a la finca de Lady Hackle, su amiga estaba allí para recibirla. Estaba muy contenta de haber llegado por fin después de viajar todo el día en tren.

El viaje en carruaje desde la estación no fue muy largo, pero le pareció una eternidad después del largo viaje en tren, y no podía esperar a que le mostraran su habitación para poder refrescarse después su larga travesía. La finca de Lady Hackle era un lugar encantador, grandioso y majestuoso, adornado con gárgolas y vitrales. Era el tipo de casa que uno esperaría que estuviera repleta de armaduras, aunque ese no era el estilo de Lady Hackle.

El lacayo se llevó rápidamente y en silencio los baúles de Lady Tremaine, supervisado de cerca y seguido por la criada de su señora, la señora Bramble. Lady Tremaine había heredado a la señora Bramble de su madre.





Era una mujer mayor, tan espinosa como su nombre sugería, y siempre dispuesta a compartir chismes sobre lo que ocurría en el piso de abajo. Su cabello era completamente plateado y salvaje. No se molestaba en mantenerlo recogido en un moño, que era la moda entonces, pero se había asegurado de arreglarlo para su visita al campo. Lady Tremaine se preguntaba qué deliciosas historias escucharía de los sirvientes en este viaje.

—Buenas tardes, mi dulce amiga, —dijo Lady Hackle, extendiendo los brazos en señal de bienvenida.

—Buenas tardes, Prudence, —dijo Lady Tremaine, tomando sus manos y besándola en la mejilla. Las damas eran amigas desde hacía muchos años y se habían convertido casi en hermanas. Lady Tremaine siempre esperaba sus visitas. Lady Hackle era una mujer guapa, con el pelo y los ojos claros y una nariz de botón respingona que Lady Tremaine encontraba entrañable. Algo en su rostro siempre le había recordado a un dulce conejito.

Lady Hackle mantuvo la mirada fija en el carruaje, esperando ver a Anastasia y a Drizella salir a continuación.

—Querida, ¿dónde están las niñas? ¿Vienen en otro carruaje con Nanny Pinch?

Lady Tremaine suspiró. —Lo siento, Prudence, ninguna de las dos se siente bien, y pensé que era mejor que se queden atrás. A Lady Tremaine no le gustaba mentir a su vieja amiga, pero no tenía la fuerza para contarle lo de las niñas todavía. ¿Y qué iba a decir, de todos modos? ¿Que ella las había malcriado más allá de la redención? ¿Que temía estar atrapada con ellas hasta la vejez porque se habían vuelto tan horribles que nadie querría casarse con ellas? No. Ella quería descansar y relajarse. Este era su momento, y honestamente todo lo que quería hacer era olvidarse de sus desdichadas bestias, al menos por el resto del día.

Lady Hackle suspiró.

—Bueno, es una pena lo de las chicas. Mis chicos estarán destrozados, por supuesto, pero supongo que no se puede evitar.





Entra, mi querida amiga. Estoy segura de que Pratt ya ha enviado a la Sra. Bramble a tus habitaciones, y me imagino que estás ansiosa por refrescarte después de tu largo viaje.

Entraron en el gran e imponente vestíbulo. Estaba hecho al estilo romano, una sala grande y abierta con pilares de mármol y magníficas estatuas de dioses y diosas esparcidas por todo el lugar. En el centro de la sala había una enorme escalera que se dividía en dos, que conducía a diferentes alas de la casa. Una criada de aspecto dulce los recibió al pie de la escalera.

—Dilly, por favor, muéstrale a Lady Tremaine su habitación, aunque me atrevo a decir que ya conoce el camino. —dijo Lady Hackle con una cálida sonrisa. Y luego añadió: —Oh, sí, y, sólo un recordatorio, el gong de vestimenta será a las seis, el gong de la cena a las ocho. Nos vemos entonces. Dejó a Lady Tremaine en las capaces manos de Dilly.

A Lady Tremaine le encantaba volver a tener un horario. Ella y su marido habían hecho todo en un horario cuando él estaba vivo. Pero no podía recordar la última vez que Avery hizo sonar el gong de la cena y mucho menos el gong para vestirse. Ella y las niñas nunca se vestían para la cena, no desde que Lord Tremaine murió. No había visto la razón para ello. Pero ahora entendía por qué a su marido le gustaba todo así. Se dio cuenta de que tenía que ser más un ejemplo para sus hijas, y planeaba volver a su antigua forma de vida en cuanto regresara.

Cuando llegó a su habitación —la habitación de las hadas, como la llamaba Lady Hackle —encontró a la señora Bramble ya estaba desempacando y guardando sus cosas. A Lady Tremaine le encantaba esta habitación y normalmente se quedaba en ella cuando la visitaba. Siempre se sentía como si estuviera visitando el jardín de un hada, con sus muebles de color púrpura y dorado y su delicado papel pintado de flores.

—Todo está casi desempacado y guardado, mi señora. —La señora Bramble tenía lo que Lady Tremaine consideraba una voz de cementerio: tranquila, seria y casi premonitoria.





—Ya lo veo, señora Bramble. Gracias, —dijo Lady Tremaine, mirando alrededor de la habitación la señora Bramble había colocado cuidadosamente su vestido para la noche, y de alguna manera se las arregló para encontrar el tiempo para que una de las sirvientas le diera un baño.

Los ojos de ambos se dirigieron a la puerta cuando oyeron que alguien llamaba a la puerta. La señora Bramble se apresuró a abrir la puerta.

—Oh, hola, Lady Hackle, por favor entre, —dijo, abriendo más la puerta.

—Siento la intromisión, mi querida Lady Tremaine. Pero quería ver lo que vas a llevar esta noche. Llevas demasiado tiempo de negro. —Ella miró el vestido en la cama, que era, como era de esperar, negro. Lady Hackle estaba jugando, por supuesto, pero tenía razón.

Lady Tremaine había estado vistiendo de negro desde que su marido había muerto, y aunque había pasado bastante tiempo desde su fallecimiento, no se atrevía a pasar a vestir de púrpura.

—Amiga, han pasado seis años. Sé que querías a Francis —todos lo queríamos, y lo echamos mucho de menos —pero es hora de empezar a vivir tu vida de nuevo. No debería decirte esto, pero algunos de nuestros viejos amigos están empiezan a referirse a ti como la reina, como la reina Victoria".

Lady Tremaine se quedó sorprendida. —¿Quién me llama así? —Pero tuvo que admitir que su amiga tenía razón, y tuvo que admitir que su vestimenta era más bien anticuada y matrona. Tal vez era el momento de aligerarla. —Supongo que tienes un vestido alternativo en mente, —preguntó con una sonrisa cómplice.

—¡Bueno, de hecho, lo tengo! —Hacía años que Lady Tremaine no veía una sonrisa tan traviesa en el rostro de Lady Hackle, no desde que eran niña. De repente echó de menos aquellos días en los que ella y Prudence estaban en la escuela, sin más preocupación que hacer felices a sus madres encontrando el marido adecuado, lo que ambas hicieron, para satisfacción de sus madres. Sus madres no podían estar más contentas con sus elecciones. La única cosa que podría haberlas hecho más felices era que hubieran vuelto a casa con príncipes.





Lord Francis Tremaine era el sueño de una madre. Era un hombre con propiedades y riqueza, y provenía de una de las mejores y más antiguas familias. También lo era el marido de Prudence, al que todos llamaba Piggy. Lady Tremaine se reía para sí misma, casi olvidando su verdadero nombre: Henry.

Siempre le pareció divertido que la mayoría de los caballeros de su círculo tuvieran apodos tan ridículos.

Algunas de las damas también lo tenían, aunque, gracias a Dios, ella nunca consiguió adquirir uno. Ella no podía imaginarse que la llamaran Bunny, o alguno de los otros nombres que le gustaban en sus círculos sociales. Y ahora empezaba a temer que todo el mundo empezara a llamarla Vicky, ya que la han estado llamando "la reina" a sus espaldas.

Se dio cuenta de que se había desviado completamente de la conversación que mantenía con Lady Hackle, y ahora su doncella se había hecho cargo de la selección del vestido. Mientras Lady Tremaine estaba absorta, su amiga había traído un batallón de doncellas, cada una con un vestido diferente, todas a las cuales la Sra. Bramble despidió sucesivamente.

—Vamos, tiene que haber al menos uno que creas que servirá, —dijo Lady Hackle. —Mi querida Lady Tremaine, por favor, ven aquí y danos tu opinión. Después de todo, tu llevarás el vestido.

Todos los vestidos eran encantadores, por supuesto, exquisitamente hechos a la última moda, pero Lady Tremaine no estaba segura de que fueran adecuados para ella. Estaba claro que la Sra. Bramble tampoco lo creía.

—¿Qué le parece el bígaro polvoriento con acentos de color púrpura intenso? —Lady Hackle hizo un gesto para que una de las criadas lo sostuviera para que Lady Tremaine pudiera verlo. —Y tal vez podamos hacer que mi Rebecca te peine esta noche, sólo por esta vez. Oh, te encantará, querida. No creo que a la Sra. Bramble le importe, ¿verdad, Sra. Bramble?

Lady Tremaine se rió en silencio para sí misma, sabiendo muy bien que a la Sra. Bramble le molestaría. Ella le importaría mucho.





—Eso depende de mi señora, —dijo la Sra. Bramble con rigidez.

Pero antes de que Lady Tremaine pudiera responder, su vieja amiga aprovechó el momento.

—¡Encantador! Enviaré a Rebecca a las seis, para que te ayude con el pelo. Oh, mi dulce amiga, vas a estar preciosa esta noche. —Besó a Lady Tremaine en la mejilla antes de salir corriendo de la habitación, sus sirvientas la siguieron como una fila de patitos.

Lady Tremaine se sentó en la cama como si estuviera agotada. —Dios mío, es un torbellino, ¿verdad? —dijo, tratando de quitarle importancia a la situación, esperando que la señora Bramble no se sintiera herida o enojada con ella.

La Sra. Bramble se limitó a quedarse de pie, como si tuviera algo que decir, pero hubiera decidido guardárselo para sí misma. —Adelante, entonces, —dijo Lady Tremaine. —Supongo que estás molesta conmigo. Usted sabe cómo puede ser Lady Prudence. Es tenaz cuando hay algo que quiere. ¿Por qué no darle esto? ¿Y qué daño haría vestirse de púrpura? Sigue siendo un color de luto.

La señora Bramble cogió el vestido negro que había puesto antes sobre la cama y lo colgó en el armario, sin decir nada.

—Vamos. Sra. Bramble, no se altere. Sabe lo mucho que la valoro. Sólo estoy dejando que Rebecca me peine para hacer feliz a Lady Prudence. —Aun así, la Sra. Bramble no dijo nada. Se limitó a ir por la habitación moviendo las cosas una fracción de pulgada de donde estaban antes, fingiendo que estaba ocupada.

—¡Sra. Bramble, debo insistir en que diga lo que piensa! —dijo Lady Tremaine, empezando a perder la paciencia.

La señora Bramble cogió el vestido que Lady Hackle había dejado y lo colgó en el exterior del armario.





—Te das cuenta de lo que está tramando, ¿verdad? Hay un caballero que quiere que conozcas. Es todo lo que se habla abajo. Toda esta fiesta fue planeada para que ella pudiera hacerlos coincidir a ustedes dos, y tengo que decir, mi señora, que no lo apruebo. —La Sra. Bramble se tomó estas libertades en la forma de hablar con Lady Tremaine porque había trabajado para la familia desde que Lady Tremaine era una niña.

Pero Lady Tremaine se preguntaba cómo reaccionaría la señora Bramble ante su nuevo plan de dirigir un barco más estricto.

Sabía que Avery estaría de acuerdo, ya que era un hombre que se ajustaba a los números, pero ¿cómo lo manejaría la Sra. Bramble?

Lady Tremaine se dio cuenta de que la señora Bramble había seguido hablando mientras ella se sumía en sus propios pensamientos. Seguía hablando del misterioso hombre que Lady Hackle quería que conociera.

—Nadie ha oído hablar de él. No es de por aquí. Dicen que es de la realeza de alguna tierra lejana que está buscando una nueva esposa.

Lady Tremaine estaba intrigada pero no se lo hizo saber a la señora Bramble.

—¿Y qué pasó con su antigua esposa?, —preguntó, tratando de quitarle importancia al ambiente serio de la habitación.

—Bueno, ella murió, por supuesto. —se burló la señora Bramble. —Hay historias extrañas sobre la tierra de la que procede. La llaman los Muchos Reinos. ¡Oh, debería escuchar los cuentos, mi señora! Allí las madres suelen morir misteriosamente y mucho antes de tiempo, y estos viudos siempre las reemplazan con nuevas esposas que a su vez tienen un destino terrible.

Los ojos de la señora Bramble estaban muy abiertos y sus labios fruncidos. Lady Tremaine no podía saber si la señora Bramble estaba enfadada o preocupada. Su ojos estaban llenos de preocupación, pero sus labios parecían estar en pie de guerra. Tal vez fuera ambas cosas. —¡No dejaré que mi señora se vaya a tierras lejanas donde las madrastras se vuelven viles!





Lady Tremaine sabía de qué se trataba. Ella había sido su niñera, y luego la criada de su madre, así que miraba a Lady Tremaine casi como a una hija.

—Bueno, no pretendo que me lleven a ninguna parte, Sra. Bramble, y en cuanto a esas historias que ha escuchado, ¿debo recordarle lo tontos y aburridos que pueden ser algunos de estos sirvientes en el campo? ¿Qué otra cosa pueden hacer, sino tejer historias históricas sobre lugares que nunca han visitado por ellos mismos?

La señora Bramble se rió. —Me atrevo a decir que tienen su trabajo que hacer, —dijo, pero Lady Tremaine se lo preguntó. Se imaginaba que un poco de cotilleo en el piso de abajo era justo el tipo de cosa que los sirvientes esperaban.

—¡Bueno, no voy a escuchar más de estas tonterías!, —dijo.

Estaba impaciente y quería dejar el tema, pero la Sra. Bramble parecía estar llena de cosas que decir.

—¡Oh, siga hablando entonces! Me atrevo a decir que podría explotar si no comparte lo que piensa, señora Bramble.

Dejó escapar una risa, porque todo empezaba a sonar ridículo.

—Esto no es un asunto gracioso, mi señora. Debería escuchar las historias que cuentan abajo: Madrastras perseguidas por acantilados y sus almas atrapadas en espejos. El tutor de un niño guardián de una niña fue arrojado desde una torre, y otra fue masacrada por el hombre que se casó con su hija. Los Muchos Reinos no son un lugar seguro.

Lady Tremaine se preguntó si los sirvientes no estarían dando cuerda a la pobre señora Bramble. —Esos me suenan a cuentos de hadas, Sra. Bramble. ¿Y cuándo, por cierto, ha tenido tiempo de escuchar todas estas historias? Ha venido directamente a desempacar mis cosas".

La señora Bramble sacó un libro de su gran bolsa. —No son cuentos de hadas, mi señora. Son historias de brujas. Historias verdaderas, todas escritas por brujas asquerosas que se entrometen en la vida de mujeres desprevenidas.





La Sra. Bramble parecía desesperada, y a Lady Tremaine le quedó claro que algo podría estar mal con su doncella. Después de todo, era bastante mayor y a veces se ponía a hablar de cosas raras, pero Lady Tremaine nunca la había visto ponerse tan nerviosa antes.

—Ya veo, señora. Bramble, —dijo, sintiéndose un poco triste porque temía que fuera el momento de que la señora Bramble se retirara.

Por supuesto, si era mejor reemplazar a la Sra. Bramble, Lady Tremaine arreglaría una encantadora casa de campo para ella donde podría vivir su jubilación, pero no había esperado tener que tomar esta decisión durante lo que se suponía que eran sus vacaciones lejos de las de las preocupaciones domésticas.

—Tenga aquí, mi señora, tome esto y léalo. —La Sra. Bramble levantó el libro. —Todas las señales están ahí. Usted es el tipo de mujer que encaja en una de estas historias. Hermosa, rica, dulce y amable, perdió trágicamente a su marido, demasiado pronto. Pero algo cambiará; tú cambiarás. No sé si son los Muchos Reinos o las brujas, pero algo hace que las madrastras de estas historias se transformen en personas horribles. Y no son sólo las madrastras; sino cualquiera que estas brujas elijan para entrometerse.

Lady Tremaine suspiró. —¿Y qué le hace pensar que estas brujas elegirán entrometerse conmigo, mi querida Sra. Bramble? ¿Qué saben de mí, viviendo en Londres tan lejos de estos Muchos Reinos? ¿Qué podrían querer estas brujas con Lady Tremaine?

La Sra. Bramble cacareó, casi como si ella misma fuera una bruja. —¿Cómo voy a conocer los corazones y mentes de las brujas? Son criaturas asquerosas, las brujas lo son, y no dejaré que mi señora sea arrastrada a su historia.

Lady Tremaine pudo ver que la señora Bramble se estaba agitando aún más y estaba a punto de decir algo más, pero estaba cansada de tener esta conversación y decidió que era mejor que la anciana pensara que la creía.





—Gracias, señora Bramble. Leeré el libro, pero debo insistir en que se tome el resto de la noche para descansar en su habitación. ¿Comprende? Está muy nerviosa, y por mucho que aprecie su devoción y cuidado, no puedo permitir que se agote.

La señora Bramble intentó protestar.

—Pero ¿qué hay de esta noche, mi señora? ¿Quién la ayudará a vestirse?

Lady Tremaine suspiró. La anciana parecía haberse olvidado de Rebecca.

—Supongo que Rebecca me ayudará, sólo por esta noche, mientras usted se toma un muy necesario descanso. Podríamos organizar unas pequeñas vacaciones para usted una vez que regresemos a Londres. ¿No suena agradable? ¿Hay alguien a quien le gustaría visitar? Hace tiempo que no ve a tu hermana.

La señora Bramble seguía agarrando el libro, apretándolo con tanta fuerza que Lady Tremaine pensó que podría romperse sus frágiles dedos.

—Aquí, déjeme quitarle eso, Sra. Bramble. Prometo leerlo. Piense en dónde le gustaría tener sus vacaciones, y yo haré todos los arreglos.

Lady Tremaine tiró de la cuerda que colgaba cerca de la chimenea para llamar a una sirvienta que se presentó en unos instantes. A Lady Tremaine le encantaba la eficiencia con la que Lady Hackle dirigía su casa.

—Hola, querida, —dijo Lady Tremaine. —¿Podría llevar a la Sra. Bramble a su habitación y hacer que alguien le traiga el té y más tarde la cena en una bandeja? No se encuentra bien.

—No quiero ser una molestia ni dar más trabajo a la cocinera o a otros sirvientes. —se quejó la señora Bramble. —Ya tienen bastante con la fiesta de esta noche.

—Tonterías, —dijo Lady Tremaine. —No les importará, ¿verdad, querida?

La doncella sonrió.

—No nos importará en absoluto, —dijo suavemente, siendo amable con la anciana. —Vamos Sra. Bramble, déjeme mostrarle su habitación.





Ver a la señora Bramble salir de la habitación con la joven criada la hizo parecer aún más vieja a ojos de Lady Tremaine. No se había dado cuenta de lo vieja que se había vuelto la criada de su madre, y se de repente se sintió bastante tonta por no haberlo visto antes.

—Descanse, señora Bramble. Y me decepcionará mucho si me entero de que no lo ha hecho.

La señora Bramble le dedicó a su señora una débil sonrisa.

—Sí, mi señora. No se preocupe por la vieja señora Bramble. Mañana volveré a estar bien como la brisa. Sólo recuerde lo que le dije.

Lady Tremaine sonrió a la anciana. —Lo recordaré. Ahora vaya, y no deje esa cama hasta que esté completamente restablecida, —dijo mientras las mujeres salían de la habitación.

Cuando se hubo ido, Lady Tremaine tocó la campana para llamar a otra criada, y luego se sentó en la cama con un suspiro.

Había venido al campo para relajarse, no para enfrentarse a situaciones tan grotescas como ésta. Se preguntó brevemente cómo estarían Anastasia y Drizella, pero antes de que pudiera levantarse para escribirles una carta rápida, llamaron a la puerta.

—Adelante. —Esta vez era una chica alta y espigada, toda brazos y piernas. —Sí, ¿podría hacer saber a Lady Hackle que necesitaré a Rebecca para que me ayude a vestirme esta noche? Gracias, querida.

La joven sirvienta asintió y salió de la habitación, murmurando algo torpemente mientras se iba. Lady Tremaine sacudió la cabeza. Se dio cuenta de que el gong para vestirse ya había sonado mientras hablaba con la Sra. Bramble, y ahora parecía que iba a llegar tarde.

*Tal vez sea mejor que no impresione a este caballero de tierras peligrosas,* pensó, riéndose para sí misma.





## CAPITULO IV: EL MISTERIOSO SIR RICHARD

Lady Tremaine no tenía por qué preocuparse por llegar tarde a cenar. Rebecca la vistió y peinó su cabello con destreza y velocidad, y después de todo, descendió a tiempo para cenar.

Los invitados se reunieron en una sala grande y hermosa. Dos candelabros de cristal que sostenían velas blancas proyectaban un brillo encantador sobre todos los invitados, atrapado por joyas y lentejuelas y haciendo que todo brillara. Lady Tremaine siempre encontró divertidas a las damas de estos círculos. Para ella, parecían pájaros exóticos y vibrantes ataviados con todas sus galas, en contraste con los caballeros con sus colas negras. Lady Tremaine prefería la manera de ser de los pájaros reales, pájaros machos con su colorido plumaje y los pájaros hembra en sus sombríos marrones y negros.

Se había acostumbrado a la ropa de época de duelo. No había sido capaz de progresar a púrpura hasta esta noche, y eso fue solo para hacer feliz a su amiga. Así que esta noche ella también se sentía como una de las aves, brillante y vistosa, y no estaba segura de cómo la hacía sentir eso. De repente parecía muy audaz vestirse de púrpura. Pero rápidamente razonó que era el color de transición habitual entre el negro y los colores más vibrantes después del período de luto, y Lady Hackle probablemente tenía razón. Habían pasado seis años; era hora de seguir adelante.

Lady Tremaine no sabía muy bien qué hacer consigo misma. Algunos de los invitados se arremolinaban por la sala charlando entre ellos, mientras que otros estaban sentados en pequeños grupos en las sillas de terciopelo y los sillones dobles para tener conversaciones animadas. No se sentía como ella misma con el vestido que su amiga le había elegido. Se dijo a sí misma que no estaba traicionando la memoria de su marido al usarlo.

Aunque el período de duelo había terminado hace mucho, todavía sentía que su ropa debería reflejar su pérdida y su angustia.





Trató de ignorar la pequeña punzada que le decía que estaba lista para encontrar el amor de nuevo, a pesar de que brillaba dentro de ella como los brillantes cristales grises que decoraban el corpiño de su vestido y el collar, los pendientes y la pulsera a juego que Lady Hackle le había prestado esa tarde.

Entonces se apoderó de ella un sentimiento delicioso: de repente se dio cuenta de que era precisamente porque no se sentía como ella misma, que de hecho se sentía hermosa esa noche.

Rebecca había hecho un trabajo extraordinario en su cabello, y se veía atractiva con el vestido que Lady Hackle había elegido para ella. Imaginó que los cristales de su vestido le daban un brillo a los toques plateados de su cabello. No era una mujer joven, pero no se sentía lo suficientemente mayor como para que su cabello estuviera tan manchado de plata. Esta noche, por alguna razón, le gustó su apariencia. La hizo sentirse majestuosa, como si la plata fuera una insignia de sabiduría, y tal vez incluso de su angustia.

Solo había comenzado a aparecer en los años transcurridos desde que su marido había fallecido.

Sintió que había adquirido muchas cosas nuevas desde que murió su esposo. Lo más sorprendente, aunque no debería haber sido, fue que sus hijas eran ahora casi mujeres jóvenes. Parecieron transformarse de la noche a la mañana, aunque parecía que hace unos pocos meses solo eran pequeñas cosas corriendo por la casa, atormentando a su niñera o robando golosinas al cocinero y luego escondiéndose en la despensa para comerse su botín.

Y luego recordó las noches en las que se sentaba con ellas hasta que se dormían, llorando hasta el cansancio porque extrañaban mucho a su padre. Anastasia y Drizella habían llorado tantas lágrimas por su padre que no había lugar para las suyas. Lady Tremaine tenía que ser fuerte por sus chicas y hacer todo lo posible para hacerlas felices de nuevo. Le dolía un poco el corazón por esos días. Se preguntó si había sido una buena idea dejarlas en Londres, pero sabía que, si iban a aprender la lección, era lo correcto. Aunque esperaba que tenerlas en casa no hubiera disminuido sus posibilidades de coincidir con los chicos de Lady Hackle.





Mientras miraba alrededor de la habitación, no vio ningún rostro que no reconociera. Era el grupo habitual de señores y damas, y tuvo que preguntarse si este misterioso hombre del que la señora Bramble había estado hablando realmente existía. Quizás todo fue solo una charla de abajo. Si es que hubo alguna conversación en la planta baja.

Y luego ella lo vio. Parecía completamente fuera de lugar. No porque no fuera un caballero ni vistiera finamente, sino porque era demasiado guapo. Tenía el pelo oscuro y ojos llamativos, y había algo en él que lo diferenciaba de los demás hombres de la habitación.

No hacían hombres como él en Londres. Era demasiado perfecto, con sus rasgos finamente esculpidos, su mandíbula fuerte y su barbilla hendida. Era como algo salido de un cuento de hadas. No se sorprendería si su nombre fuera Príncipe Radiante, así de perfecto era. Nunca había visto a un hombre tan apuesto y con un encanto juvenil tan inconfundible. Podía verlo desde el otro lado de la habitación mientras él hablaba con Lady Hackle, ambos riendo, su amiga completamente encantada con él.

—Lady Tremaine —dijo Lady Hackle —me gustaría presentarles a Sir Richard. Nos visita desde los Muchos Reinos.

Lady Tremaine sonrió y extendió la mano.

—Así que este es el tan comentado Sir Richard. Encantada de conocerle. —dijo mientras el caballero le besaba la mano.

—Es un honor conocerle, Lady Tremaine. —La miró a los ojos con tanta intensidad que su corazón comenzó a latir de nuevo.

—Entonces, hábleme de estos Muchos Reinos, Sir Richard. Encuentro interesante que tantos reinos pudieran coexistir sin conflictos. Que tantos reyes y reinas pudieran residir pacíficamente tan cerca.

Sir Richard se rió.

—Oh, las cortes dentro de los Muchos Reinos tienen sus conflictos locales, pero nunca con los reinos vecinos. Siempre parece haber alguna persona malvada que causa problemas en un reino u otro, pero nunca en el nuestro.





Afortunadamente, en nuestro rincón de los Muchos Reinos somos una corte pacífica libre de maldad. Ojalá pudiera decir lo mismo de nuestro reino vecino; se rumorea que hay una bestia que corre salvaje.

¡Una bestia! Bueno, eso era ciertamente inusual y misterioso.

Lady Tremaine quería mantener la conversación, y sabía que la mejor manera era hacer preguntas. De repente se alegró de que su madre la hubiera enviado a la escuela de posgrado cuando era niña, ya que era bastante hábil en el arte de ser una dama. Por eso, aunque tenía curiosidad por saber más sobre esa bestia, no quería que Sir Richard pensara que estaba demasiado interesada en los aspectos más inusuales de su tierra natal.

—¿Y qué tipo de conflictos locales hay, Sir Richard?

Se sentía extraña llamando a este hombre por su nombre de pila, demasiado íntimo para alguien que acababa de conocer, pero ya estaba enamorada de él.

—Oh, el tipo de cosas habituales —dijo él, sonriendo. —Había una vieja reina que intentó matar a su hija porque estaba celosa de su belleza. Ya sabes, los típicos problemas que puedes encontrar en cualquier reino. —Lo dijo con tanta ligereza que Lady Tremaine se rió.

—Yo no llamaría a eso habitual. Suena a cuento de hadas —dijo.

—Bueno, nunca ha ocurrido nada de eso en la corte de mi aldea. —dijo Sir Richard. —Es un lugar tranquilo. Hasta ahora, nuestro reino ha quedado fuera del libro de los cuentos de hadas, y pretendemos que siga siendo así.

Lady Tremaine pensó que eso era algo extraño.

—Entonces, ¿este libro de cuentos de hadas es real? He oído hablar de él. —No quiso mencionar la historia de su sirviente, ni el hecho de que ahora se preguntaba si el libro al que se refería era en realidad el mismo que la señora Bramble acababa de regalarle.

Sir Richard se rió.





—Oh, es real, pero muy exagerado, se lo aseguro. Por ejemplo, nunca he visto a esas brujas que se dice que son las autoras de este libro. Creo que son pura ficción.

Lady Tremaine sonrió. —Entonces imagino que esta es la versión de los Muchos Reinos de un libro de historia. Los nuestros también son muy exagerados, me imagino —dijo.

Lady Hackle se aclaró la garganta.

—Ya, ya, Lady Tremaine, no dejéis que el caballero os oiga decir esas cosas.

Sir Richard se rió. En ese momento sonó la campana de la cena, y todas las damas y caballeros reunidos comenzaron a formar parejas y a alinearse para entrar en el comedor.

—Sir Richard, ¿le importaría acompañar a Lady Tremaine al comedor, ya que ambos están sin pareja esta noche? —preguntó Lady Hackle con una amplia sonrisa.

—Será un gran placer —dijo él, tomando el brazo de Lady Tremaine. Para sorpresa de Lady Tremaine, ella y Sir Richard fueron de los primeros en entrar después de Lord y Lady Hackle, lo que la confundió un poco, pero supuso que su título podría tener más prestigio en sus tierras que en las de ella.

Lady Hackle había organizado un magnífico festín. Lady Tremaine siempre pensó que era una anfitriona excepcional, pero esta noche apenas pudo comer nada. Estaba embelesada con Sir Richard, que cada vez le resultaba más interesante. Apenas pensó en sus hijas durante la cena, no hasta que Sir Richard le preguntó por ellas.

—Lady Prudence me ha dicho que tienes dos hijas encantadoras —dijo él.

—Sí, Anastasia y Drizella. Han sido mi mundo desde que falleció Lord Tremaine.





No vio el sentido de mencionar que probablemente era la razón por la que se habían convertido en mocosas malcriadas más allá de la redención y que había tenido que dejarlas en casa.

—También tengo una hija —dijo. —¿No son nuestros mayores tesoros?  
—La miraba intensamente.

Lady Tremaine mantuvo su rostro pasivo, sin querer asustar al hombre con cuentos sobre sus malvadas niñas. Se preguntaba si era demasiado tarde para sus hijas, esperando no haber arruinado ninguna posibilidad de que se convirtieran en las jóvenes que ella y Lord Tremaine esperaban que fueran.

Al oír a Sir Richard hablar de su angelical hija, uno pensaría que era un tesoro, creado por los dioses a partir de todo lo que era bueno y brillante y que le había sido otorgado desde los cielos. Debía de haberla criado bien. Lady Tremaine sintió verdadera envidia, pensando en lo mal que se habían portado sus dos hijas con ella antes de que se fuera de viaje, y probablemente sólo conocía la mitad de sus habituales fechorías. Decidió que sería mejor sentarse a charlar con la niñera Pinch a su regreso para ver hasta qué punto este comportamiento se había apoderado de ellas. Sentía más que nunca que lo había hecho todo mal después de la muerte de su marido.

Mientras se sentaba junto a este encantador caballero, se dio cuenta de que había perdido algo de sí misma en los últimos seis años. Había perdido su carácter, su ingenio y su estoicismo. Se había vuelto blanda, y decidió volver a encontrarse a sí misma.





## CAPITULO V: EL REGALO

A la mañana siguiente, Lady Tremaine se despertó con Rebeca abriendo las cortinas de la habitación. Odiaba admitirlo, pero era un cambio agradable tener a Rebeca cuidando de ella. Era una joven alegre, con pelo pelirrojo, ojos verdes y una estatura de sauce, casi de hada.

—Buenos días, mi señora. Le he traído un poco de café —dijo Rebecca mientras corría las largas cortinas moradas.

—Gracias, querida Rebecca. ¿Qué ha planeado Lady Hackle para nosotros hoy?

Rebecca se acercó a la cama y comenzó a acomodar las almohadas para que Lady Tremaine pudiera disfrutar de su café sentada.

—Los caballeros están en el vestíbulo disfrutando de algunas libaciones antes de salir a cazar —dijo.

Lady Tremaine pensó que le gustaría estar allí ahora para ver partir a Sir Richard. Se imaginó que estaba muy elegante con su ropa de caza.

—¿Y las damas? ¿Qué van a hacer las damas hoy? —preguntó mientras Rebecca colocaba la bandeja de café sobre la cama.

—Los caballeros se unirán a las damas para hacer un picnic esta tarde después de la cacería —dijo Rebecca. Lady Tremaine pensó que eso sonaba muy bien. —¿Y cómo está la señora Bramble? —preguntó, tomando un sorbo de su café. —¿La has visto esta mañana, Rebecca?

—Sí, por eso supe que no deseaba más que café esta mañana —dijo la joven criada, sonriendo. —Parece que se siente mucho mejor y está bastante ansiosa por atender a su señora. Pero no estoy segura de que esté preparada para volver a sus obligaciones.

Lady Tremaine se preguntó si no debería enviar a la señora Bramble de vuelta a casa.





—Dígale que es mi deseo que continúe descansando; es decir, si Lady Prudence puede prescindir de usted. No me gustaría privarla de su doncella.

Rebecca parecía complacida.

—Lady Prudence está siendo bien atendida. Estoy a su entera disposición. ¿A menos que prefiera a la señora Bramble? —dijo, sacando la bata de Lady Tremaine del armario.

El hecho era que no prefería a la señora Bramble. Lady Tremaine estaba disfrutando de este cambio de ritmo, sin sus hijas y los sirvientes que la conocían bien. Sentía que era una oportunidad para empezar de nuevo, para recuperar su antiguo ser. Era fácil ser atendida por Rebecca y el resto de los sirvientes de Lady Hackle. Todo era totalmente civilizado, sin la excesiva familiaridad en la que había caído en su casa. Le gustaba sentir que todos conocían su lugar, y con ello se dio cuenta de que ella también había encontrado el suyo.

—No, Rebecca, la señora Bramble debería descansar un poco más. Creo que está bien donde está. Ahora vamos a decidir qué me pondré para el picnic. Supongo que mi querida amiga Lady Prudence tiene alguna idea al respecto. —preguntó burlonamente.

—De hecho, me ha dado unos cuantos vestidos para que elija. ¿Se los enseño ahora? —Rebecca le tendió a Lady Tremaine una larga bata de seda negra con vivas flores rosas para que la vistiera mientras hacía su selección para ese día. —Le pedí a una de las criadas que subiera a prepararle un baño. ¿Por qué no echamos un vistazo a los vestidos mientras esperamos?

En ese momento entró en la habitación una delicada joven con un uniforme blanco y negro de sirvienta.

—Rose, por favor, prepara un baño para Lady Tremaine. Llegaremos enseguida —dijo Rebecca.

La muchacha, muy delgada, asintió y se dirigió rápidamente al baño contiguo sin decir nada más.





—No le haga caso a Rose, mi señora, es muy tímida —continuó Rebecca.  
—Creo que todos los vestidos que Lady Prudence eligió para usted son exquisitos, pero tengo la sensación de que éste es el que más le gustará.  
—Levantó un vestido de día bígaro y blanco. —Y mire esto —añadió, emocionada como una joven colegiala, mientras señalaba el sombrero y los guantes a juego.

—Oh sí, eso es hermoso. Y un tono tan bonito. —Lady Tremaine trazó las puntas de sus dedos sobre la tela. El vestido era de un delicado tono bígaro, adornado con encaje blanco a lo largo del escote, las mangas y el dobladillo. El sombrero era blanco con flores bígaras.

—Pensé que éste sería el que más le gustaría —dijo Rebecca cuando Rose salió del baño.

—El baño de la señora está listo —dijo Rose.

—Gracias, Rose. Por favor, cuelga esto mientras atiende a Lady Tremaine.  
—Rebecca le entregó el vestido y luego volvió a prestar atención a la dama.

—Mi señora, casi lo olvido. La señora Bramble me pidió que le guardara esto, pero que no se lo diera. Dijo algo sobre una maldición de bruja, o tal vez de pirata, no estoy segura.

En cualquier caso, pensé que era mejor que lo tuviera usted. No me sentía bien ocultárselo. —Le tendió una pequeña caja de satén.

Lady Tremaine tomó la caja de la mano de Rebecca sabiendo exactamente lo que había dentro.

—Pobre señora Bramble. ¿Realmente estaba hablando de maldiciones? Me siento fatal por haberla traído a este viaje sin saber que no estaba a la altura.  
—dijo Lady Tremaine. Estaba terriblemente preocupada por la criada de su señora.

—No se preocupe, mi señora. Su comportamiento es un poco preocupante, pero está en buenas manos abajo. Se lo prometo —dijo Rebecca.





—Gracias, Rebecca, no sé qué haría sin ti —dijo mientras abría la caja para revelar un broche verde ovalado en su engaste de oro antiguo. Se le encogió el corazón al ver el broche que le había regalado su marido. Lo habían elegido juntos en una pequeña tienda cerca de Eaton Square. Habían estado dando un paseo por el parque cuando su marido le sugirió un camino alternativo para volver a casa y llegaron a la curiosa tienda. No era el tipo de lugar que su marido solía frecuentar, pero parecía tener un propósito al llevarla allí, como si lo hubiera planeado desde el principio. Lo recordaba vívidamente como si acabara de ocurrir el otro día y no hace ya más de seis años.

—¿Has planeado esto, querido? ¿Has estado aquí antes? —había preguntado ella cuando llegaron a las puertas de la tienda.

—No, querida, nunca había visto esta tienda, pero entremos —había dicho con una mirada descarada que no era propia de él. Ella pensó que estaba jugando con ella y decidió seguirle la corriente, porque estaba segura de que le tenía preparada alguna sorpresa.

Cuando entraron en la tienda, una campana de bronce sonó en lo alto. Era un local pequeño y oscuro, con una larga vitrina que mostraba los tesoros que había en su interior. Recordó que su marido se dirigió directamente a la vitrina, sin darse cuenta de que el propietario había salido de detrás de una cortina.

Era un hombre alegre, que se alegraba de tener clientes, aunque pareciera que acababan de interrumpir su almuerzo. Todavía tenía la servilleta en la mano y se limpiaba las manos con ella mientras se acercaba a la vitrina.

—Siento mucho venir a la hora de su almuerzo —dijo Lady Tremaine, sonriendo al tendero. —Soy Lady Tremaine, y éste es mi marido, Lord Tremaine.

—Bienvenida, mi señora. No recibimos muchos lores y damas en mi pequeña tienda. Es un honor. ¿Busca algo en particular? —preguntó.

En ese momento, su marido levantó la vista del maletín. —¡Buen hombre, me gustaría ver este broche aquí!





El tendero se apresuró a acercarse al estuche y tomó la bandeja con el broche junto con otras piezas exquisitas.

—Mi amor, ven aquí. Mira este broche. ¿Qué te parece?

Lady Tremaine se acercó al estuche. El broche le llamó la atención de inmediato. —Es un broche precioso, querido.

Su marido la miró, encontrándose con sus ojos. —Y te quedará muy bien, mi amor. Es hermoso y majestuoso como tú.

Lady Tremaine no había visto a su marido tan emocionado en mucho tiempo. Había estado tan cansado y sin ser él mismo que ella había empezado a preocuparse por su salud, y se alegró al verlo de tan buen humor.

Tomó el broche en sus manos, casi hipnotizada por su belleza y por cómo la hacía sentir. Sintió un cosquilleo que la recorría, que la hacía sentir emocionada y poderosa, pero al mismo tiempo muy tranquila.

—Y tiene una historia interesante —dijo el tendero. —Compré todo lo que hay en esta bandeja a un comerciante que dice haber comprado todo el lote a un pirata, junto con un libro de cuentos de hadas que se dice que fue escrito por brujas.

Lord Tremaine se burló.

—¡Tonterías! —dijo, escandalizando a su esposa.

—Lo que mi marido quiso decir es que seguramente eso es sólo una historia que cuentas para atraer a tus clientes, ¿no es así, querido —preguntó Lady Tremaine.

Antes de que su marido pudiera responder, un niño entró en la habitación dando saltos. Era una criatura audaz, de pelo oscuro y con unos ojos que uno podría calificar de tristes por lo grandes que eran, pero este niño era un tipo alegre y bastante valiente.

—¡Mi padre no dice mentiras, mi señora! ¡El comerciante vio al pirata en persona! Dijo que el pirata llevaba un sombrero gracioso, ¡y hasta le vendió esas hebillas de botas de oro en esa bandeja! Y no creería qué más tenía...





El tendero intervino.

—Es suficiente, hijo. Vuelve arriba. El señor y la señora no tienen tiempo para oír hablar de piratas —dijo mientras veía a su hijo atravesar la cortina y subir las escaleras enfadado, mirando hacia atrás cada pocos pasos para ver si le llamaban para reincorporarse a la conversación.

—Lo siento por eso. Se pone muy nervioso. Me alegro de que se interese, porque un día este negocio será suyo, y un día de su hijo. Será mi legado.

Lord Tremaine suspiró.

—Es una buena cosa tener un hijo al que dejar su legado, y qué joven tan valiente al defender a su padre de esa manera. —Luego se rió y añadió: —Bueno, si ambos dicen que el comerciante compró estos objetos a un pirata, ¿quién soy yo para decir que no lo hizo?. —Vio que Lady Tremaine pasaba los dedos por el broche—. Querida, te gusta el broche, ¿verdad? —le preguntó.

Ella no pudo evitar sentir que él la había traído aquí específicamente para conseguir este broche.

—Me gusta, esposo mío —dijo ella, tomándolo en sus manos. —Me encanta, de hecho.

Lord Tremaine aplaudió, riendo.

—¡Ah! ¡Vean eso! ¡A ella le gusta, mi buen hombre! Entonces, ¡lo llevaremos!

Lady Tremaine nunca le había visto de un humor tan jovial. No era propio de él actuar tan gregariamente en público, ni entrar en pequeñas tiendas de mala muerte. Pero no importaba; parecía estar bien de nuevo y eso le alegraba el corazón.

Lady Tremaine levantó la vista del broche cuando el recuerdo se desvaneció y se encontró de nuevo en el Salón de las Hadas de la casa de Lady Hackle. Era un recuerdo tan grato, entrar en esa pequeña tienda con su marido, uno de los últimos días encantadores que habían tenido juntos.





Poco después, había perdido a su marido a causa de la enfermedad de la que creía que se estaba recuperando en aquella salida.

Se vio obligada a desterrar las imágenes de él en su lecho de muerte y a ahogar el recuerdo de las últimas palabras que se dirigieron el uno al otro, tratando de arraigarse en el presente, haciendo todo lo posible por sustituir las tristes imágenes de su difunto marido por otras encantadoras de un futuro brillante y hermoso, tal vez incluso con Sir Richard.

La idea la sorprendió. No se había dado cuenta de lo mucho que deseaba a ese hombre. Aquí estaba imaginando un futuro con él. Un futuro en el que ella y sus hijas vivieran felices con Richard y su hija.

—¿Está usted bien, mi señora? —preguntó Rebecca.

—Sí, Rebecca, sólo estaba perdida en el pasado, y quizás en el futuro. Tengo cuidado de no quedarme allí demasiado a menudo por miedo a perderme allí para siempre y no ver lo que tengo delante. —Le devolvió el broche a la doncella.

—¿Lo pongo con sus otras joyas, entonces? ¿Le gustaría llevarlo hoy al picnic? —preguntó Rebecca.

—No, Rebecca, no va con mi vestido. Pero me gustaría que lo dejaras en mi tocador. Quizás me lo ponga esta noche en la cena —dijo, mirándolo por última vez antes de que Rebecca cerrara la caja.

—Lo siento, mi lady, pero tengo que preguntar: no le preocupan los desvaríos de la señora Bramble sobre que el broche está maldito, ¿verdad? En mi opinión, todo son tonterías —dijo Rebecca.

—¿Así es como lo llamarías tú, Rebecca? ¿Desvaríos? ¿Tan mal le va a la señora Bramble? —preguntó ella.

—Me temo que sí, mi señora.

Lady Tremaine quería atribuirlo a la imaginación desbocada de una anciana, pero el recuerdo de su conversación con el tendero le hizo reflexionar.





—Lo curioso es que, Rebecca, acabo de recordar que el tendero nos dijo a Lord Tremaine y a mí que lo había adquirido a un misterioso comerciante junto con otros objetos, entre ellos un libro de cuentos de hadas escrito por brujas. Me pregunto si será el mismo libro que me regaló la señora Bramble.

Y estoy casi seguro de que mencionó algún tipo de maldición, pero ha pasado mucho tiempo desde aquel día. Quizá me equivoque.

Rebecca frunció el ceño.

—Tal vez la señora Bramble simplemente esté recordando la historia que usted compartió con ella en aquel entonces.

Lady Tremaine negó con la cabeza.

—No puedo creer que no se me haya ocurrido a mí. Por supuesto, eso es lo que ocurrió. Y de alguna manera se las ha arreglado para tenerlo todo revuelto en su cabeza. Dime, Rebecca, ¿se ha hablado abajo de Sir Richard?

Rebecca sonrió.

—No más que lo habitual cuando un hombre guapo viene de visita. Las doncellas y algunos lacayos están desmayados, por supuesto. Es un hombre muy guapo.

Lady Tremaine se rió.

—¿Y se habla de los Muchos Reinos, de donde es Sir Richard? La señora Bramble me hace creer que es un lugar peligroso.

Rebecca parecía incómoda.

—Tranquila, Rebecca. ¿Qué están diciendo allí abajo?

Rebecca se aclaró la garganta.

—Bueno, mi señora, si no le importa que lo diga, creo que la Sra. Bramble está envejeciendo y podría estar confundida. Sinceramente, no he oído ninguna historia inquietante sobre Sir Richard o los Muchos Reinos de nadie más que de la propia señora Bramble. —Rebecca parecía sentirse mal por haber dicho eso.





Todo empezaba a tener sentido.

—Ya veo —dijo Lady Tremaine. Se dio cuenta de que probablemente era mejor que la señora Bramble hubiera dejado el libro de cuentos con ella y no lo estuviera leyendo obsesivamente.

—Espero no haber hablado fuera de lugar, mi señora —dijo Rebecca.

—No, Rebecca, no lo hiciste. Has dicho exactamente lo que necesitaba oír.





## CAPITULO VI: EL ENTENDIMIENTO

Las señoras Tremaine y Hackle estaban disfrutando de un tiempo para ellas mismas, lejos de los demás invitados, en el salón de Lady Hackle, que era mucho más grande que el suyo. Con sus puertas francesas y su abundancia de helechos y flores exóticas, era casi como un invernadero. Pensó en lo bonito que sería en el futuro que ella y Lady Hackle fueran viejas juntas, viendo a sus nietos corretear por esta sala. Lady Hackle le sugería a menudo a Lady Tremaine que fuera a vivir allí una vez que sus hijos estuvieran casados, y si no le gustaba la idea de vivir en la casa grande con todos ellos, podría vivir en la casa de la viuda si lo prefería, ya que no había ninguna viuda en la residencia. A Lady Tremaine le encantaba la idea y siempre la tenía en reserva por si no volvía a casarse.

Pasó una tarde encantadora con su vieja y querida amiga mientras el resto de los invitados se tomaban su tiempo en sus habitaciones después del picnic. Era la oportunidad perfecta para que las dos damas se escabulleran y charlaran.

—¿No sentirán las otras damas que las hemos dejado de lado? —preguntó Lady Tremaine, sintiéndose un poco como una colegiala traviesa y haciendo reír a Lady Hackle.

—Bueno, no se lo diremos a las otras damas. La mayoría de ellas están durmiendo de todos modos. El toque de vestimenta no será hasta dentro de mucho tiempo, ¡así que tenemos todo el tiempo del mundo para cotillear! No me malinterpretes, me encantan estas reuniones, pero a veces necesito un poco de tiempo para mí. Hazme caso, no hay nada como una larga tarde al aire libre para que tus invitados se retiren a sus habitaciones —dijo riendo de nuevo.

—Quiero que me cuentes todo sobre tu paseo con Sir Richard. —Los ojos de Lady Hackle estaban encendidos, vertiginosos por su amiga. —Parecían tan encantados el uno con el otro en el picnic. No me atreví a acercarme a interrumpir, y lo siguiente que supe es que los dos se habían ido. Debo tener todos los detalles.





Lady Tremaine permaneció en silencio, jugueteando con un hilo sobrante en el dobladillo de su manga, tratando de evitar la pregunta de Lady Hackle.

—Mira eso —dijo, mostrando a su amiga el hilo de la manga—. Será mejor que se lo haga saber a Rebeca.

Lady Hackle miró a su amiga con complicidad.

Vamos, querida, algo pasa entre ustedes dos, no puedes negarlo. Y quiero saberlo todo, ¡ahora escúpelos! —dijo riendo y azuzando a su amiga.

—No lo niego, Prudence, sólo que no sé por dónde empezar. Es perfecto. En todos los sentidos posibles —dijo Lady Tremaine.

Lady Hackle parecía muy satisfecha de sí misma.

—¿De qué hablaron? ¿Qué ha dicho? —preguntó Lady Hackle, inclinándose como si Lady Tremaine estuviera a punto de contarle un secreto.

—Pasamos gran parte del tiempo hablando de su casa, de lo encantadora que era y de lo solo que estaba desde que falleció su esposa. Habló de que quería una madre para su hija, alguien que la criara y que fuera una esposa para él. Habló de combinar nuestro patrimonio para crear un futuro seguro para nuestros hijos, y para nosotros mismos —dijo ella, dejándose llevar por su conversación, recordando lo mucho que deseaba que la besara. Pero él era demasiado caballero para hacerlo.

—¿Te ha pedido que te cases con él? —le preguntó su amiga, claramente ansiosa por ver si podía elogiar sus habilidades como casamentera.

—Todavía no. Creo que quería ver si yo estaba dispuesta a la idea antes de proponérselo —dijo Lady Tremaine, sin dejar de mirar el trozo de hilo en su manga.

No quería que su amiga supiera lo mucho que le gustaba ese caballero. Realmente no quería admitirlo ante sí misma. Todo parecía tan repentino, tan fuera de lo común, y se preguntaba si estaba siendo tonta.





Pero así es como se hacían las cosas en esos círculos: se conocía a alguien, se casaba con él y, después, se descubría si era un buen partido. Si lo eran, mejor, y si no, pasaban la mayor parte del tiempo separados.

La mayoría de los matrimonios en el círculo de Lady Tremaine eran para combinar familias, capital social y recursos. Muy pocos estaban inspirados en el amor real. Ella había sido afortunada con su primer matrimonio. No sólo su familia aprobaba el matrimonio, sino que eran una buena pareja. Pero de alguna manera había pensado que la segunda vez que encontrara el amor haría las cosas de otra manera, se tomaría su tiempo. Y ahora se encontraba precipitándose en otro matrimonio sin saber mucho sobre el caballero.

—¿Qué dirás si te lo pide esta noche? Tienes que decir que sí —dijo Lady Hackle, con las mejillas rosadas como si fuera ella misma la que estuviera enamorada.

—No nos conocemos tan bien, Prudence. ¿No parece todo demasiado rápido? —preguntó Lady Tremaine.

—¿Qué hay que saber? Es un hombre rico y vive en un reino encantado. Es guapo, elegante y de alto rango. Es un sueño —dijo Lady Hackle, tomando la mano de su amiga.

—No estoy segura de lo que voy a decir, Prudence. No hemos hablado de amor. Aunque supongo que la implicación estaba ahí. —Lady Tremaine miró a su amiga. Se sorprendió de lo mucho que deseaba que ese hombre la amara. Temía estar entrando en terreno peligroso.

—Cuéntamelo todo. De principio a fin. No dejes nada fuera. Ni una sola palabra. Y entonces sabremos lo que debes hacer —dijo Lady Hackle.

Lady Tremaine respiró profundamente. —Muy bien, Prudence, si insistes. Sabes que ha sido un día precioso. Elegiste el lugar perfecto para nuestro picnic. Era un lugar tan hermoso, todo estaba verde, las flores florecidas, y ya sabes el cariño que le tengo a la glorieta al otro lado del lago. Después de que los caballeros regresaran de su cacería, Sir Richard se dirigió a mí casi de inmediato y sugirió que diéramos un paseo.





Cruzamos el pequeño puente de madera sobre el lago, y allí hablamos hasta que usted envió a Pratt para avisar de que todos volvían a la casa. Yo hablé de mis hijas, y él de las suyas, y hablamos de cómo había sido la vida de ambos después de la muerte de nuestros cónyuges.

Es un hombre tan práctico, muy parecido a los hombres de aquí de Londres. Todo era muy sensato. No hablamos de amor, aunque sí de cómo anhelaba que una mujer llevara su casa, que criara a su hija. Habló de su soledad, y de lo mucho que echaba de menos a su mujer, y de cómo le gustaría volver a tener compañía. Y le entendí, porque yo también quiero esas cosas. Pero no pude evitar preguntarme si quería amor.

—Por supuesto que sí. Habló de su soledad y de que quería una esposa. ¿Qué otra cosa podía querer decir? —preguntó su amiga.

—Siento que eso es lo que quiso decir. Al menos así lo sentí en el momento. Pero puede que me haya dejado llevar por la belleza de todo ello —dijo Lady Tremaine.

—Oh, he visto la forma en que te mira. No tiene ojos para nadie más cuando estás en la habitación. Creo que está enamorado de ti. —Lady Hackle apretó la mano de Lady Tremaine.

Lady Tremaine pensó que Lady Hackle podía tener razón. Ella sentía lo mismo, y entonces se dio cuenta de que sabía lo que haría.

—Si me lo pide, Prudence, creo que diré que sí —dijo, quitando la mano de su amiga y poniéndola en su corazón—. ¿Puedes creerlo? ¿Yo, casándome de nuevo, y marchándome a los Muchos Reinos? Como si un rey o una reina no fueran suficientes, ahora viviré en un lugar donde las tierras están plagadas de realeza. —Lady Tremaine rio junto a su amiga. El vértigo era contagioso.

—Imagino que tu vida allí con Sir Richard será bastante extravagante. —dijo Lady Hackle—. Oh, tendrás que invitarme a visitarte una vez que te hayas instalado. Tengo que ver tu nuevo château<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Del francés: Castillo





—¡Todavía no me ha pedido que me case con él, Prudence! —Lady Tremaine levantó la vista al oír el sonido de la campana de vestir. Su corazón se aceleró ante la idea de volver a ver a Sir Richard en la cena.

—Vaya, ¿ya es hora de vestirse? —dijo Lady Hackle—. Pensé que teníamos años. Será mejor que subamos y nos preparemos. Quiero que estés especialmente guapa esta noche.

Lady Tremaine se rio y negó con la cabeza a su amiga. Tuvo que preguntarse si estaban dando demasiada importancia a todo esto.

—Por cierto, ¿qué te parece Rebecca? ¿Estás contenta con ella? —preguntó Lady Hackle, levantándose de la mesa para dirigirse a su habitación para prepararse.

—Oh, es encantadora. Muchas gracias por dejar que me atienda mientras he estado aquí —dijo Lady Tremaine.

—Brillante. Entonces, quédate con ella. Me habló de tus problemas con la pobre señora Bramble, y mencionó lo mucho que le gustaría viajar contigo a los Muchos Reinos, así que le sugerí que, si estabas de acuerdo, se quedara contigo. —Lady Hackle sonrió con complicidad, y Lady Tremaine soltó una sonora carcajada.

—Oh, han estado conspirando para casarme, ¿verdad? —dijo Lady Tremaine.

—Bueno, querida, yo diría que ya era hora, ¿no? Y por qué no con un hombre que parece salido de las páginas de una historia romántica. Puedo verlos a los dos cabalgando en un caballo blanco, ¡y espero que lo hagan! Nada me gustaría más que verlos felices.

Una vez en su habitación, Lady Tremaine se entregó por completo a Rebecca, dejándola dictar su ropa y sus joyas y peinarla a su gusto. No solía preocuparse por su aspecto, pero quería estar especialmente guapa en la cena de esa noche.

—Está usted muy guapa, mi señora —se maravilló Rebecca—. Estoy segura de que Sir Richard la encontrará cautivadora.





Lady Tremaine entrecerró los ojos ante la joven.

—¿Se ha hablado abajo, Rebecca? ¿Sobre Sir Richard y yo?

Rebecca se sonrojó.

—Admito que sí, mi lady. Una de las criadas de arriba dice que escuchó a Sir Richard y su sirviente discutiendo los planes para volver a los Muchos Reinos esta noche, una vez terminada la cena, pero quiere hablar con usted primero.

Lady Tremaine se sonrojó, aunque una sensación de temor la recorrió. ¿Por qué se iba? ¿Y por qué tenía que hablar con ella? Esperaba que tuvieran más tiempo juntos, y no podía imaginar que su plan fuera pedirle matrimonio si se iba esta noche. De repente se sintió bastante tonta por haberse engalanado de terciopelo rojo y dejar que Rebecca adornara su pelo con brillantes rubíes a juego.

Era la primera vez que no llevaba colores de luto desde la muerte de su marido. Incluso se había abrochado el broche de jade que le había regalado su marido justo en el centro del corpiño, convirtiéndolo en la pieza que coronaba su vestido. Antes de que Rebecca le contara los planes de Sir Richard de marcharse, Lady Tremaine se había sentido como una mujer nueva que respetaba y apreciaba su pasado, pero que prefería no perderse en él, porque estaba muy ilusionada con su futuro. Pero ahora no sabía qué esperar. Había estado tan ilusionada y con tantas ganas de esta nueva aventura amorosa, y ahora se sentía tonta y a la deriva una vez más.

—Todo irá bien, mi señora, estoy segura —dijo Rebecca, ayudando a Lady Tremaine con sus largos guantes blancos.— De hecho, lo sé. A menudo tengo presentimientos sobre cómo saldrán las cosas, y creo que usted y Sir Richard están destinados el uno al otro. —Se dirigió a la puerta.— ¿Está lista para bajar? —preguntó, manteniéndola abierta con una sonrisa.

—Sí, Rebecca, supongo que estoy tan preparada como nunca lo estaré.





Lady Tremaine se sentía nerviosa al recorrer el salón, esperando que todos se reunieran para cenar. Sir Richard aún no había llegado, y ella empezaba a preguntarse si no se habría ido directamente a los Muchos Reinos, decidiendo no hablar con ella antes de marcharse, después de todo.

Pero entonces lo vio. Parecía haber salido de las páginas del libro de cuentos de hadas de la señora Bramble. Era demasiado elegante para su propio bien, y sintió que su cara se sonrojaba de nuevo al preguntarse de qué quería hablar. Se sintió ligeramente mareada mientras él se dirigía hacia ella, sin detenerse siquiera a conversar amablemente con los que se cruzaban. Estaba en su camino directo, sus ojos estaban fijos en ella, y no pudo evitar sentirse como una presa cazada. Tenía una mirada tan seria, que le hizo palpar el corazón, porque estaba segura de que iba a decepcionarla. Los hombres suelen tener un aspecto serio cuando están a punto de decepcionar a una dama.

—Mi querida Lady Tremaine —dijo él al acercarse— ¿puedo hablar con usted en el jardín antes de que empiece la cena?

—Creo que tenemos tiempo. —Ella miró el pequeño reloj de oro de la chimenea.

—Lady Hackle dijo que podíamos tomarnos todo el tiempo que necesitáramos —respondió él, y la tomó de la mano, conduciéndola hacia las puertas dobles del jardín.

Caminaron hacia un estanque que estaba lleno de pequeñas luces centelleantes. Cuando se acercó, vio que eran pequeños cuencos de espejo que flotaban en la superficie del agua, con velas que parpadeaban en su interior, arrojando notables destellos de luz que bailaban sobre el rostro de Sir Richard y el jardín.

—¿Queríais hablar conmigo de algo, Sir Richard? —dijo ella, quedándose muy quieta mientras esperaba su respuesta. Sintió que tenía que prepararse para lo que él iba a decir. Temía que sus palabras fueran un golpe y quería estar preparada. Intentó hacerse sólida e inamovible. Preparada para el impacto.





—Sí. Me temo que tengo que irme justo después de la cena, pero no me pareció correcto irme sin hablar contigo primero, no después de nuestra charla de hoy. Quería asegurarme de que no hubiera ningún malentendido. No quería marcharme si de verdad hay algo más que tengamos que decir.

El corazón de Lady Tremaine se hundió. Esto era lo que había temido y esperado. Por supuesto, su conversación no había sido el comienzo de una apasionada aventura amorosa o de una nueva aventura. No había sido más que una pequeña charla de cortesía.

—No hace falta que diga más, Sir Richard. Le entiendo perfectamente —dijo ella. Se sintió tonta por pensar que su charla de hoy era algo más que dos personas que habían perdido a sus cónyuges, conectando por su dolor compartido. Pensó que él había hablado de querer una esposa y una madre para su hijo porque la quería, pero parecía que sólo estaban compartiendo sus historias, no sus corazones.

Se maldijo a sí misma por dejarse enamorar tan rápidamente de ese hombre, por imaginar una vida con él y sus hijos después de sólo un par de días. Después de una tarde de conversación. Una conversación que ella había malinterpretado completamente.

Se quedó allí, tan callada y quieta, temiendo que si hablaba o se movía podría romperse en pedacitos y desmoronarse ante él. Seguramente su corazón se estaba rompiendo, pero se preguntaba si se le notaba en la cara.

—¿Entendéis de verdad, Lady Tremaine? Porque quiero que mis intenciones sean claras.

—Oh, sus intenciones son perfectamente claras, Sir Richard —dijo ella, deseando nada más que estar fuera de su compañía. No podía creer que hubiera dejado que su corazón se enredara con el de este hombre.

Quería gritar: "¡Pero si estoy enamorada de ti! ¡Pensé que me ibas a pedir casarme contigo!" Pero ese tipo de cosas no se hacían, y menos en el jardín de Lady Hackle, justo al lado de un salón lleno de lores y damas. Sería el hazmerreír de todos. Y ahora se encontraba con que tenía que ir a la cena del brazo de un hombre que acababa de romperle el corazón.





Odiaba la idea de tener que explicar todo esto a Lady Hackle. Y estaba enfadada con su amiga por haberla animado a enamorarse de ese hombre tan rápidamente. En ese momento lo único que quería era salir corriendo, pero en lugar de eso se quedó allí, pasiva como siempre, esperando a ver qué decía él.

—Muy bien, creo que deberíamos entrar a cenar entonces. Es un alivio que pensemos lo mismo —dijo él.

En ese momento decidió que necesitaba proteger su corazón, y se alegró de llevar el broche que le había regalado su marido, porque si no lo hubiera llevado, el golpe de Sir Richard la habría destrozado.

Cuando volvieron a entrar en el salón y ocuparon sus puestos entre los invitados que todavía esperaban para entrar en la cena, sintió un frío y fuerte escalofrío al tocar su broche. La sensación la acompañó mientras se sentaban a la mesa del comedor, e imaginó que la ayudó a no llorar y a no hacer el ridículo frente a Sir Richard y los demás invitados.

Podía ver que Lady Hackle estaba preocupada por ella, pero, por supuesto, no podrían hablar hasta después de la cena, e incluso entonces les resultaría difícil encontrar algo de tiempo para charlar entre ellos.

Y entonces ocurrió lo más extraño. Lady Hackle y Sir Richard parecieron intercambiar miradas cómplices, lo que hizo sonreír a Lady Hackle, que se levantó pidiendo la atención del grupo.

—¡Es un gran placer anunciar el compromiso de mi mejor amiga Lady Tremaine y Sir Richard de los Muchos Reinos! Que ambos sean verdaderamente felices al unirse a sus familias: las hijas de Lady Tremaine, Anastasia y Drizella, con la hija de Sir Richard, Cenicienta. ¡Todos, levanten sus copas por Lady Tremaine y Sir Richard!

Lady Tremaine se sentó conmovida mientras todos levantaban sus copas para celebrar su compromiso. Y se dio cuenta de que su corazón no necesitaba protección después de todo. Ella y sus hijas iban a vivir felices para siempre, tal y como había deseado su amiga Lady Hackle.





## CAPITULO VII: LA ADVERTENCIA DE LA SEÑORA BRAMBLE

La cabeza de Lady Tremaine daba vueltas después de la cena. La noche ya se arremolinaba en su memoria como un sueño. Trató de aferrarse a cada momento, de formar un recuerdo claro que debería atesorar para siempre, pero se le escapó entre los dedos, dejándola con fragmentos. Apenas podía creer que todo estaba sucediendo, y tan rápido. En un momento pensó que todo era un malentendido, y al siguiente estaban comprometidos.

Después de la cena, Lady Hackle hizo que pusieran champagne, chocolates y fruta en la biblioteca para que Lady Tremaine y Sir Richard pudieran tener unos momentos a solas antes de que él navegara hacia los muchos reinos.

—Lamento salir corriendo así, cuando nos queda tanto por discutir, pero mi rey me ha convocado, y es mi deber atenderlo en el momento en que me llamen a su lado. Es mi deseo expreso, sin embargo, que usted y sus hijas se unan a mí tan pronto como puedan —dijo, besando su mano. —Espero que entienda.

Quería decir que sí, pero no lo hizo.

—¿No volverá conmigo a los Muchos Reinos ahora? Odio la idea de retrasar tu viaje más de lo necesario —Volvió a besarle la mano y luego la apretó con la suya.

—¿Y qué hay de mis chicas, Richard? No puedo seguir adelante sin ellas. —Lady Tremaine negó con la cabeza.—Por supuesto que dejaré a Lady Hackle de inmediato para poder reunirme contigo lo antes posible, pero todo esto está sucediendo muy rápido. Hay cosas que se deben considerar, planes que se deben hacer. Mi casa necesita ser empacada y enviada, y está el asunto de mis sirvientes. Tendré que arreglar el pasaje para ellos, así como para mí y mis chicas. ¡Dios mío, tengo que decírselo a las chicas! Van a estar sorprendidas —dijo mientras Sir Richard tomaba su otra mano en la suya.

—No es necesario que traiga nada más que sus pertenencias personales, lady Tremaine. Mi castillo está bellamente amueblado y con todo el personal.





Traiga a la doncella e institutriz como compañía para usted y sus chicas durante el viaje, si lo desea, pero no las necesitaremos una vez que se haya instalado en su nuevo hogar. Pero venga pronto y con prisa. Le necesito a mi lado —dijo, mirándola profundamente a los ojos.

En ese momento alguien llamó a la puerta y entró el ayuda de cámara de Sir Richard.

—Disculpe, pero debemos irnos. El carruaje de Sir Richard debe partir ahora si va a tomar el barco a los Muchos Reinos.

—Muy bien, estaré allí en un momento. —dijo Sir Richard. —Será mejor que me vaya. Mi rey me necesita — dijo, apretándole las manos un poco más.

Lady Tremaine pensó en ese momento que la besaría. Después de todo, estaban comprometidos. Difícilmente podría ser inapropiado, ambos se habían casado antes y ella no era una doncella. Cerró los ojos esperándolo, y luego sintió sus labios rozar castamente su frente.

—Adiós querida. Ven a mí rápido. No puedo esperar a que seas mi esposa —dijo.

Ella se quedó allí mirándolo a los ojos y aún se preguntaba si él la amaba. Quizás se sentía incómodo besándola delante del ayuda de cámara. Quería preguntar, pero no se atrevía a hacerlo.



Lady Tremaine subió a su habitación y se derrumbó en la cama con un profundo suspiro. Se quedó tendida en la oscuridad tratando de recuperar el aliento, pero se sobresaltó al escuchar una voz ronca y familiar que venía de la esquina de la habitación.

—Veo que ya está enamorada de su príncipe y que se has olvidado por completo de su pobre señora Bramble.

Lady Tremaine se levantó de la cama. No sabía cómo no la había visto antes, pero ahora podía distinguir la silueta de la señora Bramble, en una silla de terciopelo junto a la ventana. La luz de la luna brillaba sobre su salvaje cabello plateado y proyectaba sombras en su rostro, haciéndola parecer una vieja bruja de un cuento de hadas.





—Él no es un príncipe —dijo Lady Tremaine, levantándose y arreglando su vestido. —Es un caballero. Y, por supuesto, no me he olvidado de usted, Sra. Bramble. ¿Cómo se está sintiendo? —Se dirigió hacia la pobre mujer.

—Estoy en un estado lamentable. Sola en el mundo sin un amigo —dijo la Sra. Bramble, sus ojos llorosos y amarillos por la edad.

—No está sola, señora Bramble. Me tiene a mí. —dijo Lady Tremaine.

—Ya no me necesita. Me está enviando lejos, no lo niegue. La chica de las brujas me lo dijo. Está claro que ella y su príncipe de cuento de hadas le tienen en sus garras.

Lady Tremaine se arrodilló para poder mirarla a los ojos. —Detenga esto ahora. ¿Qué es esta charla de brujas? No estoy en las garras de nadie —dijo. Estaba preocupada de ver a la Sra. Bramble en tal estado.

—Rebecca dijo que me va a enviar a vivir con mi hermana— dijo la Sra. Bramble. —Y que se muda a los Muchos Reinos.

Lady Tremaine negó con la cabeza.

—Bueno, no puedo decir cómo sabría ella que iba a los Muchos Reinos cuando apenas lo acababa de decidir yo misma.

La Sra. Bramble se rió a carcajadas. Fue una risa fea y ronca lo que hizo que a Lady Tremaine se le tensaran los dientes.

—Oh, ¡Usted sabía que se iría con él en el momento en que lo vio! Ya está bajo su hechizo. Siempre fue una tonta al ver una cara hermosa y una cartera llena —dijo riendo de nuevo.

—¡Ya es suficiente! —Lady Tremaine se levantó y caminó hacia el centro de la habitación. —No sé qué le ha pasado, Sra. Bramble, pero debe recuperarse. No le tendré hablándome así —dijo, tirando del cordón para llamar a Rebecca.

—Recuerde mis palabras, querida, se arrepentirá si va a los Muchos Reinos. Por favor, lea el libro de cuentos de hadas que le di, está todo ahí. Entonces verá por qué estoy tan preocupada por usted —dijo la Sra. Bramble con ojos suplicantes.





—Ojalá pudiera decir algo para tranquilizarla, señora Bramble —Lady Tremaine miró hacia la puerta, esperando a que Rebecca llamara y pusiera fin a esta conversación. —Le aseguro que estaré muy feliz con Sir Richard.

Estaba preocupada por el estado de ánimo de la mujer.

—Existe un vínculo especial entre una niñera y su niña, como aprenderá en las páginas de ese libro. Siempre le he visto con mucha claridad y sé sin lugar a dudas que algo terrible sucederá si se va.

Lady Tremaine le tomó la mano. Se preguntó si la pobrecita no estaría sufriendo algún tipo de demencia por la vejez.

—¿Por qué está tan convencida de que me va a pasar algo horrible? —ella preguntó. —¿Por qué cree que alguien me hará daño? —Buscó en el rostro de la anciana, preguntándose qué la hacía parecer tan afligida.

—No me preocupa que le lastimen, mi pequeña. Es una mujer fuerte y puede manejar cualquier cosa que esas brujas intenten poner en su camino. —dijo la Sra. Bramble.

—Entonces, ¿qué le preocupa tanto? ¿de qué está tan asustada? —preguntó Lady Tremaine, y la expresión más extraña apareció en el rostro de la Sra. Bramble.

—Oh, querida, ¿No se da cuenta? Estoy preocupada por aquellos a quienes puede herir, aquellos a los que destruirá con su odio y su crueldad

Rebecca entró en la habitación en ese momento y escuchó lo que dijo la Sra. Bramble.

—Eso es una tontería total. Mi señora no tiene ni un hueso cruel en su cuerpo —dijo Rebecca.

—¡Oh, su dama le perseguirá y sus brujas terminarán con ella! —La Sra. Bramble graznó. —¡Les pasa a todos! Algo está terriblemente mal con Muchos Reinos. Convierte a las madrastras en monstruos horribles. Destruye todo lo bueno que hay en ellas —La Sra. Bramble agarró el libro de cuentos de hadas de la mesa a su lado. —Sólo lea esto, mi lady. Léalo antes de cometer el mayor error de su vida.

Lady Tremaine tomó el libro y sonrió a la anciana.





—Lo leeré. Lo prometo —dijo, tratando de hacer feliz a la mujer y abriendo el libro.

—¿Qué es esto, una inscripción de Lord Tremaine? —dijo, mirando más de cerca. —¿Obtuvo este libro de la biblioteca de Lord Tremaine? ¿Por qué no lo dijo desde el principio? —preguntó Lady Tremaine.

—Pensé que lo sabía, mi señora. Mencionó que lo compró en la misma tienda que su broche. Lord Tremaine siempre dejaba que el personal tomara prestados sus libros, mi señora, siempre y cuando lo anotáramos en su libro mayor —dijo la Sra. Bramble.

Lady Tremaine sabía que esto era cierto, por supuesto. Esta conversación, combinada con los eventos de los últimos días, hizo que su cabeza diera vueltas en círculos.

—Bueno, entonces estoy aún más feliz de tenerlo en mi poder, señora Bramble. voy a tener especial cuidado al leerlo. Muchas gracias por devolverlo. —Lady Tremaine le indicó a Rebecca que sacará a la anciana de la habitación. —Ahora, vuelva abajo con Rebecca y quédese ahí y descanse hasta que envíe por usted. Todo estará bien, se lo prometo —dijo, besando a la Sra. Bramble en la mejilla.

Respiró hondo una vez que las dos mujeres salieron de la habitación.

—Dios mío —dijo, mirando el libro.

Ver la letra de Lord Tremaine envió una ola de amor y tristeza a través de ella.

Ella nunca supo que él había regresado a esa extraña y pequeña tienda por el libro. Recordó que el propietario lo mencionó y pensó que sonaba como algo que haría su marido, volver a la tienda a buscarlo. Pero odiaba las ideas y nociones que este libro había puesto en la mente de la Sra. Bramble. La anciana se había convencido claramente a sí misma de que las historias eran ciertas. Y luego recordó su conversación con Sir Richard sobre si el libro de cuentos de hadas podría ser una historia. ¿Podrían ser ciertas las historias después de todo?

Rebecca regresó a la habitación, interrumpiendo sus pensamientos.

—Siéntese, mi lady, está pálida —dijo, tendiéndole una silla a Lady Tremaine.





—Gracias, Rebecca querida. ¿Sabes mucho sobre los Muchos Reinos? Juro que recuerdo a Sir Richard diciendo algo sobre un libro de cuentos de hadas.

Ella se llevó la mano a la cabeza y Rebecca le quitó el libro.

—No se preocupe por eso ahora. Estoy segura de que son libros diferentes. ¿Por qué no se acuesta? Ha sido un día largo y mañana será otro. Necesita descansar



La mañana siguiente transcurrió en un frenesí de emoción. Tan pronto como terminó su café y se vistió, Lady Tremaine se encontró rodeada por una legión de sirvientas, todas ayudando a Rebecca a empacar sus cosas para que pudiera regresar a Londres para contarles la noticia a sus chicas. Había escrito con anticipación para que su mayordomo, Avery, supiera que estaba en camino. Tenía que dar instrucciones a los sirvientes para que hicieran las maletas y decirle a Nanny Pinch que preparara a las niñas para un largo viaje.

La cabeza de Lady Tremaine daba vueltas con todo lo que tenía que hacer y con todo lo que ella y Sir Richard habían discutido la noche anterior. Tenía razón al sugerir que solo llevara objetos personales. Después de todo, era un viaje extraordinariamente largo a los Muchos Reinos, y no era sensato llevarlo todo con ella, incluidos sus sirvientes.

Gracias a Dios por Rebecca, que estaba dando vueltas por la habitación, dirigiendo al personal de Lady Hackle a empacar los baúles de Lady Tremaine para que pudiera regresar a casa en el próximo tren.

Lady Tremaine estaba ansiosa por reunirse con Anastasia y Drizella lo antes posible para poder compartir las buenas noticias.

—Rebecca, una vez que estemos de regreso en Londres, quiero que supervises el embalaje de mis pertenencias personales. Vestidos, sombreros, guantes, joyas, carteras, algunos de mis libros favoritos y, por supuesto, el contenido de mi tocador. Todo lo demás tendrá que guardarse en cajas y subastarse. Necesitaré que supervises todo eso también. Tendré las manos ocupadas dándoles la noticia a las chicas y reuniéndome con mi abogado para que podamos organizar la venta de la casa adosada —dijo Lady Tremaine.





—Por supuesto, mi señora. ¿Y qué hay de las cosas de la señorita Anastasia y la señorita Drizella? ¿Debo empacar para ellas también?— ella preguntó.

—No, Nanny Pinch se encargará de eso. He escrito por adelantado. Y, Rebecca, necesito que trabajes en estrecha colaboración con mi mayordomo, Avery, para asegurarme de que todo se haga según mis especificaciones.

Rebecca dejó de hacer lo que estaba haciendo.

—¿Cómo se sentirán Avery y los otros sirvientes acerca de que yo me precipite y me haga cargo de esa manera, mi señora? ¿Estarán molestos por la Sra. Bramble?

Lady Tremaine ni siquiera había pensado en eso.

—Bueno, Avery es un buen tipo, pero si se le sale la nariz, no hay nada que podamos hacer —Ella continuó: —Oh, Rebecca, hay mucho que hacer. Y tengo que decirle al personal que no los necesitare. Empezaba a sentirse débil.

—Mi señora, por favor siéntese —dijo Rebecca. —Creo que podría desmayarse por toda la emoción. No me preocuparía por su personal. No puedo imaginar que quieran viajar tan lejos de todos modos

Había dejado de dirigir a las doncellas para prestar toda su atención a Lady Tremaine.

—Sí, creo que tienes razón. Aunque espero que venga Nanny Pinch, aunque solo sea durante los primeros meses

Se sentó en una silla de terciopelo rosa situada cerca de una ventana con una mesita redonda al lado

—¿Debo mandar a traer un té? —Rebecca preguntó.

—Sé que tienes buenas intenciones, siempre sugiriendo té, pero si vas a ser mi doncella, recuerda, nunca té, Rebecca, siempre café. Sé que no es muy inglés de mi parte, pero siempre lo he preferido.

Rebecca asintió.

—Sí, mi señora. Debería haberlo recordado.

Hizo un gesto a una de las doncellas para que le trajera un poco de café a su señora. Llamaron a la puerta.





—Ah, ¿supongo que ese no podría ser mi café ya? —dijo lady Tremaine, riendo.

—No, mi señora. Todavía estamos en Inglaterra, donde las cosas no aparecen mágicamente como lo hacen en los Muchos Reinos. Rebecca sonrió mientras le abría la puerta a Lady Hackle. La amiga de Lady Tremaine se quedó allí con una expresión de grave preocupación en su rostro.

—Amiga mía, esta carta llegó para ti hace un momento. Es de Sir Richard. Debe haberla enviado justo antes de que su barco desembarcara.

Lady Tremaine tomó la carta de su amiga y la leyó.

*Mi querida Lady Tremaine,*

*No puedo esperar un momento más para que seamos marido y mujer. Por favor, venga a mí lo más rápido que pueda, porque estoy desesperado por que ocupe su lugar a mi lado y en mi hogar. Si me ama tanto como espero, traerá a Anastasia y Drizella en el próximo viaje nocturno.*

*Cenicienta y yo le necesitamos.*

*Sir Richard*

Lady Tremaine devolvió la carta a su amiga para que pudiera leerla. —Oh, tienes que ir a verlo de inmediato —dijo Lady Hackle.

—Pero ya me voy lo más rápido que puedo. ¿Qué hay de la casa de Londres? —Lady Tremaine estaba angustiada. —¿Qué pasa con las chicas? Ni siquiera les he dicho que nos mudamos, ¿y debo reservar un viaje para nosotras en el próximo viaje nocturno?

Lady Hackle miró hacia otro lado por un momento como si estuviera formulando un plan.

—Nanny Pinch solo tendrá que llevarlas al muelle. Con suerte, estará de acuerdo en acompañarla a Muchos Reinos, pero si no lo hace, lo mínimo que puede hacer es llevar a sus chicas a reunirse contigo en el barco. Tu nueva familia te necesita. Si tenías alguna duda de sus sentimientos de amor hacia ti, esto seguramente lo borra todo —dijo.





—Creo que tienes razón, pero ¿qué pasa con la casa y los sirvientes? Hay mucho por hacer.

Tomó una taza de café de una bandeja que le había traído una de las doncellas.

—El barco no saldrá del muelle hasta esta noche. Eso debería darle a Nanny Pinch el tiempo suficiente para arreglar algunas cosas para ti y las chicas. Piggy y yo iremos a tu casa en Londres mañana y supervisaremos todo lo demás y haremos arreglos para que el resto de sus cosas se envíen a los Muchos Reinos. —dijo Lady Hackle.

Lady Tremaine tomó la mano de su amiga.

—Eres una buena amiga, Prudence. Gracias.

Ella rió.

—No es nada, querida amiga; es solo una cuestión de dirigir a tus sirvientes. ¿Les pagarás una indemnización? ¿Deberíamos duplicar lo habitual dadas las circunstancias? —ella continuó —¿Y qué sobre la casa y las cosas que se subastarán? ¿Tu abogado se ocupa de eso? ¿Piggy y yo deberíamos pasar por su oficina cuando esté en Londres para hacer los arreglos por ti?

Lady Tremaine comenzó a entrar en pánico. Había tanto por hacer, y ahí estaba ella corriendo antes de que pudiera resolver algo.

—Oh, Prudence, ¿manejarías todo eso, de verdad? Me temo que te estoy pidiendo demasiado, mi dulce amiga, pero no tengo otra opción.

Lady Hackle se rió.

—Es por la mejor razón posible. ¡Vas a navegar para estar con tu amor! —dijo ella sonriendo.

—Todo esto está sucediendo muy rápido. Quería tiempo para hablar con las chicas antes de salir corriendo a tierras desconocidas —dijo Lady Tremaine, señalando a uno de los sirvientes para que le sirviera otra taza de café.

Lady Hackle puso sus manos sobre los hombros de su amiga con ternura.

—Puedes hablar con las chicas del barco. Escúchame, amiga mía, eres la mujer más fuerte que conozco. Puedes hacerlo. Finalmente vas a tener tu felices para siempre, en la tierra de los cuentos de hadas. Este es un sueño hecho realidad.





## CAPÍTULO VIII: LA MARAVILLOSA AVENTURA

Lady Tremaine estaba nerviosa en el muelle, esperando a que llegaran Nanny Pinch, Anastasia y Drizella. No dejaba de mirar su reloj colgante, preocupada de que no llegaran al muelle a tiempo.

Era un barco magnífico y hermoso, todo blanco y dorado, que le recordaba a un pastel de bodas de muchos niveles. Cada vez que sonaba la bocina del barco, saltaba, pensando que significaba que estaban a punto de sonar la última llamada para que los pasajeros abordaran, pero lógicamente sabía que tenían mucho tiempo. Sus nervios estaban tan revueltos.

Al menos se las había arreglado para arreglar dos camarotes muy elegantes, uno para ella, y algunos cuartos bastante grandes para Nanny Pinch, Rebecca y las chicas, todos contiguos, por supuesto.

Mientras estaba allí, se sintió como si estuviera en un sueño. No parecía real la idea de dejar toda su casa sin volver a verla, o sin despedirse de quienes la habían cuidado durante tantos años. Había ido directamente del tren al muelle. Ella habría estado más molesta, pero todo era terriblemente romántico, la idea de su amado más querido, tan desesperado por tenerla a su lado que él le pidió que lo dejara todo y que se acercara a él lo más rápido que pudiera.

En ese momento vio a sus preciosas niñas y Nanny Pinch acercándose en el carruaje. Sus chicas saludaban frenéticamente, sonriendo y ansiosas por salir disparadas del carruaje. En el momento en que se detuvo, treparon por encima de Nanny Pinch y salieron disparadas del carruaje, corriendo directamente a los brazos de Lady Tremaine.

—¡Oh, mamá, te extrañamos tanto! —gritó Anastasia.

—¡Prometemos ser buenas a partir de ahora! —dijo Drizella, apretando con fuerza a su madre.

Lady Tremaine estaba tan feliz de ver a sus hijas. Verlas hizo que todo le pareciera más real. Eran el centro de su universo y se sentía desatada sin ellas.





—¡Hola, mis queridas! Estoy tan feliz de verlas —dijo, dándoles besos a ambas. —Y gracias, Nanny Pinch. No tiene idea de cuánto le agradezco que haya aceptado venir con nosotros a los Muchos Reinos.

—Lamento no poder quedarme con usted más tiempo que la primera quincena para ver a las chicas asentadas —dijo Nanny Pinch —Pero Lady Hackle me explicó todo, y no pude dejar que usted y las niñas viajen solas todo el camino a los Muchos Reinos .

Lady Tremaine sonrió a la joven.

—Oh, pero no estaremos completamente solas. Rebecca también viajará con nosotros. Ella es mi nueva doncella. La conocerás en el barco. Ella está en nuestras habitaciones asegurándose de que todo sea satisfactorio —Lady Tremaine alcanzó a sus hijas. —Vamos, Anastasia y Drizella —dijo. —Tomen mis manos. Estamos a punto de embarcarnos en una maravillosa aventura.



Lady Tremaine y sus hijas se sentaron juntas en una pequeña sala de estar en su camarote, mientras Rebecca y Nanny Pinch desempacaban sus cosas en la habitación contigua que compartirían con Drizella y Anastasia. Las chicas estaban a ambos lados de ella, tan cerca como podían. Podía decir que la habían extrañado, y ella también las había extrañado terriblemente.

—Ángeles míos, ¿qué les dijo Nanny Pinch sobre nuestro viaje?

Anastasia habló primero.

—Ella dijo que íbamos a una tierra mágica con príncipes y princesas.

Drizella se burló.

—Tenemos princesas en Inglaterra; no veo cómo eso es mágico —dijo.

Lady Tremaine se rió.





—Eso es cierto, querida, pero parece que Muchos Reinos tiene mucha más realeza que Londres. Me han dicho que nos vamos a mudar a un reino con un rey muy alegre y su hijo, el joven príncipe que tiene más o menos la edad de ustedes. Quién sabe, tal vez algún día una de ustedes se case con él —bromeó.

—Pero ¿qué hay de Shrimpy y Dicky? ¡Pensé que íbamos a casarnos con ellos! —dijo Anastasia.

Lady Tremaine tomó sus manos y las besó.

—Bueno, por supuesto que lo harán, queridas. Yo sólo estoy bromeando. Haremos los arreglos para que visiten a Shrimpy y Dicky tan pronto como estemos instaladas en nuestro nuevo hogar. Les extrañaron mucho en la fiesta de la casa y apuesto a que los chicos están ansiosos por verlas —dijo.

Pero se preguntaba cómo se sentiría al ver que sus hijas estaban tan lejos de ella, de regreso a Londres, una vez que se casaran.

Lady Hackle y ella lo tenían todo resuelto, su futuro fijado. Sus hijos se casarían y juntas serían abuelas. Quizás todavía tendrían su sueño, aunque ella ya no podía verlo con tanta claridad como antes.

—Tal vez podamos convencer a Lady Prudence de que pase la temporada en los Muchos Reinos con los chicos. Estoy segura de que tienen bailes de presentación allí como en Inglaterra —dijo Lady Tremaine.

Los ojos de Drizella se abrieron como platos.

—¡Oh! ¡Imagina! Debe haber muchos más tribunales en los que presentarse. ¡Oh, sí, mamá, creo que este es un plan excelente! —ella dijo.

—Ahora —dijo Lady Tremaine—, ¿Qué les contó Nanny Pinch sobre nuestra maravillosa aventura? ¿Les dijo que me casaré con un hombre encantador llamado Sir Richard y que tiene una hija de más o menos su edad, de la que estoy segura se convertirán en grandes amigas? ¿Les dijo que íbamos a vivir con ellos en su hermoso castillo? —Lady Tremaine contuvo la respiración, preguntándose cómo reaccionarían sus chicas ante la noticia.

—Sí, mamá —dijo Anastasia. —¿Qué parte de los Muchos Reinos es esta? Si va a ser nuestro nuevo hogar, ¿No deberíamos saber cómo llamarlo?

Lady Tremaine se dio cuenta con un sobresalto de que no lo sabía.

En ese momento Rebecca y Nanny Pinch entraron en la habitación.





—Hola queridas. Anastasia me ha hecho darme cuenta de que, con toda esta prisa, no tengo ni idea de en qué reino de los Muchos Reinos estaremos viviendo. ¿No es ridículo? —ella dijo, un poco avergonzada.

Rebecca y Nanny Pinch se sentaron frente al trío.

—Vivirán en las tierras del Rey Hubert, no lejos de donde residen el Rey Bestia y la Reina Bella —dijo Rebecca.

Lady Tremaine enarcó una ceja.

—Parece que sabes mucho sobre los Muchos Reinos, Rebecca —dijo.

—Sí, mi señora. Supuse que Lady Prudence le dijo que es de donde soy.

Lady Tremaine se sobresaltó. No pudo evitar recordar su última conversación con la señora Bramble y la advertencia de la anciana. Pero antes de que pudiera preguntar algo más, se dio cuenta de que Anastasia y Drizella parecían asustadas.

—¿Qué pasa, chicas? ¿Por qué están asustadas? —preguntó Lady Tremaine.

—¿Rey Bestia? —preguntó Drizella. —¿Qué es un Rey Bestia? ¡No quiero vivir en un reino gobernado por una vieja bestia fea!

Nanny Pinch levantó la mano pidiendo silencio.

—Ahora, Drizella. Recuerda de lo que hablamos. Piensa en cómo te gustaría reformular eso.

Rebecca se rió.

—Oh, eso no es necesario. Era una bestia vieja y fea, o al menos algunos pensaban que sí, pero ahora es un hermoso rey que vive su "felicidad para siempre" con su verdadero amor, la Reina Bella. Y no vivirán en su reino de todos modos. El suyo es el próximo reino después del nuestro. Los reinos no suelen entremezclarse, por lo que sus caminos nunca se cruzarán. No se preocupen.

Anastasia estaba confundida.

—¿Qué quieres decir con que el rey está viviendo su felicidad para siempre? ¿No es eso lo que los autores de cuentos de hadas suelen decir sobre la princesa una vez que es salvada por su príncipe?





Rebecca se rió de nuevo.

—Bueno, en esta historia fue la princesa quien salvó al príncipe. Bella es la heroína de esa historia .

Drizella y Anastasia aplaudieron.

—¡Oh, me gusta eso! ¡Me gustaría conocer a la Reina Bella! —dijo Drizella. —Oh, mamá, nos vas a llevar al lugar más magnífico. Gracias— Besó a su madre en la mejilla.

Lady Tremaine sonrió y bostezó.

—Vamos, chicas —dijo Nanny Pinch, poniéndose de pie. —Su mamá está cansada y creo que es hora de dejarla descansar

Tomó a cada niña de la mano y las condujo a la habitación contigua.

—Las amo, mis queridas —dijo Lady Tremaine, lanzándoles un beso. — Las veré más tarde en la cena.

Estaba tan feliz de que sus hijas estuvieran entusiasmadas con este viaje.

—Rebecca, quédate conmigo por un tiempo —dijo cuando estuvieron solas. —¿Qué hiciste con ese libro de cuentos de hadas? Me gustaría leerlo en nuestro viaje a los Muchos Reinos.

Rebecca miró hacia abajo.

—Lo siento, mi señora. Está en las cajas de carga. Puedo encontrarlo para usted en el momento en que llegemos a Muchos Reinos, tan pronto como pueda desempacar.

Lady Tremaine suspiró.

—Muy bien, entonces me temo que tendrás que responder a todas nuestras preguntas sobre los Muchos Reinos durante el tiempo que dure este viaje.

Rebecca se rió.

—Sería un placer, mi señora





## CAPITULO IX: LOS MUCHOS REINOS

Cuando las damas desembarcaron de su barco después de su insoportablemente largo viaje, Lady Tremaine sintió como si realmente hubieran entrado en otro mundo. Estaba tan aliviada de estar en tierra nuevamente y esperaba que su vida en los Muchos Reinos valiera la pena el viaje. Decidió casi de inmediato que podría valerlo. Se maravilló de su entorno, deslumbrada por el magnífico faro, su lente Fresnel brillando a la luz del sol.

—¿Qué reino es este, Rebecca? —preguntó, mirando hacia el faro más grandioso que jamás había visto. —Este lugar es extraordinario.

Tomó a sus hijas de las manos y dejó que Nanny Pinch buscara un mozo que llevara el equipaje al carruaje que sir Richard había dispuesto para que las estuviera esperando.

—Este es el Reino Morningstar, mi señora —dijo Rebecca. —Es uno de los principales reinos portuarios. Y eso, mi señora, es el Faro de los Dioses —dijo Rebecca, señalando la torre ciclópea, que parecía como si de hecho hubiera sido construida por dioses y no por humanos.

Lady Tremaine y sus hijas quedaron asombradas por su belleza. Se quedaron allí sin palabras, casi hechizadas por la lente con forma de diamante en la torre.

—¿Quién podría haber construido semejante faro? —preguntó ella, con los ojos muy abiertos.

—Fue construido por los gigantes ciclópeos que solían gobernar esta parte de la tierra antes de los Morningstars, quienes construyeron su castillo para complementar el diseño del faro —dijo Rebecca. —El faro de los dioses ha puesto su ojo protector sobre innumerables barcos durante más años de los que casi nadie puede recordar. Rebecca estaba claramente feliz de ver a su dama tan complacida con su nuevo entorno.

Lady Tremaine sintió un escalofrío de estar en una tierra tan hermosa, e incluso más antigua que Inglaterra. El castillo Morningstar estaba exquisitamente encaramado en los acantilados rocosos más altos con vista al océano.





Se preguntó si su nuevo hogar tendría una vista tan impresionante.

—Lo siento, mi señora.—Rebecca interrumpió su ensoñación. —Debemos irnos. Parece que Nanny Pinch nos encontró un portero. ¿Nos dirigimos todas al carruaje? Todavía es un largo viaje a las tierras del rey Hubert.

Rebecca llevó a Lady Tremaine y sus hijas al carruaje. Era un hermoso carruaje blanco adornado en oro, tirado por dos enormes sementales blancos con plumas amarillas en sus cabezas. Lady Tremaine estaba impresionada de que su prometido hubiera organizado un viaje tan majestuoso para ella y sus hijas. Después de ver el castillo Morningstar y ahora montar en tan buen carruaje, tenía grandes esperanzas de lo que podría encontrar una vez que finalmente llegara a su nuevo hogar.

Lady Tremaine y sus hijas se acurrucaron en un lado del carruaje, y Rebecca y Nanny Pinch se sentaron en el otro. Su equipaje personal estaba apilado en la parte de atrás, y sus artículos se colocaban en un carro que las seguía a su propio ritmo pausado.

Todas las damas charlaron alegremente mientras atravesaban las majestuosas, pero aterradoras Montañas Ciclópeas. Nunca habían visto montañas tan altas y escarpadas, y se imaginaron a los gigantes legendarios atravesándolas con facilidad mientras el carruaje tirado por caballos de Sir Richard avanzaba lentamente por el sinuoso camino. Pasaron por varios reinos de camino a su nuevo hogar, incluido uno con una alta torre de piedra donde se rumoreaba que una joven con un largo cabello mágico dorado estaba cautiva. Y como si eso no fuera lo suficientemente aterrador, pasaron por el cementerio más grande que jamás habían visto rodeado por un matorral de rosales muertos. Le dio a Lady Tremaine y sus hijas un estremecimiento al pasarlo. Aunque era un lugar espeluznante, Lady Tremaine vio la belleza en él, con su alta mansión de piedra, invernaderos relucientes, ángeles en llanto y bestias salvajes talladas en piedra.

—Ese es el Bosque Muerto —dijo Rebecca. —Ahí es donde la reina de los muertos ha gobernado por más de lo que nadie recuerda.

Sus palabras hicieron estremecer a Lady Tremaine, sus hijas y a Nanny Pinch.





Lady Tremaine se preguntaba a qué tipo de lugar había traído a sus hijas. Un lugar donde las brujas escondían a las niñas en torres, y había reinas que gobernaban a los muertos. Pero finalmente se encontraron en su propio rincón de los Muchos Reinos.

—Miren, chicas —dijo Rebecca, señalando mientras pasaban por el castillo de la reina Bella. —Ahí es donde vive el Rey Bestia. Eso significa que estamos casi en casa.

—Me pregunto si lo veremos —dijo Anastasia con emoción y sin aliento.

Pero en el momento en que llegaron a la cima de la montaña que separaba el reino de la reina Bella del de ellos, todos los pensamientos sobre Bella fueron olvidados. Por fin estaban en casa.

—¡Oh, mamá! ¡Mira ese castillo! ¿Es ahí donde vamos a vivir?— preguntó Drizella, asomándose por la ventanilla del carruaje para ver mejor el castillo del rey Hubert.

—No, cariño, ahí es donde vive la familia real —dijo Lady Tremaine, pensando que era el castillo más hermoso que había visto en su vida. Parecía sacado de un cuento de hadas, con sus altas torretas y agujas doradas, todo azul pastel con adornos dorados. Nunca había visto tantas torres. No se veía ni se sentía tan antiguo como el Castillo Morningstar; no resultaba imponente en ese sentido, pero, en opinión de Lady Tremaine, era mucho más elegante.

—¡Mamá! ¡Las cimas de esas torres parecen gorras de brujas azules! —chilló Anastasia, señalando una de las torres e inclinándose tanto por la ventanilla del carruaje que Nanny Pinch tuvo que empujarla hacia adentro.

—Supongo que sí —dijo Lady Tremaine, sin apenas darse cuenta de la pequeña conmoción.

Estaba recordando las ominosas advertencias de la señora Bramble sobre las brujas. Todavía se preguntaba si había tomado la decisión correcta al pedirle a Lady Hackle que arreglara que la Sra. Bramble viviera con su hermana, y decidió que le pediría a Nanny Pinch que la cuidara cuando regresara a Inglaterra.

En ese momento el carruaje se detuvo.

—Señoras, miren, es su nuevo hogar— dijo Rebecca.





Lady Tremaine no estaba segura de lo que esperaba, pero su nuevo hogar parecía palidecer en comparación con lo que había imaginado. Era un castillo de piedra bastante hermoso, con una sola torre y ventanas altas. Supuso que era una gran casa a su manera, aunque no tan hermosa como su casa en Londres. Dejó escapar un profundo suspiro y decidió que no había nada que hacer al respecto. Este era su nuevo hogar, y sería mejor que decidiera buscar cosas que le encantasen. Se quedó allí mirándolo, decidiendo que debía ser feliz aquí. Necesitaba convertirlo en su hogar, un lugar para vivir y amar, y tenerla feliz para siempre.

—¡Mira, mamá, nuestra casa también tiene una torre de brujas!— dijo Drizella.

Lady Tremaine había esperado ver a Sir Richard y Cenicienta de pie en el porche esperándolos, pero no estaban a la vista. De hecho, nadie estaba allí para recibirlos.

—Entonces, ¿nadie ha venido a recibirnos? —dijo Lady Tremaine, preocupada de que tal vez hubieran llegado a la propiedad equivocada.

—No se preocupe, mi señora. Avisaré al personal de que estamos aquí. Estoy segura de que Sir Richard y Cenicienta saldrán enseguida una vez que sepan que hemos llegado. Espere aquí, no tardaré más que un momento —dijo Rebecca, y corrió hacia la puerta principal para tocar el timbre.

Una mujer mayor, de rostro redondo y cabello blanco abrió la puerta y dejó entrar a Rebecca. Parecía que Rebecca estaba en la casa una eternidad, y Lady Tremaine apenas sabía qué hacer. Era inaudito no saludar a sus invitados cuando llegaban, y mucho menos a su nueva familia. Golpeó nerviosamente con los dedos el costado del carruaje, esperando hasta que finalmente vio a Sir Richard salir del interior. —¡Lady Tremaine! ¡Finalmente está aquí! Gracias a Dios —dijo, corriendo hacia el carruaje y abriéndole la puerta. —¡Vengan! Entren, todas ustedes. Les hemos estado esperando. —Les sostuvo la puerta del carruaje. —Y ustedes deben ser Anastasia y Drizella —dijo, mirándolas a ambas intensamente, casi evaluándolas. —Tienen una belleza como ninguna otra en los Muchos Reinos.

Anastasia y Drizella rieron tontamente mientras bajaban del carruaje. —Ah, y aquí está la señora de la casa. Bienvenida, mi querida señora.





Le besó la mano como el valiente caballero que era. Los ánimos de Lady Tremaine se elevaron ante esta exhibición caballeresca.

—Ya conoces a mi doncella, Rebecca —dijo. —Y esta es Nanny Pinch. Ella está aquí para ver cómo se instalan las chicas antes de regresar a Inglaterra.

—Bienvenidas todas. Ahora vengan, Cenicienta está esperando conocerles, pero no tenemos mucho tiempo antes de que llegemos a la capilla. Le dije al vicario que estaríamos allí mucho antes, pero supongo que su viaje se retrasó —dijo, conduciendo a las damas a la puerta principal.

La cabeza de Lady Tremaine dio vueltas.

—No me había dado cuenta de que llegamos tarde— dijo, con el corazón hundido. —¿Vamos a casarnos hoy? El vestido que había planeado usar, el resto de nuestras pertenencias, todo está todavía en el segundo vagón, que aún no ha llegado.

Ella miró hacia el camino como si esperara verlo venir sobre la cresta en ese momento

—Bueno, cariño, no puedo instalar a una mujer soltera que no sea una sirvienta en mi casa —dijo —Debemos estar casados hoy, no hay forma de evitarlo. ¡Ah, mira! Ahí está Cenicienta.

Lady Tremaine siguió su mirada hacia la chica que emergió por la puerta principal. Pensó que era la cosita más bonita que había visto en su vida. Podía ver que Sir Richard no había exagerado sobre la belleza de su hija. ¿Qué tenían los Muchos Reinos que producían personas tan hermosas? Primero sir Richard y ahora su hija. Incluso Rebecca era extraordinariamente hermosa con su cabello castaño y sus grandes ojos color avellana, y Lady Tremaine se preguntó si todos en los Muchos Reinos eran tan llamativos como la compañía actual.

Ella miró a sus propias hijas de reojo, reconociendo la envidia que crecía dentro de ellas tan pronto como vieron a Cenicienta. Decidió cortar la tensión presentándose a la chica angelical.

—Cenicienta, soy tu nueva mamá, y estas son tus hermanas, Anastasia y Drizella. Espero que todas seamos felices aquí juntas —dijo Lady Tremaine, sonriendo a la radiante joven.

Cenicienta dio un paso adelante, radiante.





—Bienvenida a la casa de mi madre, Lady Tremaine —dijo, sonriendo a su nueva madrastra.

Las palabras de Cenicienta hirieron el corazón de Lady Tremaine y la tomaron por sorpresa.

—Me complacería que pudieras encontrar en tu corazón llamarme mamá. —dijo —Porque quiero ser una buena mamá para ti.

Lady Tremaine trató de mantener la calma en su rostro, para que la joven no supiera que le había aplastado el corazón.

—Puedo llamarte madrastra si quieres —respondió la niña. —Papá dijo que puedo llamarte Lady Tremaine o Madrastra, pero nunca mamá.

El corazón de Lady Tremaine dio un vuelco, pero no se lo permitió saber ni a Cenicienta ni a su padre. Esta chica simplemente no entendía que lo que estaba diciendo era hiriente. Lady Tremaine tuvo que preguntarse si Cenicienta había estado tan protegida, tan apartada de la sociedad que no sabía cómo comportarse en buena compañía. Bueno, parecía que Lady Tremaine tenía mucho trabajo por delante.

—Muy bien, Cenicienta. Puedes llamarme madrastra si eso es lo que te agrada a ti y a tu papá —dijo, aunque tenía la intención de hablar con Sir Richard sobre esto más tarde.

Se dio cuenta de que no habían hablado de estas cosas mientras estaban en casa de Lady Hackle, pero supuso que serían una verdadera familia. ¿Quizás Cenicienta y su padre solo necesitaban un poco de tiempo?

Lady Tremaine podía ver a sus hijas ponerse nerviosas por el trato que Cenicienta le había dado y pensó que era mejor acompañarlas a sus habitaciones antes de que se abalanzaran sobre su bella rubia hermanastra, pero justo cuando estaba a punto de decir que era hora de que todos vayan a refrescarse, Anastasia habló.

—Mi mamá está tratando de ser tu amiga, Cenicienta. ¿Por qué estás siendo tan grosera? —ella dijo.

Entonces Drizella intervino.

—Oh, Stasia, difícilmente podemos culpar a Cenicienta, considerando que tiene un padre tan grosero. Vinimos hasta aquí y ni siquiera nos saludó, ¡ay!





Nanny Pinch había agarrado a Drizella del brazo y tiraba de ella hacia ella.

—Drizella, ¿cómo te atreves a hablar así de tu nuevo papá? —dijo, apretando su agarre en el brazo de Drizella.

—¡Ya es suficiente, las dos! —dijo Lady Tremaine, sin duda su rostro enrojecido.

—Disculpe, sir Richard. Hemos tenido un viaje muy largo y las chicas están exhaustas. Si alguien pudiera mostrarnos nuestras habitaciones, ayudaré a las chicas a prepararse para la ceremonia.

Buscó en vano a los sirvientes a su alrededor.

—Nanny Pinch, encontrará las habitaciones de las niñas en el tercer rellano —dijo Sir Richard. —Tomarán la primera y la segunda desde la escalera. La habitación de Lady Tremaine es la tercera .

Lady Tremaine pensó que todo esto era muy inusual. Se preguntó dónde podrían estar los sirvientes. ¿Se esperaría que simplemente deambularan por el tercer rellano hasta que encontraran sus habitaciones ellas mismas?

—Rebecca —continuó Sir Richard. —Puedes llevar las cosas de Lady Tremaine a su habitación, mientras Nanny Pinch ve a las niñas acomodarse en la de ellas. Lady Tremaine y yo tenemos que ir directamente a la capilla.

Lady Tremaine se estremeció.

—¿Ahora mismo, en este momento? Pero ni siquiera me he cambiado. ¿Y las chicas? ¿No se unirán a nosotros?

Sir Richard la tomó de la mano.

—Estoy seguro de que estarás de acuerdo en que las chicas no están dispuestas a hacer una excursión, querida. Además, esta será mi última oportunidad de tenerte para mí solo por un tiempo ¿Me negarás eso? —Volvió a besarle la mano.

Todo esto le parecía tan extraño. Simplemente no se sentía bien, y en ese momento, cuando sus labios rozaron su mano, algo dentro de ella le dijo que huyera.





Apenas sabía qué decir. Lo último que quería hacer era casarse justo después de un viaje tan largo. Pero supuso que no se podía evitar. A Sir Richard le debe haber preocupado que fuera un escándalo que ella se mudara antes de casarse.

Deseó haberlo sabido en el viaje. Se habría puesto algo más apropiado para una boda. Tal como estaban las cosas, había elegido uno de sus más austeros vestidos violeta oscuro con una blusa lila de cuello alto que ella acentuó con su broche de jade favorito. Un atuendo muy respetable, pero no apropiado para una ocasión festiva, especialmente no para su propia boda.

—Muy bien, Sir Richard —dijo. —Pero tendrá que disculparme por un momento mientras me refresco rápidamente. Venid, señoritas —dijo mientras subía las escaleras, seguida de Nanny Pinch, Rebecca y sus hijas.

En el momento en que llegaron al tercer rellano, sus chicas comenzaron a protestar.

—Mamá, no me gusta estar aquí —se quejó Anastasia. —¡Esta es una casa triste y lúgubre, y esa Cenicienta es una bestia!

Lady Tremaine estuvo de acuerdo, pero se mordió la lengua. La casa era bastante oscura y un poco lúgubre, y los muebles, aunque probablemente muy hermosos en su época, se habían vuelto raídos y sin brillo.

Ella sintió que realmente debería haber traído sus propias cosas en lugar de venderlas; ahora iba a tener que comprar todos los muebles nuevos para esta casa. ¿Y dónde estaban los sirvientes? No tenía sentido. Nada de esto realmente lo tenía, pero ella razonó que estaba exhausta y probablemente haciendo más de todo porque había dormido muy poco en su largo viaje.

—¡Sí mamá! ¿Y por qué Sir Richard no nos deja ir a la boda? —Drizella se quejó.

Lady Tremaine no pudo evitar estar de acuerdo con sus hijas, pero sintió que el cansancio nublaba todo su juicio.

—Queridas, todas estamos tan cansadas de nuestro largo viaje en carruaje aquí, sin mencionar el viaje por mar. Quizás sir Richard tenga razón, y ustedes tres pueden quedarse aquí y conocerse mientras vamos a la capilla. Apuesto a que tiene una gran fiesta planeada para después y por eso no hemos visto a ninguno de los sirvientes.





Apuesto a que todos están trabajando en ello y preparando una espléndida sorpresa para nosotras. Entonces todas celebraremos juntas. ¿Quizás después de que se hayan cambiado puedan escabullirse a las cocinas y espiar lo que pueden estar haciendo? Apuesto a que verán un gran pastel de bodas y todo tipo de cosas deliciosas para comer —Todo sonaba tan hermoso que Lady Tremaine casi se lo creyó ella misma. —No se preocupen, mis chicas. Yo sé que Cenicienta y su papá no dieron la mejor primera impresión, pero imagino que ambos están tan nerviosos como nosotras. Estoy segura de que en poco tiempo todos seremos grandes amigos —dijo alegremente.

Las chicas parecían esperanzadas, pero poco convencidas.

—Bien dicho, mi señora —dijo Rebecca. —Ahora vamos a prepararle para su gran día.

Con eso, llevó a Lady Tremaine a su habitación, dejando a las chicas sintiéndose desconcertadas y solas.





# CAPITULO X: LA SEÑORA DE LA CASA

La boda fue un torbellino. El vicario los había estado esperando en su diminuta capilla blanca, y lucía bastante impaciente por eso. Aceleró la ceremonia, hizo que firmaran los papeles con su esposa como testigo, y listo. Así como así.

No hubo pétalos de rosa, ni besos, ni pastel. A nadie se le había ocurrido decorar la capilla o arreglar un ramo de flores para que ella lo sostuviera. Ningún amigo o familiar los animó mientras caminaban por el pasillo como marido y mujer. Se sintió como una ocurrencia tardía y notablemente solitaria.

Todo parecía una formalidad, nada de lo que había esperado.

Una vez que estuvieron fuera de la capilla, un carruaje real los esperaba junto al suyo, y Lady Tremaine se preguntó, con el corazón lleno de esperanza, si tal vez Sir Richard tenía algo grandioso planeado después de todo.

—Ah, es el Gran Duque —dijo. —Ven, mi señora, déjame presentarte.

Sir Richard los llevó rápidamente al carruaje, donde estaba un hombre larguirucho, luciendo una librea gris formal y un elaborado bigote que le recordaba a Lady Tremaine a una serpiente retorciéndose.

—Gran Duque, esta es Lady Tremaine, mi nueva esposa.

El duque arrugó la nariz, lo que hizo temblar su bigote.

—Así que finalmente lo has hecho. Muy bien. El rey te espera de inmediato. ¿Asumo que tienes todo el papeleo firmado y listo? —preguntó.

—Sí, gran duque —dijo Sir Richard.

—Muy bien, entonces puedes viajar conmigo al castillo. Fue un placer conocerle, Lady Tremaine. Enviaré sus saludos al rey —dijo con arrogancia, lo que hizo que Lady Tremaine se estremeciera.





Apenas había tenido un momento para decir una palabra, y mucho menos para enviar sus saludos al rey. Aquí ya estaba haciendo la peor de las impresiones.

—Las cosas se hacen de manera tan extraña aquí, mi amor. ¿Debes apresurarte a registrar nuestros papeles de boda ahora? Ojalá pudieras volver a casa conmigo para celebrar en lugar de ir directamente al castillo —Ella dedujo por la expresión de su rostro que ese no sería el caso, por lo que agregó: — Pero si debes irte, permíteme despedirme con un beso

Ella se movió hacia él, pero él se estremeció y se apartó de ella.

—¡Lady, por favor! —dijo con rigidez. —No frente al Gran Duque.

Lady Tremaine se sonrojó, avergonzada. Se preguntó cuántas indignidades más sufriría este día. Nada era en absoluto como había imaginado. Mientras se dirigía a casa sola en su carruaje, se preguntó cómo se había metido en este lío. Estaba exhausta, su boda se había apresurado y su esposo ya había comenzado a poner excusas para no besarla.

Ella no tenía un buen presentimiento sobre nada de esto.

Se sentía más sola que después de la muerte de su primer marido. Al menos en Inglaterra había tenido amigos para consolarla. Aquí estaba casi completamente sola.

Cuando regresó al castillo, entró y se detuvo en el vasto vestíbulo. La casa estaba inquietantemente silenciosa, y decidió que debía tener razón; los sirvientes tenían que estar trabajando en una especie de recepción de boda sorpresa. Aun así, mientras miraba a su alrededor en su nuevo hogar, Lady Tremaine no pudo evitar sentirse decepcionada.

El castillo no era tan majestuoso como esperaba. Era una casa hermosa, pero no tan grandiosa como su casa anterior en Londres, e iba a necesitar algo de trabajo para llevarla a sus estándares habituales.

Bueno, tenía suficiente dinero y planeaba hacer precisamente eso en el momento en que se estableciera. Si este iba a ser su nuevo hogar, lo haría lo más hermoso posible.





Mientras estaba en el vestíbulo imaginando todos los cambios que podría hacer, una mujer rechoncha, de rostro redondo, cabello blanco recogido en un moño prístino, descendió las escaleras con un gran morral.

—Bienvenida, Lady Tremaine —dijo nerviosamente.

—Gracias señora... —Lady Tremaine hizo una pausa expectante.

La anciana se puso escarlata.

—Sí, lo siento mucho, soy la Sra. Butterpants, era la jefa de limpieza y la institutriz de Cenicienta.

Lady Tremaine contuvo una risa, sin perder el ritmo.

—¿Era jefa de limpieza e institutriz? Entonces, ¿Se va? —dijo, inspeccionando a la mujer.

—Lo siento, mi señora; supuse que Sir Richard se lo había dicho. Me informaron que mis servicios ya no eran necesarios ahora que Cenicienta tiene una madrastra.

Lady Tremaine entrecerró los ojos, su mano buscó su broche para consolarse. Ella pensó que era extraño, ya que ciertamente no era una sustituta adecuada de una institutriz, pero pensó que era prudente no discutir y, francamente, estaba demasiado cansada.

—Ya veo, pero ¿qué hará, Sra. Butterpants? ¿Tiene otro medio de empleo preparado?

La mujer sonrió.

—Es tan amable de preguntar. Mi hermano tiene una panadería en un reino vecino. Estoy segura de que lo atravesó en su camino, el de la torre muy alta. Voy a ayudarlo.

Lady Tremaine se rió de la idea de una familia de panaderos llamada Butterpants.





—Bueno, entonces, buena suerte, señora Butterpants. Antes de que se vaya, ¿Puedo preguntar dónde están los otros sirvientes? Me sorprendió que no estuvieran aquí para recibirme cuando llegué.

La señora Butterpants se volvió de un tono escarlata más profundo que antes.

—No hay otros sirvientes, Lady Tremain. Yo era la última.

Una vez más, Lady Tremain no entendió, pero decidió no compartir su disgusto con la anciana.

—Ya veo. Bueno, Sra. Butterpants, será mejor que no le impida su viaje. ¿Supongo que Sir Richard ha organizado su transporte?

La Sra. Butterpants se burló en voz baja.

—No, mi señora, pero no se preocupe, mi hermano ha enviado un caballo y una carreta para recogerme. Creo que podría estar esperándome afuera.

Lady Tremain negó con la cabeza. No le impresionó la forma en que Sir Richard dirigía su casa.

Tendría las manos ocupadas para poner este lugar en orden.

—Bueno, entonces, señora Butterpants, que tenga un buen viaje —dijo, sintiéndose completamente desconcertada.

—Adiós, lady Tremain. Buena suerte —dijo mientras salía por la puerta principal. Y algo en su tono sonaba como si pensara que Lady Tremain la necesitaría.

Lady Tremain se quedó allí un momento, contemplando el tamaño del lugar, preguntándose cómo podría manejarse sin personal. En ese momento, Nanny Pinch bajó las escaleras con expresión frenética.

—Lady Tremain, ¿se da cuenta de que no hay personal aquí en absoluto?

Lady Tremain hizo todo lo posible por mantener la calma, y volvió a coger su broche para consolarse.





Estaba feliz de haberlo usado durante el viaje, porque sentía que necesitaba una capa extra de protección en este extraño lugar nuevo.

—Sí, Nanny Pinch. Sé que solo te tengo por quince días antes de que debas regresar a Londres, pero, ¿podría convencerte de que te quedes un poco más, mientras Rebecca y yo organizamos un nuevo personal?

Nanny Pinch parecía casi tan incómoda como la señora Butterpants. —Mi señora, ¿en qué estoy pensando hablando con usted sobre los sirvientes cuando acaba de regresar de su boda? Lo siento mucho. ¿Dónde está Sir Richard? —preguntó ella, buscando a su alrededor.

—Tenía algunos asuntos en el castillo. Las cosas se hacen de manera tan extraña aquí, Nanny Pinch. En el momento en que nos casamos, el Gran Duque estaba allí exigiendo que presentara nuestro contrato de matrimonio con el rey —dijo Lady Tremaine. —Pero no respondiste a mi pregunta. ¿Podrías encontrar la manera de quedarte un poco más?

—Lo siento, mi señora. Ojalá pudiera quedarme, pero no puedo. Odio la idea de estar tan lejos de mi madre; me tomaría años llegar a casa si ella me necesita —dijo Nanny Pinch, luciendo sinceramente arrepentida.

Lady Tremaine apretó el puño, deseando estar en Londres, rodeada de sus propios sirvientes, en su propia casa, con cosas hermosas que amaba, donde Nanny Pinch estaría feliz de quedarse.

—Entiendo, señorita Pinch. Le agradezco que haya aceptado quedarse tanto tiempo como ya lo ha hecho. Sé que tiene que volver a Londres con su madre. Es una hija muy devota y tiene suerte de tenerle. Le prometo que no le retendré ni un momento más de lo que acordamos. Ahora, supongo que será mejor que vea cómo hace uno para encontrar sirvientes en los Muchos Reinos.

Nanny Pinch sonrió.

—Creo que Rebecca puede ayudarle con eso —dijo.





—Sí, qué inteligente eres, Nanny Pinch. Sabía que esa chica sería una bendición para mí. Ahora supongo que será mejor que vayamos arriba y les diga a las chicas que no habrá recepción de bodas esta noche.

No por primera vez ese día, Lady Tremaine se preguntó si había tomado la decisión correcta, llevar a sus niñas a través del mundo a donde no tenían ni un alma que las quisiera o las cuidara.





## CAPÍTULO XI: LOS RATONES

Lady Tremaine estaba sentada en su habitación mientras Rebecca desempacaba afanosamente sus cosas y buscaba un lugar adecuado para todo. El carruaje con el resto de sus pertenencias finalmente había llegado cuando ella y Sir Richard estaban en la capilla. Estaba sentada en una silla de terciopelo verde descolorido cerca de una ventana que daba al patio. Estaba ligeramente espolvoreado con nieve, y Lady Tremaine se preguntó si su viaje a los Muchos Reinos había sido más largo de lo que pensaba.

Seguramente no les había llevado más de dos meses hacer su viaje. ¿Podría ser realmente invierno ya? Se encontró reflexionando sobre lo hermoso que sería para Anastasia y Drizella tener nieve en Navidad, como podrían tener en Londres, y con eso se sintió un poco más en casa.

Sus cosas no se veían del todo bien en su nueva habitación. Era cavernosa, con muebles que parecían haber sido elegidos muchos años antes, y no eran del todo de su gusto. Suspiró y decidió volver a mirar por la ventana, perdiéndose en el jardín nevado. Se sintió muy agradecida de que la temporada navideña ya estuviera sobre ellas y esperaba que los uniera a todos como una familia.

—Rebecca, ¿Has tenido suerte encontrando el libro de cuentos de hadas ahora que han llegado nuestras cosas? —preguntó Lady Tremaine.

—Todavía no, mi señora. Me aseguraré de dárselo en el momento en que lo encuentre —dijo Rebecca cuando Nanny Pinch entró en la habitación con Anastasia y Drizella.

—Ah, mis adorables chicas —dijo Lady Tremaine, extendiendo los brazos para que pudieran entrar a abrazarse. —¿Cómo están, mis queridas? ¿Supongo que Nanny Pinch les está ayudando a instalarse en sus nuevas habitaciones?

—Sí, mamá, pero odiamos aquí. ¡Cenicienta es grosera, la casa está vacía y odiamos a Sir Richard! —dijo Anastasia.





—Es cierto, mamá, lo odiamos. Pensamos que nos ibas a llevar a un lugar mágico, no a una vieja casa de piedra en medio de la nada. Ni siquiera podemos ver el castillo desde aquí —agregó Drizella.

Cenicienta entró en la habitación en ese momento, a tiempo para escuchar la queja de Drizella.

—Eso no es cierto, Drizella, puedes ver una vista del castillo desde la torre del ático.

Drizella solo se burló en respuesta.

—Ya, ya, Drizella, sé dulce con tu nueva hermana —dijo Lady Tremaine.

—¡Ella no es nuestra hermana! — dijo Anastasia.

Nanny Pinch estaba a punto de regañar a las dos niñas cuando Lady Tremaine hizo todo lo posible para crear una distracción para apaciguarlas a todas.

—Nanny Pinch, ¿Le importaría servirles el té a las chicas de aquí? Y un café para mí. Me encantaría sentarme y estar con mis chicas —dijo, sonriendo a Cenicienta. —Ahora, chicas, vamos a conocernos mejor mientras esperamos nuestro té, ¿De acuerdo? Siéntate, Cenicienta. Nos encantaría saber más sobre ti —dijo, señalando a Cenicienta para que se sentara cerca de ella, Anastasia, y Drizella.

Cenicienta tomó asiento frente a ellas en cambio, manteniendo un poco de distancia.

—Espero que esté disfrutando de la casa de mi madre, Lady Tremaine — dijo, sonriendo a su madrastra.

Nanny Pinch estuvo a punto de desestabilizar el carrito de té, estaba tan sorprendida por las palabras de Cenicienta.

—Cenicienta, querida, ya hablamos de esto —dijo. —Esta casa ahora pertenece a tu papá y a tu nueva mamá.

Cenicienta solo sonrió dulcemente.





—No, señorita Pinch, papá me dijo que esta casa siempre será de mamá, sin importar quién se llame a sí misma la señora de la casa.

Lady Tremaine entendió lo que decía la niña, aunque le dolía. Ella no estaba siendo maliciosa, ni siquiera estaba tratando de ser hiriente. No creía que la chica fuera capaz de ser mala. Solo estaba repitiendo lo que le había dicho su padre. La niña simplemente no entendía que lastimaba sus sentimientos, o por qué.

—Sí, mi querida Cenicienta, en cierto modo esta casa siempre será de tu madre porque su espíritu se mantiene vivo gracias a los recuerdos que tienes de ella aquí. Creo que es un sentimiento hermoso —Lady Tremaine extendió su mano para que Cenicienta la tomara. —Sé que ya dije esto, pero realmente me complacería si pudieras encontrar en tu corazón llamarme mamá.

Cenicienta estaba jugando con algo en el bolsillo en la parte delantera de sus faldas, sin prestar atención a lo que decía Lady Tremaine.

—Cenicienta, ¿Escuchaste a tu nueva mamá? —preguntó Nanny Pinch, tratando de desviar la atención de la niña de lo que fuera con lo que estaba jugando en su bolsillo. —¿Cenicienta? —dijo de nuevo.

La chica finalmente miró hacia arriba.

—¿Sí?

—Tu nueva mamá te estaba hablando.

Cenicienta juntó las manos como un angelito y sonrió a Lady Tremaine.

—¿Sí, Lady Tremaine? —ella preguntó.

—No importa, Cenicienta.

Lady Tremaine estaba herida y agotada por todo el calvario. Pero entonces Anastasia habló.

—Estás siendo grosera, Cenicienta.

—Sí —intervino Drizella. —Cenicienta, ¿Por qué no la llamas mamá?





Ambas chicas vieron como Cenicienta las ignoraba, jugueteando con su bolsillo de nuevo.

Lady Tremaine tomó su broche y pasó los dedos suavemente por el frío jade. Ya estaba pasando un momento difícil con esta joven y estaba haciendo todo lo posible por ser paciente, pero sabía que si una de sus propias hijas actuaba de esta manera no lo toleraría, así que decidió que debía decir algo.

—Cenicienta, enséñanos qué tienes en el bolsillo que te tiene tan distraída que no puedes molestarte en escuchar una palabra que mis hijas y yo dijimos.

—Oh, no creo que sea una buena idea —dijo Cenicienta sin mirar hacia arriba.

—Cenicienta, enséñanos lo que tienes en los bolsillos ahora, o haré que Nanny Pinch te lleve a tu habitación sin té —la regañó Lady Tremaine, tratando de usar las mismas tácticas que había usado con sus propias hijas en el pasado.

—Está bien. Preferiría estar en mi habitación ahora mismo de todos modos, madrastra —dijo Cenicienta con una sonrisa.

*¡Chica imposible!* Pensó Lady Tremaine.

Ella no entendía a esta chica en absoluto. No parecía que estuviera tratando de ser insolente o hiriente; simplemente estaba diciendo su verdad.

—Muy bien, Cenicienta, vuelve a tu habitación, pero debo insistir en que me llames mamá.

Cenicienta se acercó a Lady Tremaine y le tendió la mano para que la tomara.

—Lo siento, Lady Tremaine. No puedo llamar mamá a alguien que no sea mi madre. Pero con mucho gusto le llamaré Madrastra, si eso le agrada —Miró esperanzada a Lady Tremaine.

—Muy bien, Cenicienta —Lady Tremaine suspiró, mirando con recelo a su nueva y extraña hijastra. —Puedes quedarte aquí abajo y tomarte el té conmigo y con tus hermanastras antes de volver a tu habitación.





—Si eso te hace feliz, madrastra —dijo, mirando hacia su bolsillo.

—¿No nos mostrarás lo que tienes en el bolsillo? —preguntó Drizella, rompiendo filas y uniéndose a Cenicienta en el sofá de dos piezas.

—Sí, Cenicienta, ¿qué es? —preguntó Anastasia.

—Chicas, Nanny Pinch está a punto de servir. ¿Deben interrogar a Cenicienta sobre lo que hay dentro de su bolsillo mientras bebemos nuestro té? —dijo Lady Tremaine en broma.

Estaba muy feliz de verlas llevarse un poco mejor, masticando los bocadillos que había preparado Nanny Pinch y bebiendo su té como princesas perfectas. Habían tenido un comienzo difícil, pero por fin sentía que podían ser una familia feliz juntos.

En ese momento Rebecca entró en la habitación.

—El Gran Duque está aquí, mi señora. Dice que tiene un mensaje para usted desde el castillo.

Lady Tremaine se puso de pie e indicó a las chicas que hicieran lo mismo.

—Muéstrale la entrada —dijo.

El hombre alto entró, entrecerrando los ojos, pensó Lady Tremaine, para mantener su monóculo en su lugar.

Era un hombre extraño, este duque. Pero claro, Lady Tremaine pensó que todos los que había conocido aquí hasta ahora eran muy extraños.

—Siento molestarla, Lady Tremaine. Pero nuestro rey me ha enviado para informarle que Sir Richard estará detenido durante las próximas semanas por asuntos judiciales.

Lady Tremaine estaba empezando a ponerse nerviosa.

—¿En nuestra noche de bodas, de todas las noches? —Escuchó el filo en su voz y se detuvo para continuar.





—Me temo que es inevitable, Lady Tremaine. Sir Richard preferiría estar aquí, estoy seguro. Pero cuando un rey llama a uno de sus caballeros a su lado, es su deber para con el rey y el reino seguir las órdenes, pase lo que pase.

Lady Tremaine suspiró.

—¿Y qué hará exactamente mi esposo estas próximas semanas? ¿Puedo preguntar?

Lady Tremaine estaba teniendo dificultades para ocultar su frustración.

—Puede preguntar, mi señora, pero me temo que no puedo responder. Ahora, si me disculpan, seguiré mi camino. Bienvenida a los Muchos Reinos. Estoy seguro de que le veré en la corte.

Hizo una breve reverencia y salió de la habitación sin más ceremonia.

Lady Tremaine se sentó allí, completamente perdida. Este fue el día más inusual. Quería despotricar y gritar, llorar y desahogarse, pero no podía. Ella estaba en una tierra extraña, en un hogar extraño donde no se sentía bienvenida, y ahora quien se había vuelto su esposo, tan solo unas pocas horas atrás, estaba misteriosamente ausente en su noche de bodas sin ni siquiera una explicación. Y por lo que ella sabía, él ni siquiera era el hombre que se presentó cuando estaba en Inglaterra. Solo podía esperar que su frialdad hacia ella hoy después de la ceremonia se debiera al estrés por este asunto en el castillo, sea lo que sea.

—Lo siento, Cenicienta, pero parece que tu papá estará fuera por algunas semanas. Espero que tus nuevas hermanas y yo demos ser una buena compañía mientras esperamos su regreso —dijo, tratando de mantener su rostro sin emociones.

—Oh, sabía que papá estaba planeando irse después de la boda. —dijo Cenicienta. —Me lo dijo. —Volvió a jugar con la cosa que tenía en el bolsillo.

—¿Qué quieres decir con que te lo dijo? —preguntó Lady Tremaine con más agudeza en su voz de lo que pretendía.





—Papá me lo cuenta todo —dijo, sonriendo ante lo que fuera que la tenía tan preocupada.

Lady Tremaine estaba siendo empujada más allá de sus límites. Sintió que la ira aumentaba en ella. ¿Sir Richard le dijo a su hija que se marcharía inmediatamente después de la ceremonia? Claramente, la había instado a que viniera aquí tan rápido porque quería que alguien cuidara a su hija de forma gratuita. Las indignidades de este día seguían aumentando y temía que esto fuera solo el comienzo.

Se levantó de su asiento y miró hacia la ventana, mirando hacia el patio y tratando de centrarse, pero entonces comenzaron los gritos que le perforaron los oídos.

Gritos tan fuertes que pensó que sus hijas estaban siendo asesinadas. Cuando se dio la vuelta, vio a Anastasia y Drizella de pie sobre los muebles, chillando más fuerte de lo que creía posible, mientras Cenicienta buscaba frenéticamente algo en el suelo.

—¡Es un ratón! ¡Un ratón! —dijo Anastasia.

—¡Mamá! ¡Tenía un ratón en el bolsillo y se le escapó! —gritó Drizella.

—Cállense, lo van a asustar —dijo Cenicienta.

—¿Asustarlo? —gritó Drizella.

—Es solo un ratoncito. ¿Ven? — Cenicienta tomó a la pequeña criatura en sus manos y la sostuvo muy cerca de la cara de Drizella.

Drizella y Anastasia saltaron de sus sillas y volvieron hacia su madre.

—¡Mamá, haz que se lleve esa cosa horrible! —dijo Drizella.

Lady Tremaine acarició su broche, tratando de encontrar un lugar tranquilo y fresco en su corazón para poder manejar este asunto sin enojarse demasiado con su nueva hijastra.

—Chicas, chicas, por favor cálmense. Ahora, Cenicienta, no podemos permitir que tengas ratones en tu bolsillo. Son criaturas sucias. Deshazte de él de inmediato.





Cenicienta parecía confundida.

—Disculpe, madrastra, pero no son sucias. Mire, incluso le he hecho algo para ponerse.

Levantó el ratón para que su madrastra pudiera ver el pequeño y elegante par de pantalones verdes de la criatura temblorosa, su elegante camisa roja y su alegre gorra.

—¡Cenicienta! ¡Quita esa cosa de mi cara en este instante! Quizá podrán estar muy bien, pero no permitiré que tengas ratones en esta casa, vestidos o no. ¡Son cosas inmundas, sucias y enfermas! Debo insistir en que saques ese ratón y lo dejes libre.

Por primera vez, Cenicienta se veía insolente y desafiaba deliberadamente a su madrastra.

—¡No lo haré! Los ratones son míos y me niego a dejarlos ir. Un gato podría atraparlos si los dejo afuera.

Lady Tremaine se obligó a no abofetear a la chica.

—¿Ratones? ¿Me estás diciendo que hay más que este? Cenicienta, te exijo que los dejes a todos en el jardín.

—¡No! —dijo, poniendo el ratón asustado de nuevo en su bolsillo y pisando fuerte.

—¡Cenicienta! ¡Haz lo que digo! ¡Saca ese ratón de tu bolsillo inmediatamente! Te va a enfermar.

Cenicienta negó con la cabeza.

—No sé cómo son los ratones en Londres, pero no son nada más que seguros y amigables en Muchos Reinos. Ahora, si me disculpa... —dijo, volviéndose para irse.

—¡Cenicienta! No te atrevas a alejarte de mí...





Y en ese momento el ratón saltó del bolsillo de Cenicienta y corrió hacia Lady Tremaine y sus hijas, que volvieron a saltar a las sillas y volvieron a gritar.

—¡Chicas! ¡Por favor cálmense! ¡Cenicienta, vuelve aquí en este momento!

Lady Tremaine miró hacia arriba para ver a Cenicienta salir de la habitación, y aunque no podía ver su rostro, pensó con certeza que estaba sonriendo.

—Vamos, pequeño, no debemos quedarnos donde no nos quieren —dijo Cenicienta mientras salía de la habitación.

El ratón correteó detrás de ella.

Después de que Cenicienta se fue, Lady Tremaine necesitó la ayuda de Nanny Pinch para calmar a Drizella y Anastasia. Cuando volvieron a sentarse en silencio y tomar té, Lady Tremaine respiró hondo.

—¡Qué chica tan espantosa! —dijo, arrepintiéndose inmediatamente de haberlo dicho delante de sus propias hijas.

Entonces Rebecca se aclaró la garganta.

—¿Sí, Rebecca?

—No quería decirlo delante de Cenicienta, mi señora, pero es cierto que los ratones en Muchos Reinos son completamente sanos. No transmiten enfermedades como en Londres.

Hizo una mueca mientras hablaba y claramente se sintió mal por todo el calvario.

—No obstante, búscame un gato —dijo Lady Tremaine, entrecerrando los ojos y tocando su broche. —Vamos chicas. Vayamos a nuestras habitaciones y descansen. Mañana por la mañana iremos al pueblo para contratar sirvientes y comprar las cosas que necesitamos para la casa. Nanny Pinch puede quedarse aquí con Cenicienta. Rebecca, vendrás con nosotros. Puedes mostrarnos el pueblo y, mientras lo haces, puedes compartir tu sabiduría sobre este extraño lugar al que ahora llamamos hogar.





## CAPITULO XII: EL PEQUEÑO DIABLO

Habían pasado varias semanas desde que Sir Richard se había ido al palacio cuando Lady Tremaine recibió la noticia de que su misterioso asunto en la corte había terminado y que regresaría a casa esa noche. Había decidido que estaba realmente muy feliz de que él se hubiera ido. Le había dado la oportunidad de poner su casa en orden, comprar todos los muebles nuevos, contratar sirvientes y arreglar las cosas tanto como pudo con Cenicienta. No se había sacudido por completo el dolor de su difícil primer día juntas, pero esperaba que las cosas mejoraran una vez que Sir Richard estuviera en casa.

Estaba triste de ver a Nanny Pinch volver a Londres, pero había contratado a una maravillosa institutriz para todas las niñas llamada Nanny. Lady Tremaine le había preguntado si le gustaría usar su nombre real acompañado del título Nanny, pero parecía que Nanny era su nombre real. Así que Nanny fue.

Ella era una encantadora dama mayor con cabello blanco y ojos brillantes. Ella era como un sueño, una niñera paciente y amable, y obró maravillas con todas las chicas. Pasaron sus días en el aula, o haciendo un picnic en el jardín. Ella las animó a montar obras de teatro en la biblioteca y las llevó al pueblo a tomar el té para que pudieran practicar cómo ser una jovencita adecuada.

Lady Tremaine estaba francamente feliz de tener a las niñas fuera, mientras ella arreglaba la casa y la preparaba para el regreso de su esposo. Desde que contrataron a Nanny y a los otros sirvientes, la vida parecía más como si fuera en Londres. No tenía constantemente a las chicas bajo sus pies y se sentía menos sola. La vida volvía a correr perfectamente.

A medida que se acercaba la hora del regreso de su marido, se puso nerviosa. Ella fue de habitación en habitación verificando si la casa estaba impecable, siguiendo a los sirvientes para asegurarse de que todo estuviera perfecto. Estaba segura de que había flores en cada habitación, y su casa estaba impecablemente limpia.

Mientras hacía sus rondas por cuarta o quinta vez, volviendo a preocuparse en su habitación asegurándose de que todo estuviera bien, Rebecca entró en la habitación sosteniendo una pequeña canasta y con una amplia sonrisa.





—¿Qué tienes ahí, Rebecca, y por qué luces tan contenta contigo misma?  
—preguntó Lady Tremaine.

—Es un regalo para usted —dijo Rebecca, entregándole la canasta. —Para compensar el haber dejado atrás el libro de los cuentos de hadas.

Parecía como si realmente se sintiera apenada, y parecía haber estado cavilando sobre eso desde que había desempacado las cosas de Lady Tremaine y descubrió que no lo había empacado después de todo.

—Quizás no se quedó atrás, Rebecca. No te reprendas demasiado. Me entristece no tenerlo, pero tal vez aparezca. —Lady Tremaine miró en la cesta y notó que algo se movía debajo de una seda roja. —¡No lo hiciste! —Lady Tremaine chilló como una niña.

Levantó la seda roja para revelar el gatito blanco y negro más dulce que había visto en su vida.

—¡Lo hiciste! Oh, Rebecca, es precioso —Ella lo sacó de la canasta y lo levantó para ver mejor su adorable rostro. —Oh Dios mío. ¡Mira su elegante pelaje! —Él se retorció en sus manos y ella lo colocó en la cama. —Es tan lindo, Rebecca, gracias.

En ese momento, el gatito saltó de la cama, se pegó al hermoso vestido de Lady Tremaine y la hizo reír.

—¡Oh, pequeño diablo! —dijo, separando al gatito de su vestido. —Creo que te nombraré Lucifer. Ese es el nombre perfecto para una criatura diabólica como tú, arruinando mi hermoso vestido.

—Aquí, mi señora, déjeme llevarlo por usted —Rebecca tomó con cautela el gatito de Lady Tremaine y lo puso de nuevo en la canasta. —Se lo guardaré esta noche. No necesita que... ¿Cómo dijo que se llamaba de nuevo? —ella preguntó.

—Lucifer —dijo Lady Tremaine.

Rebecca todavía parecía desconcertada, así que Lady Tremaine se lo explicó.

—Es un diablo, el gobernante del inframundo.

El reconocimiento apareció en su rostro.





—¡Oh, como Hades! —dijo ella riendo. —Sí, este pequeño es travieso. Creo que el nombre le queda —Ella sonrió y le dio una palmadita en la cabeza. —No parece que haya dañado su vestido —dijo, mirándolo de cerca y luego mirando a la cara de Lady Tremaine. —Está hermosa, mi señora. Estoy segura de que Sir Richard se desmayará.

Lady Tremaine no estaba tan segura, pero no se lo dijo a Rebecca.

—Oh —agregó Rebecca, —Mi señora, se ha olvidado de su broche favorito.

Fue al tocador a buscarlo.

—No tengo ganas de usarlo esta noche —dijo Lady Tremaine.

Le recordaba a su difunto esposo, y esta noche quería concentrarse en el futuro.

—¿Supongo que ha ido a la cocina un par de veces para asegurarse de que todo está listo? —preguntó Rebecca.

—Sí. Creo que me habría echado con una escoba si hubiera pensado que podía salirse con la suya —dijo Lady Tremaine, haciendo reír a Rebecca de nuevo.

—Revisé a las chicas antes de subir— continuó Rebecca. —Le dije a Nanny que quería que cenasen y se bañaran temprano esta noche. Pensé que sería bueno tener a las chicas en la cama justo después de la cena para que usted y Sir Richard puedan disfrutar el resto de la noche juntos solos

Lady Tremaine se preguntó si sería una buena idea.

—Cenicienta querrá ver a su padre. —dijo. —Dile a la niñera que sir Richard y yo entraremos a besar a las niñas antes de que se vayan a dormir, ¿Te parece?

—Es una idea encantadora —asintió Rebecca, suspirando. —Oh, mi señora, ha planeado una velada tan maravillosa. El cocinero está preparando todos los platos favoritos de Sir Richard para la cena, y me aseguraré de que todo esté listo para ustedes aquí mientras cenan. De esa forma será una sorpresa.

Lady Tremaine estaba cada vez más nerviosa. Esperaba con todo su corazón que el hombre que regresaba a ella desde el castillo fuera el hombre que había conocido en Londres y no el que se escapó inmediatamente después de su boda.

—Gracias, Rebecca querida. Esta va a ser una noche para recordar.





Lady Tremaine reunió a todo el personal para recibir a su esposo a su regreso. Ella pensó que sería una agradable sorpresa para él ver lo bien que había atendido su casa mientras él estaba fuera. Todos estaban alineados en el vestíbulo con sus elegantes uniformes en blanco y negro, colocados a ambos lados de la entrada para dejar un camino para que Sir Richard pudiera caminar y saludar a cada uno.

Lady Tremaine estaba de pie en el centro de la asamblea, justo al frente, para poder saludar a su esposo en el momento en que atravesara la puerta.

Anastasia, Drizella y Cenicienta estaban al pie de la gran escalera con sus vestidos más bonitos. Se veían tan perfectas como un retrato, todas inmóviles y femeninas.

Todos se sorprendieron al ver que la puerta principal se abría sin ceremonia y la voz de Sir Richard retumbaba.

—Hola, mi amor, mi niña más hermosa. —dijo, caminando hacia Lady Tremaine.

Se sintió tonta por temer este momento, preocupándose si él la amaba, preguntándose si estaría feliz de verla cuando llegara a casa.

—Bienvenido a casa, mi amor —dijo, lista para recibir su abrazo, pero él no la tomó en sus brazos. En cambio, pasó junto a ella, corriendo hacia Cenicienta, que lo estaba esperando, con lágrimas en sus ojos.

—¡Mi dulce niña! ¿Cómo estás? ¿Extrañaste a tu papá?

Lady Tremaine nunca había visto a un hombre tan feliz de ver a su hija. La abrazó con tanta fuerza que ella pensó que aplastaría a la pobre chica.

Lady Tremaine se llevó la mano al pecho para buscar su broche favorito, pero no estaba allí.

Ella lo necesitaba. Necesitaba esa capa extra, algo para proteger su corazón. Se quedó allí sintiéndose expuesta, herida y perdida, pero recuperó la compostura y caminó a lo largo de sus sirvientes, todos los cuales la miraban tristes, para unirse a su esposo e hijas.





—¡Te extrañé, papá! No tengo que irme a la cama ya, ¿verdad? La niñera dice que la madrastra dice que sí, pero quiero quedarme despierta y escuchar sobre tus aventuras. Y no tengo que deshacerme de mis ratones, ¿verdad? —dijo, envolviendo sus brazos alrededor de su cuello.

Él rió.

—Por supuesto que no tienes que irte a la cama temprano o deshacerte de tus ratones, mi ángel. ¿Y quién es esta niñera?

Entonces miró hacia arriba, finalmente notando al personal reunido.

—Disculpa un momento, mi hermosa niña, me he olvidado de saludar a tus hermanastras y madrastra. Anastasia, Drizella —dijo, mirándolas. —Y mi señora. ¿Puedo hablar contigo en la otra habitación?

Lady Tremaine se estremeció. No estaba segura de qué esperar. ¿Quería estar a solas con ella porque no se sentía cómodo mostrando afecto frente a los sirvientes? Por el tono de su voz, sonaba como si fuera a regañarla, aunque no podía imaginar qué lo justificaría.

—Por supuesto, esposo mío. —dijo, entrecerrando los ojos hacia él mientras lo seguía al interior de su estudio.

Se sentó detrás de su gran escritorio antiguo, dejándola de pie como si fuera una colegiala petulante a punto de ser reprendida por su director.

—¿Cuál es el significado de esto? Explícate.

Parpadeó un par de veces, tratando de averiguar a qué se refería.

—¿Estás hablando de los ratones? Le dije que lo siento, Richard. No me da cuenta de que no eran como los ratones de Londres

Sir Richard negó con la cabeza como si se estuviera sacudiendo un mal pensamiento.

—¡Por supuesto que nuestros ratones son diferentes de los ratones de Londres! ¿Dijiste que no podía tener sus ratones? No debes negarle a Cenicienta nada de lo que quiera, ¿entiendes? Ha perdido a su madre.

Lady Tremaine guardó silencio. Ella entendió su sentimiento. Ella se había sentido de la misma manera después de la muerte de su esposo.





—No estoy hablando de los malditos ratones de todos modos. ¿Cuál es el significado de todas estas cosas nuevas y la contratación de todo este personal? ¿Dije que podías hacer eso? —preguntó.

Buscó de nuevo su broche, sintiendo que lo necesitaba.

—No pensé que necesitaba tu permiso —dijo, encontrando su coraje y su voz.

—Bueno, lo necesitas.

No entendía por qué se estaba mordiendo la lengua. Nunca lo habría hecho con Lord Tremaine. Quizás era simplemente que no podía creer que esta fuera su primera conversación real después de casarse. Quizás era que ella no quería comenzar su regreso con el pie izquierdo, como lo había hecho con Cenicienta.

—Sé que estás acostumbrada a ser independiente, a gastar tu dinero como quieras, pero tu exceso y extravagancia no tienen cabida aquí, mi señora. Tu rango no significa nada en los Muchos Reinos. Soy el señor de este dominio.

Lady Tremaine negó con la cabeza.

—Si es una cuestión de gastos, Sir Richard, permítame asegurarle que el dinero que gasté fue completamente mío

Sir Richard se burló.

—No, el dinero es mío. Ahora estamos casados. Y yo dictaré cómo se gastará —Continuó: —Con ese fin, ¿Dónde están todas las cosas de buen gusto de mi esposa que has reemplazado tan irreflexivamente con toda esta basura chillona?

Lady Tremaine bajó los ojos. Ella se sintió horrible. No creía que reemplazar sus cosas viejas lo molestaría tanto. No se le había ocurrido que todos los muebles gastados tuvieran algún significado.

—Lo siento, Sir Richard. Los doné —dijo.

Golpeó su escritorio con el puño.

—No estoy seguro de poder perdonar esto. Realmente te has sobrepasado. —Miró el retrato de su esposa que colgaba sobre la chimenea y su rostro se suavizó. Parecía triste, casi resignado. —Bueno, no hay nada que hacer al respecto ahora. —dijo —Pero dejarás que el personal se vaya a primera hora mañana.





—¿Y quién limpiará la casa, preparará las comidas y cuidará a las niñas?  
—preguntó ella, deseando no llorar ante él.

Buscó su broche de nuevo y nuevamente se sintió decepcionada de no encontrarse usándolo.

—Tú lo harás —dijo. —Ahora, si me disculpan, quiero pasar un tiempo con mi hija.





## CAPITULO XIII. VISPERA DE NAVIDAD

Lady Tremaine dejó ir a la mayor parte del personal como su marido le había pedido, a excepción de Nanny y Rebecca, a quienes accedió a regañadientes a dejar que se quedaran. Ella lo había perdido todo. Su casa en Londres, todo su dinero y su dignidad le pertenecían a él ahora. Había escrito a su antiguo abogado a instancias de Lady Hackle, pero Lady Tremaine no podía hacer nada al respecto. Todo su dinero era ahora de su marido, como era la ley en los Muchos Reinos: en el momento del matrimonio, todos los bienes están controlados por el esposo o el padre de la mujer, a menos que ambos hayan fallecido. Lady Tremaine lo había sabido antes del matrimonio. Después de todo, no era muy diferente de cómo funcionaban las cosas en Londres, y en ese momento no le había preocupado.

Basándose en su rango, había asumido que Sir Richard tenía más dinero que ella. Pero pronto descubrió que no podría haber estado más equivocada.

Su abogado había investigado un poco y había descubierto que antes de casarse con lady Tremaine, Sir Richard no tenía un centavo y necesitaba desesperadamente casarse con una dama con medios para conservar su patrimonio. Tenía una deuda considerable con la Corona y utilizó la mayor parte de la fortuna de Lady Tremaine para pagarla. Ahora entendía por qué estaba tan furioso por haber contratado a un personal tan grande y asumió que su deuda era el "asunto de la corte" que se había apresurado a resolver, aunque en lo que a ella respectaba no tenía en cuenta la cantidad de tiempo que estuvo fuera. Ella le había preguntado varias veces qué había hecho mientras estaba en el castillo, pero él había eludido el tema, diciendo que era un asunto de hombres y que ella debería quedarse en su lugar como dueña de la casa.

Pronto se sintió miserable, sola y deprimida. Se derrumbaba en su cama al final de cada día, demasiado cansada para siquiera pasar tiempo con sus chicas. Francamente, estaba avergonzada de que la vieran en tal estado. Su único compañero era su gatito, Lucifer, que siempre estaba a su lado, es decir, cuando no estaba cazando los ratones que Cenicienta trató de traer a su repugnante colección de animales.





No había nada que pudiera hacer con los ratones que Cenicienta ya tenía, Sir Richard lo dejó muy claro, pero estaba decidida a evitar que la niña adquiriera más.

Los días de Lady Tremaine los pasaba limpiando toda la casa, fregando el suelo, quitando el polvo, sacudiendo las alfombras, lavando los platos, preparando las comidas, puliendo la plata, reemplazando las velas en todos los candeleros y candelabros, encendiendo los fuegos, lavando la ropa y más, todo bajo la atenta mirada de la primera esposa de Sir Richard. Observó todo lo que hacía Lady Tremaine a partir de los retratos de ella que colgaban en casi todas las habitaciones del castillo. Y Cenicienta siempre estaba ahí para recordarle que la casa seguía siendo de su madre, para quejarse de que echaba de menos sus viejos muebles o la forma en que su madre solía guardar las cosas. Lady Tremaine se sintió incómoda. Se había convertido en sirvienta en su propia casa.

Gracias a Dios por Nanny, que se ocupaba de las niñas, y por Rebecca, que hizo todo lo posible para ayudar a Lady Tremaine lo mejor que pudo.

Al poco tiempo llegó la víspera de Navidad, y Lady Tremaine quería pasar una velada. Ella y sus hijas tenían derecho a un poco de celebración. Rebecca estaba preparando una comida lujosa para la familia a petición suya. Lady Tremaine no pudo comprar regalos para las niñas, pero tenía algunas cosas propias que pensó que apreciarían, así que las envolvió. Planeaba ponerlas debajo del árbol, que Nanny había accedido tan cuidadosamente a decorar mientras las niñas dormían la siesta.

Nanny había organizado un proyecto especial para las niñas esa semana, ayudándolas a hacer estrellas plateadas y lunas doradas con papel, sin decirles que las usarían para decorar el árbol. Ella y Lady Tremaine pensaron que sería una agradable sorpresa para las niñas ver sus creaciones exhibidas de manera tan prominente en el árbol genealógico. Sería una forma más de que todos pudieran celebrar juntos.

Lady Tremaine estaba agotada por este largo día. Se había levantado temprano para terminar todas sus tareas domésticas. Sin la ayuda de Rebecca y Nanny, no habría tenido tiempo de estar presentable para la cena o de arreglar los obsequios que estaba tan emocionada de darles a las niñas.





Solo deseaba que su esposo aceptara permitirle contratar más personal. Odiaba aumentar los deberes de Nanny y Rebecca cuando ya tenían tanto trabajo que hacer. Mientras pasaba por el estudio de Sir Richard, decidió que le preguntaría si no podían contratar a alguien, al menos en la cocina. Tal como estaban las cosas, había estado persuadiendo a Rebecca con demasiada frecuencia con comidas especiales, aunque no era su trabajo.

Mientras estaba de pie frente a la puerta de su estudio, se obligó a tener el valor de entrar, tratando de evocar algo de su antiguo yo, pero se sentía fea, cubierta por el hollín que había estado limpiando del suelo. Cuando alcanzó el pomo, vio sus manos en carne viva, irritadas e hinchadas. Ella suspiró, decidiendo que sería mejor discutir este asunto con su esposo más tarde, después de que él hubiera tenido la cena especial que ella había planeado.



Lady Tremaine había decidido usar el vestido rojo que había usado la noche que Sir Richard le propuso matrimonio, y le pidió a Nanny que se encargara de que las niñas también estuvieran vestidas de manera festiva, asegurándose de recordarle que revisara los bolsillos de Cenicienta en busca de ratones antes de que ella bajara al comedor.

El comedor se veía encantador. Lady Tremaine había decorado la repisa de la chimenea, las ventanas y las puertas con acebo y había llenado la habitación con velas blancas. Ella tenía medias junto a la chimenea, una para cada una de las tres niñas, con pequeñas cosas que había hecho para ellas y baratijas propias que pensó que disfrutarían. Incluso había hecho un pequeño atuendo para uno de los ratones de Cenicienta con uno de sus viejos bolsos brillantes. Y el árbol era magnífico, brillando a la luz de las velas, mostrando las decoraciones de las niñas. Iba a ser la velada perfecta.

Mientras estaba de pie en la entrada del comedor esperando a las chicas y a Sir Richard, se sintió como antes de nuevo. Se acercó y tocó su broche de jade, que se había asegurado de sujetar con alfileres al corpiño de su vestido esta noche. Le encantaba lo fría que se sentía la piedra bajo sus dedos y pensó que así le gustaría sentirse: fría, fuerte y sólida.





Nada de lo que Sir Richard pudiera decirle esta noche la convencería o la derribaría. Se sentía fuerte e inamovible, como una estatua.

Y luego las vio, sus chicas, bajando las escaleras con sus vibrantes vestidos navideños de terciopelo rojo. Cenicienta estaba vestida de oro y todas parecían hermosos ángeles navideños.

Sir Richard bajó unos minutos más tarde, entrecerrando los ojos ante los vestidos y decoraciones festivos.

—¿Y qué es esto? —dijo mientras se acercaba. —Bueno, ¿no te ves hermosa Cenicienta? —Le sonrió a su hija. —¿Cuál es la ocasión? —preguntó, mirando a Lady Tremaine, Anastasia y Drizella. —¿Por qué están vestidas de rojo? —Echó un vistazo al comedor. —¿Y qué es eso?

—Oh, mamá, te acordaste —dijo Anastasia, abrazando a su madre.

—¡Es Nochebuena! —Drizella juntó las manos con júbilo.

—¿Cuál es el significado de esto? Explíquense —dijo Sir Richard, mirando las medias que colgaban sobre la chimenea.

—Esas son medias de Navidad, esposo mío

Anastasia y Drizella se apresuraron a echar un vistazo a lo que había dentro.

—Ustedes conocen las reglas, chicas, no mirar. Pueden abrir sus regalos después de que hayamos cenado si lo desean —dijo Lady Tremaine entre risas. —Cenicienta, también hay una media para ti. —Gracias, madrastra —dijo con cuidado, mirando a su padre.

El rostro de sir Richard estaba rojo.

—¡Que derriben este árbol de una vez! —dijo, con su voz baja y enojada.

—Oh, papá, ella no lo sabía —dijo Cenicienta, tratando de calmar a su padre. —Mira, ¡Anastasia, Drizella y yo hicimos estas decoraciones nosotras mismas!

Sir Richard la miró con el ceño fruncido.

—¿Sabías sobre esto y no me lo dijiste?

Cenicienta tomó la mano de su padre.





—No sabía por qué estábamos haciendo las decoraciones, padre. Lo siento. ¿Pero no es hermoso el árbol? Echaba de menos tener uno para el solsticio, y Lady Tremaine pensó mucho en hacer todo esto por nosotros —dijo, lo que sorprendió a Lady Tremaine.

Eso hizo que le gustara un poco más la chica.

Sir Richard se alejó de su hija y se paró frente a la chimenea mirando el retrato de su esposa. Se parecía a Cenicienta pero mayor. Era como si tuviera una conversación con ella en su mente, reconciliando algo con ella.

Anastasia, Drizella y Lady Tremaine se quedaron allí mirando, sin saber qué hacer.

—¿Qué hice mal, Cenicienta? ¿Por qué está tu padre tan molesto? —Lady Tremaine susurró.

—El solsticio fue un momento especial para mamá y papá. Fue entonces cuando se propuso. Siempre hicimos una gran fiesta.

Lady Tremaine lo comprendió.

—Lo siento, Richard. No lo sabía. ¿No podemos comenzar una tradición propia y celebrar la Navidad? Si no fuera por nosotros, ¿por las chicas?

Se dio la vuelta con una mueca de desprecio.

—¿Y así es como se celebra en Londres, colgando la ropa en la repisa de la chimenea? Es una burla del solsticio —dijo, sacudiendo la cabeza.

—Pero he organizado una cena de Navidad para todos nosotros. Rebecca la ha estado preparando todo el día.

Ella contuvo la respiración, esperando que él no decepcionara a las chicas.

—No celebramos la Navidad en los Muchos Reinos. Rebecca debería haberte dicho eso —dijo enojado.

—Papá, ¿no podrías simplemente sentarte y disfrutar de la cena que mi madrastra ha preparado? Podríamos pasar una agradable velada, papá, si lo intentas. —Cenicienta se acercó a su padre y le dio un beso. —Por favor, papá. ¿Por mí?

Para sorpresa de Lady Tremaine, su rostro se suavizó.





—Muy bien, mi ángel, sabes que no puedo negarte nada. —dijo, y les indicó a todos que se sentaran a cenar.

La cena fue bastante bien, considerando todo. Rebecca les había preparado un festín, aunque Lady Tremaine se preguntaba por qué ella y Nanny se habían olvidado de decirle que la Navidad no se celebraba en Muchos Reinos. Las palabras de Sir Richard todavía dolían, pero fue esclarecedor ver de dónde provenía parte de su dureza. Ella y sus hijas se sentaron en silencio durante la mayor parte de la cena mientras Sir Richard prodigaba la mayor parte de su atención en su hija, que estaba haciendo todo lo posible por atraer a todos a la conversación.

—¿No es una cena maravillosa, papá? Lady Tremaine hizo un trabajo maravilloso, ¿No te parece? —dijo, sorprendiendo aún más a Lady Tremaine.

Se preguntó si ella y Cenicienta podrían, después de todo, hacerse amigas.

—Tengo entendido que Rebecca preparó la comida —dijo, metiéndose más comida en la boca con avidez.

Eso hizo que Lady Tremaine se sintiera un poco mareada. Detestaba los malos modales en la mesa. Detestaba la mayoría de las cosas de Sir Richard, según había descubierto. Ella se sentó allí mirándolo con disgusto, preguntándose cómo alguna vez se enamoró de sus maneras ridículas. Ella había pensado que era tan encantador cuando se conocieron, y ahora apenas podía ocultar su desprecio por él.

—Sí, es una muy buena cocinera.

Lady Tremaine sonrió a Cenicienta para hacerle saber que apreciaba que tratara de aliviar el ánimo en la mesa.

—Aunque ese no es el trabajo de Rebecca, ¿verdad? La dueña de la casa debería preparar las comidas —dijo.

—Me atrevo a decir que la corte tiene un cocinero, y también la mitad de la gente de este pueblo— dijo Lady Tremaine. —No veo por qué no podemos contratar a una y un par de chicas para que ayuden en la casa. Realmente es demasiado para mí para manejarlo por mi cuenta.

Sir Richard se rió.





—¿Te estás comparando con la reina ahora? ¿Eres tan alta y poderosa que no puedes cocinar para tu familia?

Lady Tremaine pasó los dedos por el broche.

—Por supuesto que no, esposo. Pero no estaría de más conseguir ayuda en esta casa, y debo insistir en que lo hagamos.

Se sentía valiente sentada allí ante él, luciendo el broche que le había regalado su anterior marido. Se sentía fuerte y no había nada que él pudiera hacer para que ella sintiera lo contrario. O al menos así se sintió en ese momento.

—Bueno, si significa tanto para ti, entonces sí. Puedes tener un poco de ayuda —dijo, empujando su plato lejos de él ahora que había terminado, otro hábito que ella detestaba. —Pero no necesitarás contratar a nadie. Las chicas pueden ayudarte

Se palmeó el estómago como un rey gordo.

—Pero ¿qué hay de su educación? Pensé que estabas de acuerdo en que Stasia, Zella y Cenicienta continuarán sus estudios —dijo Lady Tremaine.

—Oh, Cenicienta continuará su educación. Me refiero a tus chicas. Anastasia y Drizella —dijo.

Anastasia y Drizella saltaron de sus asientos.

—¿Qué quiere decir, mamá? —preguntó Drizella, corriendo hacia su madre.

Anastasia estaba muy cerca.

—¡No puede hablar en serio!

—Eso no es justo —dijo Cenicienta.

A Lady Tremaine le sorprendió que Cenicienta estuviera defendiendo a sus hermanastras.

—Eres una niña muy querida, Cenicienta, y te estás convirtiendo en una hermosa joven, como tu madre. Es notable cuánto la favoreces —dijo, ignorando a Anastasia y Drizella y sonriendo a su hija. —Creo que es hora de presentarte a la corte. Durante mucho tiempo he tenido el deseo de que tú y el príncipe eventualmente se casaran.





Cenicienta dejó caer su tenedor, que cayó a su plato con un fuerte ruido metálico.

—Oh, papá, nunca te dejaré. Nunca —dijo.

—Bueno, creo que es una idea maravillosa presentar a las chicas a la corte —dijo Lady Tremaine, escaneando ansiosamente su rostro para adivinar lo que podría estar pensando antes de responder. Pero su respuesta fue bastante clara.

—No tengo la intención de presentar a esas chicas a la corte, Lady Tremaine. Estarán demasiado ocupadas en la cocina ayudándote

Lady Tremaine estaba lívida.

—Me pregunto por qué no contrató a un ama de llaves, Sir Richard, porque está claro que eso es todo lo que quería desde el principio —dijo Lady Tremaine.

Sir Richard se burló.

—Las amas de llaves no vienen con grandes dotes y, además, tendría que pagarle a un ama de llaves —dijo, burlándose de ella.





# CAPITULO XIV: LAS HERMANAS EXTRAÑAS

Pasaron cinco largos años desde aquella horrible Noche Buena, y las niñas ya tenían la edad suficiente para ser presentadas en la corte, pero Sir Richard no quiso ni oír hablar de ello.

—¿Pero por qué no dejas que mis chicas se presenten junto con Cenicienta?

Lady Tremaine había abordado el tema cuando se dirigía a la puerta por asuntos del castillo una mañana.

—No tengo tiempo para esta conversación de nuevo. Los estándares son diferentes en los Muchos Reinos. Tus chicas no son, bueno, muy presentables, digamos, y me avergonzaría reclamarlas como mías en público. Estoy seguro de que lo entiendes.

Trató de poner fin a la conversación saliendo por la puerta, pero Lady Tremaine lo siguió.

—¿No entiendo! ¿Qué estás diciendo? ¡Mis chicas son hermosas! —dijo con sinceridad, porque realmente se sentía así. Pero sir Richard se rió.

—Realmente lo crees, ¿no es así? —dijo, dirigiéndose al carruaje. —Debo irme ahora, llego tarde. Y no escucharé más de esto, ¿entiendes?

El carruaje partió, dejando a Lady Tremaine parada allí. Estaba lívida, pero no había nada que pudiera hacer. Estaba atrapada en los Muchos Reinos, atrapada en esa casa y atrapada en un matrimonio. Su única esperanza era intentar escribirle a Lady Hackle de nuevo. Lady Tremaine y sus hijas no podían quedarse más. Estaban en la miseria. Había escrito a su amiga Lady Hackle hacía bastante tiempo para ver si podía enviarle dinero para que ella y sus hijas pudieran reservar un pasaje de regreso a Londres, pero nunca respondió, lo que había comenzado a preocupar a Lady Tremaine porque no había escuchado de su amiga desde poco después de su llegada a los Muchos Reinos.





Había esperado que una vez que las niñas fueran mayores de edad podrían casarse con los niños Hackle y ellas, al menos, estarían libres de este miserable lugar, pero sin noticias de Lady Hackle, estaba comenzando a preocuparse de que ella y sus hijas no encontraran forma de escapar de Sir Richard o de los Muchos Reinos.

Fue a su habitación para redactar otra carta y encontró a sus hijas llorando en su cama.

—Oh, chicas, ¿qué pasa? —preguntó, apresurándose a abrazarlas.

—Escuchamos lo que dijo Sir Richard. Él piensa que somos feas —dijo Drizella.

—Nadie querrá casarse con nosotras —dijo Anastasia.

—Eso no es cierto, queridas mías. Ambas son hermosas. Y no olviden que están comprometidas con los chicos Hackle. De hecho, estaba a punto de escribirle a Lady Hackle para ver si podía ir de visita.

Los rostros de las niñas se iluminaron.

—¿De verdad, mamá? ¿No vendrás con nosotras? —dijo Anastasia. —Sabemos lo infeliz que eres. ¿Por qué no dejar este lugar? Sir Richard es horrible. Nunca vamos a ningún lado ni hacemos nada.

Siempre estamos atrapadas adentro haciendo quehaceres domésticos y nadie viene a visitarnos. ¡Odiamos estar aquí!

—Yo también odio aquí, mis queridas. Y si pueden guardar un secreto, les diré lo que realmente planeo hacer. Le he estado escribiendo a Lady Prudence preguntando si puede enviarnos dinero para reservar un pasaje a Londres lo antes posible. Les prometo que no les retendré aquí ni un momento más del que pueda ayudarles. Haré cualquier cosa para sacarlas de esta casa. Lo prometo.

Las abrazó con fuerza.

—Gracias, mamá —dijo Drizella.





—Muy bien, queridas mías, salgan a tomar lecciones con Nanny mientras Sir Richard está en el castillo. Yo haré sus quehaceres; no necesita saber que no los hicieron. Vayan ahora y aprendan todo lo que puedan mientras él está fuera y déjenme escribir mi carta a Lady Prudence.

Las besó a ambas antes de que salieran corriendo de la habitación.

Mientras escribía su carta, Rebecca entró en la habitación.

—Disculpe, mi señora, estaba buscando a Lucifer. Cenicienta dice que ha vuelto a amenazar a sus ratones y que quería charlar con él.

—Prueba en la cocina, le gusta burlarse del perro. O tal vez en el ático; le encanta el calor que hace allá arriba, porque hace mucho sol.

Lady Tremaine no levantó la vista después de escribir su carta. —Puedo llevar esa carta al pueblo para que la envíen a Lady Hackle una vez que haya terminado —ofreció Rebecca.

Lady Tremaine enarcó una ceja.

—Por cierto, ¿Alguna vez dijo Lady Hackle si había encontrado el libro de cuentos de hadas? Me siento fatal por no haberlo encontrado en ninguno de los baúles.

—Ella no lo encontró. Incluiré una posdata preguntando nuevamente. —dijo, firmando la carta y metiéndola en un sobre.

Mientras escribía la dirección y colocaba su sello de cera, se preguntó cómo sabía Rebecca que le estaba escribiendo a Lady Hackle. Por otra parte, ¿a quién más en el mundo le estaría escribiendo?

—Antes de irse, dile a Nanny que esté pendiente del regreso de Sir Richard. No me gustaría que encontrara a Anastasia y Drizella tomando lecciones con Cenicienta —dijo.

—Entiendo, mi señora.

Rebecca tomó la carta de Lady Tremaine y se fue.





Finalmente, sola, Lady Tremaine dejó escapar un gran suspiro. Había decidido que no había forma de que ella y sus hijas pudieran quedarse dos semanas más en ese castillo. Si no tenía noticias de Lady Hackle dentro de la semana, recuperaría su propio dinero si tuviera que hacerlo, y si no hubiera ninguno, entonces vendería algo. Pero de una forma u otra dejaría este lugar.

Miró hacia arriba y vio una cara que no reconoció en el espejo. Era su propia cara, por supuesto, pero no parecía que le perteneciera a ella. Parecía vieja, demacrada y agotada por toda la monotonía de mantener la casa de Sir Richard; la casa de la primera esposa de Sir Richard, se corrigió. Nunca podría olvidar a esa mujer, no con todos los retratos de la casa atormentándola, con los ojos observándola a cada paso. Al menos Cenicienta había sido dulce con ella desde aquella cena de Nochebuena. Facilitó un poco las cosas, aunque no se habían hecho amigas exactamente. ¿Cómo iban a hacerlo, cuando Lady Tremaine estaba resentida con ella por ser tratada como una princesa mientras ella y sus hijas eran utilizadas como sirvientas y degradadas en cada oportunidad?

Ya había sido un día largo y Lady Tremaine todavía tenía que hacer todas sus tareas domésticas, junto con las de sus hijas. Esto se había convertido en una costumbre en los días que sir Richard estaba en la corte, y estaba agradecida de que nadie en la casa le hubiera alertado de su pequeño engaño.

Mientras bajaba las escaleras para comenzar su día de trabajo, escuchó un golpe en la puerta principal.

Nadie venía nunca a visitarlos, por lo que un escalofrío se apoderó de ella. ¿Y si fuera el Gran Duque para hacerle saber que Sir Richard había sido asesinado? Al instante se sintió mal por pensar eso.

Abrió la puerta y encontró a tres mujeres idénticas de pie allí. Eran mujeres jóvenes, pero al mismo tiempo tenían algo de antiguo, lo que les daba un extraño aspecto de atemporalidad. Eran un trío indistinguible de brujas, con rostros pálidos y grandes, ojos hundidos que sobresalían bulbosos de sus cuencas muy oscurecidas, lo que contrastaba mórbidamente con sus mejillas y labios vívidamente pintados.





Lady Tremaine no sabía qué pensar de estas mujeres y pensó que tal vez eran actrices viajeras que deseaban hacer una exhibición para la familia.

—Hola, señoras, ¿puedo ayudarlas? —preguntó, mirándolos de arriba abajo.

Las tres vestían voluminosos vestidos negros largos ceñidos ajustadamente a la cintura, con corpiños adornados en plata y arreglos de flores doradas brillantes en su cabello negro.

—Estamos aquí para ayudarle, Lady Tremaine —dijo la mujer en el medio. —Mi nombre es Lucinda, y estas son mis hermanas, Ruby y Martha.

Ella hizo un gesto a sus hermanas en sucesión, con la sonrisa más espeluznante que Lady Tremaine había visto en su vida. Pero antes de que Lady Tremaine pudiera hablar, Lucinda tenía la expresión más extraña en su rostro, y en unos momentos sus dos hermanas parecían aterrorizadas.

—Mis hermanas y yo sentimos que tienes una sirviente aquí llamada Nanny, ¿Es cierto? Por favor díganos qué no le ha dado su broche. No le vemos usándolo —dijo, tratando de mirar dentro de la casa, con los ojos muy abiertos como un pájaro salvaje.

Lady Tremaine se sorprendió.

—No veo cómo eso es asunto suyo —dijo. —¿Y cómo saben acerca de mi broche?

Ella lo tomó y se sorprendió al descubrir que no estaba allí, luego recordó que siempre se lo quitaba para hacer la limpieza de la casa. —¿Quiénes son exactamente ustedes, mujeres? —ella preguntó.

Algo en ellas le dificultaba mantener sus pensamientos en orden. Seguía sintiendo como si estuviera tratando de salir de una neblina después de cada vez que hablaban.

—Oh, este es un pequeño reino, mi señora —dijo Lucinda, riendo para sí misma en voz baja.

—Sí, muy pequeño —dijo Ruby.





—Tu historia nos es bien conocida. Estamos viendo cómo se escribe — dijo Martha.

—Sabemos de sus dificultades, mi señora. Sabemos que está presa en su propia casa. Una sirvienta de Sir Richard y su despreciable niña, Cenicienta. Pero podemos ayudar —dijo Lucinda.

—Sí, Lady Tremaine, podemos ayudarla —dijo Ruby, sacando una pequeña botella de su bolsillo y sosteniéndola frente a Lady Tremaine. —Las leyes de los Muchos Reinos son similares a las de Inglaterra. Si su esposo muere, todo el dinero se revertiría a usted ya que no hay un heredero varón — Ella sonrió.

Lady Tremaine se apartó de las hermanas, asustada y rebelde. ¿Qué estaban sugiriendo? ¿Y qué había en esa pequeña botella de vidrio?

Su miedo solo las hizo reír, lo que hizo que la cabeza de Lady Tremaine diera más vueltas.

—Oh, no juegue con nosotras a la cosita delicada, Lady Tremaine. Conocemos su corazón. Es lo que nos trajo a usted. Hace sólo unos momentos deseaba la muerte de Sir Richard —dijo Lucinda, riendo.

—Es realmente la única forma de salir de esto —dijo Martha.

—Sí, la única manera —agregó Ruby, uniéndose a la risa de sus hermanas.

Lady Tremaine tuvo la terrible y repentina comprensión de que la señora Bramble tenía razón sobre este lugar. ¿Podría ser que estas fueran las brujas de las que le había advertido? ¿Las autoras del libro de cuentos de hadas, frente a ella?

—Le sugiero que se marchen de aquí de inmediato antes de que llame a alguien para que las eche —dijo Lady Tremaine.

Las hermanas se rieron de nuevo mientras se abrían paso hacia la casa centímetro a centímetro.





—¿A quién va a llamar? —preguntó Martha, avanzando hacia Lady Tremaine, haciéndola retroceder más y más en la casa. Las dos mujeres estaban prácticamente nariz con nariz.

—¡Aléjense de mí, brujas! —Lady Tremaine se tambaleó hacia atrás cuando las tres brujas lentamente se abalanzaron sobre ella.

El extraño trío se rió aún más fuerte.

Su doncella está enviando una carta a tu amiga en Londres que nunca llegará a sus manos, y tu niñera es tan mayor que ha olvidado que es la bruja más poderosa de los Muchos Reinos, aparte de nuestra hermana Circe, claro. Está literalmente sola e impotente, Lady Tremaine, pero podemos ayudarla. Solo tome esto —Martha tomó la mano de Lady Tremaine, metió la pequeña botella de vidrio en ella y cerró los dedos sobre ella con un guiño teatral.

—Consérvelo. En caso de que lo necesite —dijo Ruby.

Su hermana Lucinda agregó:

—Y si alguna vez nos necesita, simplemente llámenos desde cualquiera de sus espejos y estaremos aquí.

Pero antes de que Lady Tremaine pudiera responder, las brujas salieron volando hacia atrás todas a la vez, y la puerta se cerró de golpe detrás de ellas con una poderosa explosión. Lady Tremaine se dio la vuelta rápidamente y vio a Nanny parada allí.

—¿Qué diablos acaba de pasar, Nanny? Hiciste... ¿Cómo hiciste eso? —preguntó Lady Tremaine, agarrándose el pecho y deseando que su broche estuviera allí. Corrió hacia la ventana y vio a las tres hermanas extrañas de pie a unos buenos seis metros de distancia, quitándose el polvo de los vestidos.

—¡Todavía están aquí, Nanny!— Se apresuró a cerrar la puerta.

—Esos candados no te ayudarán. Ve a tu habitación y tráeme tu broche. Es hora de devolverlo a sus legítimos dueños —dijo Nanny.

Pero Lady Tremaine no la obedeció.





—Esas mujeres dijeron que me pedirías mi broche. Estaban tratando de ayudarme, animándome a usarlo —Miró a la anciana con recelo.

—Por supuesto que te están animando a que lo uses; ¡está maldito! Saben que eres demasiado inteligente para caer en sus engaños y manipulaciones, así que la única forma de seducirte es a través de maldiciones —dijo Nanny, subiendo las escaleras.

—¿Y adónde vas, bruja? —escupió Lady Tremaine.

—Arriba por tu broche —dijo Nanny. —Esa es una de las cosas sobre las que las hermanas no estaban mintiendo. Vine aquí para recuperarlo, pero Rebecca siempre te animaba a que lo usaras.

—¿Qué tiene que ver Rebecca con eso, y por qué esas mujeres dijeron que mi carta nunca llegaría a Londres? —preguntó Lady Tremaine, tratando de pensar en todo esto.

—Me imagino que las Hermanas Extrañas están interceptando tus correspondencias, para mantenerte bajo su control. Dicen que quieren ayudar, pero te atrajeron aquí tal como está escrito en el libro de cuentos de hadas. Siempre he encontrado sus formas confusas, honestamente. Sus buenas intenciones tienden a fallar. Oh, Lady Tremaine, desearía poder contarle más, pero me temo que ya me he excedido al decirle mi propósito. Me temo que tendrá que confiar en mí cuando le diga que es de suma importancia que tenga su broche. Empezó a subir el primer tramo de escaleras, pero Lady Tremaine estaba justo detrás de ella y la agarró del brazo.

—¡No te llevarás mi broche! Me lo dio mi primer marido y es lo único que me queda de él. Tú y Rebecca son las brujas, escondidas en mi casa, conspirando contra mí, haciéndome quedar como una tonta delante de Sir Richard. Esas mujeres me advirtieron sobre ti. ¡Dijeron que querías llevarte el broche!

Nanny suspiró.

—Es cierto —dijo. —Esas mujeres son las Hermanas Extrañas, y me temo que Rebecca ha estado trabajando con ellas.





Tengo la extraña sensación de que piensa que te está ayudando animándote a usar el broche, ocultándote el libro de los cuentos de hadas, pero créame, Lady Tremaine, cada vez que las hermanas Extrañas y los de su calaña intentan ayudar a alguien, se convierte en un desastre. Tiene que confiar en mí; no estoy aquí para hacerle daño, estoy aquí para ayudarlo. ¿No le he ocultado sus secretos a Sir Richard? ¿No me preocupo por sus chicas y les enseño en secreto? ¿Suena como una persona que está conspirando contra usted?

Lady Tremaine soltó el brazo de Nanny y se dio cuenta de que lo había estado apretando con bastante fuerza.

—¿Qué eres entonces, si no una bruja? ¿Una especie de hada madrina? — Lady Tremaine preguntó, haciendo reír a la anciana.

—No, esa es mi hermana. Pero un hada madrina está más cerca del blanco que una bruja, al menos en la forma en que piensas en las brujas de todos modos —dijo, dándole a Lady Tremaine una sonrisa amable pero triste.

Lady Tremaine pudo ver que esta anciana estaba diciendo la verdad. Había cuidado a sus hijas durante cinco años y no había sido más que cariñosa y cariñosa con ella y sus hijas desde el día en que llegó al castillo. Si tan solo hubiera sabido que esta mujer era mágica, le habría pedido ayuda antes.

—Si eres un hada, por favor, concédeme mi deseo y libéranos a mí y a mis hijas de este horrible lugar.

Lady Tremaine oyó que se le quebraba la voz mientras suplicaba a Nanny, deseando no estallar en lágrimas.

Lady Tremaine nunca había visto tanta compasión en los ojos de alguien, ni siquiera después de la muerte de su marido.

—Oh, querida, lo siento mucho. Realmente desearía poder. Pero simplemente no puedo ayudar usando mi magia. Por eso he estado aquí, haciendo lo que puedo sin ella

—No entiendo —dijo Lady Tremaine, levantando las manos.

Ella estaba tan enojada. Este lugar no tenía sentido para ella.





¿Brujas maníacas apareciendo en su puerta con una botella llena de veneno y hadas que fingen ser niñeras?

—Pensé que eso era lo que se suponía que debían hacer las hadas: usar la magia para ayudar a la gente. ¿Por qué más vendrías aquí si no fuera para protegerme a mí y a mis hijas? ¡Estamos en peligro! ¡Ya ve cómo está Sir Richard con nosotras! —Lady Tremaine estaba desesperada, y eso pareció romperle el corazón a Nanny.

—No se nos permite ayudar a los villanos, mi señora, y el libro de cuentos de hadas ha decretado que eso es exactamente en lo que está a punto de convertirse. Físicamente no puedo hacer ninguna magia que pueda ayudarle

Lady Tremaine se burló.

—¡Mentiras! ¡Todo esto son mentiras! Entonces, ¿puedo preguntar que acabas de hacer en la entrada de abajo?

—Rompí las reglas. Eso es lo que hice, y dentro de unos momentos seré convocada de regreso a las Tierras de las Hadas en contra de mi voluntad, y si no consigo ese broche antes de irme, temo que suceda algo terrible. Por favor, escúcheme, no se fíe de esas brujas. Espero de todo corazón que pueda darle la vuelta a esta historia y romper la maldición. Podría intentarlo, Lady Tremaine, ¿hacerlo lo mejor que pueda? Y prometo que haré lo que pueda con el Consejo de las Hadas para convencerlos de que me dejen intervenir. Estoy segura de que una vez que se den cuenta de que las hadas nos equivocamos en esta historia, verán que no es la villana, sino su marido. Por favor, Lady Tremaine, no podré ayudarla si usted...

Pero antes de que Nanny pudiera terminar la frase, desapareció ante los ojos de Lady Tremaine.

Lady Tremaine parpadeó.

—¿Nanny? —ella susurró. Lady Tremaine se quedó allí preguntándose si algo de esto había sucedido realmente.





¿No era como si no hubiera escuchado las historias de bestias, brujas, hadas, dragones y otras cosas, es así?

Sin embargo, temía no poder confiar en ellas más de lo que podía confiar en Nanny o Rebecca. Estaba completamente sola y dependía de ella ayudar a sus hijas a salir de este horrible lugar.





## CAPITULO XV: LAS CARTAS

Lady Tremaine fue directamente a la habitación de Rebecca en busca de respuestas. Sintió que no tenía toda la historia. Revolvió el tocador de Rebecca, su guardarropa e incluso debajo de su colchón.

Estaba casi a punto de darse por vencida cuando sintió que una de las tablas del suelo debajo de la alfombra se movía bajo sus pies. Puede que ni siquiera lo hubiera pensado dos veces, si no hubiera estado buscando algo. Retiró la alfombra y empujó la tabla suelta del suelo hasta que reveló lo que había estado buscando: un montón de cartas todas dirigidas a Lady Hackle.

Entonces era verdad; Rebecca nunca había enviado las cartas. Por eso Lady Hackle no había respondido a una sola carta en los últimos años. Lo que no esperaba encontrar fue el libro de cuentos de hadas, escondido debajo de la pila de cartas. Se sentó en el suelo y lo hojeó, sintiéndose tonta por no haberle creído a Nanny ahora que tenía esta prueba delante de ella. Pero luego encontró un nombre que reconoció.

### **Cenicienta.**

Comenzó a leer su historia.

#### *Cenicienta*

*Érase una vez, en una tierra lejana, había un pequeño reino. Pacífico, próspero y rico en romance y tradición. Aquí, en un majestuoso castillo, vivían un señor viudo y su pequeña hija, Cenicienta. Aunque era un padre amable y devoto y le daba a su amada hija todos los lujos y comodidades, todavía sentía que ella necesitaba el cuidado de una madre. Y así se volvió a casar eligiendo para su segunda esposa a una mujer de buena familia, con dos hijas de la edad de Cenicienta.*

*Por nombre: Anastasia y Drizella. Sin embargo, fue tras la prematura muerte de este buen hombre que se reveló la verdadera naturaleza de la madrastra.*





*Fría, cruel y amargamente celosa del encanto y la belleza de Cenicienta, estaba sombríamente decidida a promover los intereses de sus dos torpes hijas.*

*Así, con el paso del tiempo, el castillo cayó en mal estado, pues las fortunas familiares se derrocharon en las hermanastras vanidosas y egoístas, mientras Cenicienta fue abusada, humillada y finalmente obligada a convertirse en sirvienta en su propia casa. Y, sin embargo, a pesar de todo, Cenicienta se mantuvo siempre amable y amable, porque con cada amanecer encontraba una nueva esperanza de que algún día sus sueños de felicidad se harían realidad.*



Lady Tremaine cerró el libro de golpe.

—¡Tonterías, nada de esto ha sucedido! ¡Sir Richard está vivo! Y si alguien ha malgastado nuestro dinero, ha sido él —dijo, cada vez más enojada. —Este es un libro de mentiras. ¿Y si tuviera en mis manos el poco dinero que quedaba y lo usara para mantener a mis propias hijas? ¿Qué hay con ello? ¡Es mi dinero!

Estaba a punto de arrojar el libro al otro lado de la habitación con ira. En cambio, se levantó y se llevó el libro y la pila de cartas a su propia habitación donde los puso en su tocador. Luego se abrochó el broche a su vestido, justo sobre su corazón, y se paseó por la habitación tratando de averiguar qué estaba pasando, tratando de entender todo lo que había aprendido ese día.

No sabía a quién creer ni qué pensar. Este libro hablaba claramente de algo que iba a suceder en el futuro, y por eso estas hadas, o brujas, o lo que fueran, pensaron que era una villana. No tenía sentido.

En ese momento sir Richard irrumpió en la habitación con el rostro lleno de ira.

—¿Qué es esto que escuché, que usted y sus hijas planean irse?





Lady Tremaine lo miró en estado de shock, agarrando su broche y agradecida de que lo estuviera usando. Nanny se equivocó. El broche no estaba maldito. La ayudó y le dio fuerza.

—No sé de qué está hablando, Sir Richard, dijo, mintiéndole a la cara con facilidad.

Ella se encontró con su mirada acerada.

—¡No me mientas, mujer! Cenicienta me dijo que tú y tus desgarradas hijas planean dejar Muchos Reinos. ¿Y quién crees que cuidará de Cenicienta? ¿Qué tipo de mujer eres que podrías abandonar a tu familia?

Se acercó a ella amenazadoramente, y ella se encontró alejándose de él, temerosa de lo que pudiera hacer.

—No te acerques más, te lo advierto —dijo, segura de que él la golpearía.

—¿Y qué vas a hacer, oh gran y poderosa dama? —preguntó. —¿De verdad crees que puedes hacerme algo? ¿O dejar los Muchos Reinos, para el caso? Nunca te irás, me aseguraré de eso

Cerró la puerta de golpe y la cerró detrás de él.

Al sonido de la llave girando en la cerradura, corrió hacia la puerta y la golpeó, pidiendo a alguien que la ayudara, pero fue en vano. Estaba aterrorizada y sola y le preocupaba lo que Sir Richard pudiera hacerles a sus hijas. Lo odiaba como nunca había odiado a nadie en su vida, pero odiaba aún más a Cenicienta por haberle contado a Sir Richard su secreto.

Nunca perdonaría a la chica por traicionarla.



Más tarde esa noche, cuando Sir Richard abrió la puerta del dormitorio de Lady Tremaine, ella estaba allí esperándolo. En su mano, cuidadosamente escondida entre los pliegues de su vestido, agarraba la botella que las Hermanas Extrañas le habían dado.





Sir Richard apenas la miró, su voz fría.

—Como parece que has despedido a Nanny y Rebecca, supongo que será mejor que vayas a la cocina y nos prepares la cena —dijo. Cenicienta estaba detrás de él con lágrimas en los ojos.

Él continuó.

—Y mantén a raya a esas tontas hijas tuyas. Han estado llorando toda la noche. Ya no puedo soportar el sonido. No quiero verlas a ninguna de ustedes en el comedor. Me gustaría comer en paz con mi hija. Ustedes pueden comer en la cocina como las sirvientas que son

Tomó a Cenicienta del brazo y la arrastró tras él por el pasillo.

—¿Y dónde están mis chicas? —ella lo llamó.

—En la cocina a la que pertenecen —murmuró, sin molestarse en mirarla.

Se quedó allí un momento y luego recordó lo que había dicho sobre despedir a Rebecca.

Pero Lady Tremaine no la había despedido. ¿A dónde se había ido? Se preguntó si esas brujas le habían advertido que no regresara después de que Nanny las enviara volando por la puerta principal.

Aun así, algo de todo esto no tenía sentido. Lo único que sabía con certeza era que ella y sus hijas estaban atrapadas con un hombre que temía que le hiciera daño.

Solo le quedaba una opción.





# CAPITULO XVI: EL RATON LA TAZA DE TE Y LA INVITACION

Después de la prematura muerte de Sir Richard, las cosas fueron diferentes en la casa Tremaine. El libro de cuentos de hadas había dicho algunas cosas bien.

Murió, de repente y demasiado pronto. La fortuna de Lady Tremaine le había sido devuelta tras su muerte, y la historia era cierta en que la había malgastado, si se puede llamar malgastar a tratar de cuidar de sus hijas, de ella misma y de una hijastra que odiaba. Ni siquiera quedaba lo suficiente para reservarles el pasaje de regreso a Inglaterra.

Estaba literalmente atrapada, sin apenas dinero suficiente para mantener a sus hijas y Cenicienta, y estaba desesperada por hacer algo que pudiera cambiar sus circunstancias. Intentó enviar varias cartas a Lady Hackle, pero incluso sin la interferencia de Rebecca, estaba casi segura de que su amiga no las había recibido. Se sentía como si la totalidad de los Muchos Reinos estuviera conspirando para mantenerla a ella y a sus hijas atrapadas allí para que pudieran vivir esta historia predestinada.

Y tal como estaba escrito en el libro, una mañana, mientras Lady Tremaine estaba tomando su café en la cama, sus hijas entraron gritando a su habitación. Parecía que Cenicienta había puesto un ratón debajo de la taza de té de Anastasia.

Lady Tremaine ya estaba harta de esas tonterías de ratones. Una cosa era que Cenicienta hiciera ropa para ellos cuando era pequeña y los tratara como muñecas vivientes con los que podía jugar, pero se había convertido en una obsesión malsana y francamente inquietante ahora que era una señorita. Pasaba todo el tiempo en su habitación hablando con las horribles criaturas, y Lady Tremaine estaba empezando a preocuparse por el estado de ánimo de Cenicienta.





Nada parecía desconcertar a la chica. No lloró en el funeral de su padre y no protestó cuando Lady Tremaine insistió en que se hiciera cargo de las tareas domésticas. Incluso pareció bastante complacida cuando Lady Tremaine le dijo que dormiría en el dormitorio del ático después de la muerte de su padre.

Cenicienta simplemente dijo: —Entiendo.

Parecía que no había nada que Lady Tremaine pudiera hacer para aplastar su espíritu; la chica incluso cantaba mientras hacía sus quehaceres.

Pero el hecho era que, a pesar de todas las sonrisas e ingenuidad de Cenicienta, Lady Tremaine sintió que la niña tenía un lado siniestro. Había estado atormentando a sus hijas desde el día en que se conocieron: ponía ratones debajo de sus tazas de té, ratones en sus zapatos, ratones en los bolsillos de sus vestidos, ratones con gorritos y chalecos por todas partes. Lady Tremaine estaba harta de eso. Pero lo que más le molestaba era que Cenicienta la hubiera traicionado. Había actuado tan dulcemente, luego se dio la vuelta y le dijo a su padre que ella y sus hijas estaban tratando de escapar. Eso, Lady Tremaine nunca podría perdonar. Y ahora detestaba a la chica.

Y así se encontró una vez más llamando a Cenicienta a su habitación para tener una charla con ella sobre los ratones.

—Cierra la puerta, Cenicienta —dijo en voz baja. —Ven aquí.

Ella estaba acariciando a su gato Lucifer, con los ojos entrecerrados hacia la chica. Había estado soportando tonterías como esta durante años, y ya no tenía paciencia para ello. Lo había estado haciendo desde el primer día, y ninguna cantidad de conversación o castigo ayudaba en el asunto. Cenicienta nunca había aprendido y tendría que aceptar las consecuencias.

Por supuesto, Cenicienta trató de negarlo. Pero, ¿quién más pondría un ratón con un sombrero y un chaleco a juego debajo de una taza de té?

—Oh, por favor, no creerá que... —Cenicienta trató de defenderse, pero Lady Tremaine la interrumpió.





—¡Cierra la boca! ¡Ahora! —ella espetó, luego continuó. —Parece que tenemos tiempo en nuestras manos —dijo, levantando su taza de café y sonriendo.

—Pero sólo estaba tratando de... —Comenzó a decir Cenicienta, pero de nuevo Lady Tremaine la interrumpió

—¡Silencio! ¿Es hora de bromas pesadas? Quizás podamos darle un mejor uso —Vertió crema en su café y continuó. —Ahora... déjame ver. Está la gran alfombra del salón principal. ¡Límpiala! Y las ventanas de arriba y abajo. ¡Lávalas! Oh, sí... y los tapices, y las cortinas...

Lady Tremaine sintió una sensación de poder al hacer que Cenicienta pagara por todo lo que había hecho para hacer su vida miserable: los ratones, por supuesto, y la traición imperdonable. Pero también lo disfrutó porque ella y sus hijas habían pasado años limpiando los restos de Cenicienta y cumpliendo las órdenes de su padre, todo bajo la atenta mirada de su pobre, dulce, perfecta y fallecida madre.

La madre que Lady Tremaine nunca había tenido la esperanza de reemplazar. Estaba encantada de cambiar las tornas ahora con esta pequeña mocosa engañosa y traidora. Así la veía Lady Tremaine. ¿Y quién podría culparla realmente?

Y como había llegado a odiar tanto a la chica, se deleitaba en no dejarla hablar.

—Pero acabo de...

El hecho es que Lady Tremaine odiaba el sonido de la dulce voz de Cenicienta. Estaba harta de eso y estaba harta de ella. Odiaba ver a la chica.

—¡Hazlo de nuevo! —Lady Tremaine espetó. —Y no te olvides del jardín. Luego fregar la terraza... barrer los pasillos... y las escaleras... limpiar las chimeneas. Y, por supuesto, está remendar, coser y lavar la ropa —Ella tomó un sorbo de su café. —Oh, sí, y una cosa más. Procura que Lucifer se bañe —agregó, sabiendo cuánto odiaba Cenicienta darle un baño a Lucifer.





Eran mañanas como esta las que daban vida a Lady Tremaine. La hacían sentir como la mujer fuerte y capaz que era y no la cobarde en la que se había convertido bajo el dominio del padre de Cenicienta.

Sin embargo, ninguna cantidad de tormento a la niña cambiaría sus circunstancias. Necesitaba un plan. Pero entonces se le presentó mágicamente una solución a todos sus problemas.

Una invitación del castillo.

Llegó esa tarde mientras estaba con sus chicas, que habían estado discutiendo, sin duda porque se sentían muy nerviosas por las constantes travesuras de Cenicienta.

Lady Tremaine había estado bajo un tremendo estrés y agitación, pero rara vez se permitía perder el control, no desde que había comenzado a usar su broche todos los días. Mantuvo la compostura como una estatua.

Fría, determinada y en completo control. Hizo todo lo posible para impartir esta forma de pensar a sus chicas, pero fue en vano. Anastasia y Drizella siempre habían sido difíciles de controlar, ahora que reflexionaba sobre ello.

Las chicas se volvieron locas como siempre cuando Cenicienta trajo la invitación, arrebatándola una y otra vez hasta que Lady Tremaine tomó la carta y la leyó ella misma.

—Bueno, va a haber un baile —dijo, dándose cuenta de que esta era la oportunidad perfecta para sus hijas. Si una de ellos pudiera casarse con el príncipe, ¡sus oraciones serían contestadas! Pero entonces escuchó a Sir Richard en su mente, riéndose de ella cuando había llamado hermosas a sus chicas y diciendo que no estaban presentables. Por supuesto, pensó que su propia hija sería una mejor pareja para el príncipe. Por mucho que creyera que sus hijas eran adorables, no podía evitar el temor de que, si Cenicienta asistía al baile con ellas, Anastasia y Drizella serían pasadas por alto.

Lady Tremaine decidió que haría todo lo posible para evitar que la chica asistiera, para darles a sus chicas una mejor oportunidad.





La niña había hecho todo lo que estaba en su poder para hacer que la vida de Lady Tremaine fuera insoportable, y no iba a permitir que la pequeña idiota arruinara esto para sus hijas, no después de todo lo que ya les había hecho. Esta vez sus hijas brillarían y finalmente tendrían una vida más feliz, la que ella había esperado cuando se mudaron por primera vez a este miserable lugar.

Pero Cenicienta había leído la carta ella misma y señaló con esa voz suya demasiado dulce y burlona que la carta decía que, por decreto real, todas las doncellas elegibles deberían asistir al baile.

—Sí... Así es —dijo Lady Tremaine. —Bueno, no veo ninguna razón por la que no puedas ir... si terminas todo tu trabajo.

—¡Oh, lo hare! Lo prometo —dijo Cenicienta.

—Y *si* puedes encontrar algo adecuado para ponerte —agregó, sabiendo muy bien que Cenicienta no tenía vestidos de fiesta propios.

—¡Estoy segura de que puedo! Oh, gracias, madrastra.

Cenicienta salió de la habitación sonriendo, sin duda con visiones de casarse con el príncipe bailando en su cabeza llena de plumas y sueños.

Lady Tremaine estaba satisfecha. No había forma de que Cenicienta pudiera terminar todas sus tareas domésticas, hacer un vestido y aún tener tiempo suficiente para prepararse para el baile. Tocó su broche felizmente, pensando en cómo le rompería el corazón a Cenicienta verlas ir al baile sin ella. Pero sus hijas no parecían darse cuenta del plan de su madre.

—¡Mamá! ¿Te das cuenta de lo que acabas de decir? —Preguntó Drizella.

—Por supuesto. Dije que sí... —dijo Lady Tremaine, sonriendo.





## CAPÍTULO XVII: EL BAILE

El castillo era todo lo que Lady Tremaine había imaginado. Allí se sentía como en casa. Era la primera vez desde que había dejado Inglaterra que se sentía como si estuviera en un entorno familiar. Incluso estaba feliz de ver al desgarrado Gran Duque corriendo, aunque su primer encuentro incómodo hace años había hecho imposible convertirse en verdaderos amigos, lo que probablemente explicaría que no se detuviera a saludarla a ella y a sus hijas cuando hicieron su entrada. Bueno, esta vez, sí tenía la oportunidad, le dejaría una gran impresión. Después de todo, se conocían y su marido había formado parte de la corte. Las cosas eran tan extrañas en este reino; para ella nunca tuvo sentido que no la hubieran invitado a la corte antes, o que nadie hubiera enviado su pésame por el fallecimiento de Sir Richard, o simplemente se hubiera dado una vuelta para ver si ella y sus chicas estaban bien.

Mientras ella y sus hijas hacían cola esperando ser anunciadas a la familia real, Lady Tremaine se preocupó por las plumas y rizos de Drizella y Anastasia, asegurándose de que se vieran perfectas.

—¡Madre, por favor detente! Me estás poniendo nerviosa —dijo Anastasia, golpeando con el pie.

—Lo siento, cariño. Solo quiero que te veas hermosa para el príncipe. Sé que querrá casarse con una de ustedes. Ustedes son las chicas más hermosas aquí —dijo, mirando alrededor de la habitación a todas las demás damas y caballeros cortesanos con la esperanza de que sus hijas llamaran la atención del príncipe.

—¡Oh, madre, por favor! Sabes que eso no es cierto —dijo Drizella. —Mira a todas estas hermosas chicas, todas son como Cenicienta. No tenemos ninguna posibilidad.

Ella suspiró profundamente.

El castillo simplemente estaba repleto de jóvenes elegidas, todas vestidas con sus mejores vestidos de baile, que brillaban bajo la luz de los candelabros.





Todos eran impresionantes, pero incluso Lady Tremaine tuvo que admitir para sí misma que ninguna era tan encantadora como su hijastra amante de las alimañas, a quien afortunadamente había dejado en el castillo.

Lady Tremaine notó que Anastasia también parecía cohibida mientras escondía sus manos, que aún estaban agrietadas y secas por años de lavar platos en la cocina.

A Lady Tremaine le dolía en el corazón que sus hijas no se consideraran hermosas, pero las palabras de Sir Richard seguían resonando en su mente una y otra vez, haciéndola dudar de que el príncipe vería la belleza en sus hijas que ella veía. Quería protegerlas, y casi las tomó a ambas de la mano para llevárselas antes de que conocieran al príncipe. No sería capaz de soportar que el príncipe hiciera algo para que sus hijas se sintieran indignas de estar allí entre la legión de bellezas reunidas esa noche. Y justo cuando estaba a punto de llevarse a sus hijas y partir, escuchó una voz familiar.

—No se vaya, Lady Tremaine, no ahora, cuando finalmente tiene la oportunidad de hacer una vida mejor para usted y sus hijas.

Lady Tremaine reconoció la voz de Rebecca de inmediato. Quería regañarla, gritarle y estrangular a la mujer por traicionarla y trabajar con esas malditas brujas a sus espaldas.

—Rebecca —dijo con calma mientras Anastasia y Drizella chillaban de felicidad al verla.

—Hola chicas. ¿No se ven exquisitas esta noche? Pasará algún tiempo antes de que ustedes y su mamá sean anunciadas y presentadas a la corte. ¿Por qué no van a traernos ponche? No querrán sonar como sapos croando cuando saluden al príncipe, ¿verdad? —dijo, sonriendo a Anastasia y Drizella.

—¡Oh cielos! ¡Mi garganta está un poco seca! Zella, vamos por un poco de ponche —dijo Anastasia. —¡Volveremos en seguida!

Ambas chicas salieron corriendo, dejando a Rebecca y Lady Tremaine solas.





Lady Tremaine rápidamente desvió la mirada de sus hijas a Rebecca. No quería nada más que envolver sus manos alrededor de su cuello y apretar hasta que no hubiera vida en ella.

—¿Qué estás haciendo aquí, bruja? —preguntó, alcanzando su broche y hablando con los dientes apretados para que los otros invitados no los oyeran.

—Así que ha adivinado quién soy

Rebecca se rió, sonando inquietantemente como esas extrañas hermanas brujas.

—Nanny me dijo quién eres. Dijo que estabas trabajando con las Hermanas Extrañas. No fue difícil deducir que también eres una bruja.

Rebecca se echó a reír de nuevo, pero esta vez se unió a la risa de los demás en el salón de baile y, a medida que crecía la risa, algo perturbador comenzó a suceder. Todos en la habitación disminuyeron la velocidad como si se estuvieran moviendo a través del agua. Era la cosa más extraña que Lady Tremaine había visto en su vida. Parecían completamente inconscientes de que esto les estaba pasando. Lady Tremaine se quedó allí mirando a todos los invitados con asombro mientras sus movimientos se volvían cada vez más lentos hasta que finalmente todos quedaron congelados en su lugar como estatuas. Todos excepto Lady Tremaine,

Rebecca y las Hermanas Extrañas, que avanzaban lentamente hacia ellas a través del mar de esculturales invitados a la fiesta. Sus ojos estaban fijos en Lady Tremaine, y ella no pudo evitar recordar cuando Sir Richard la miró de esa manera cuando se vieron por primera vez en la fiesta de Lady Hackle. Recordó haberse sentido como si fuera su presa, y eso era exactamente lo que sentía en ese momento.

—Vamos a presentar a nuestra hermana Circe —dijo Lucinda, o al menos la que Lady Tremaine pensó que debía ser Lucinda, porque ella se quedó en el medio y habló primero.

Lucinda hizo un gesto con la mano y Rebecca se transformó ante sus ojos en una hermosa belleza de cabello dorado con los rasgos más delicados que Lady Tremaine había visto en su vida.





Era toda plateada y dorada, casi luminiscente, como si una luz brillara desde su interior. Mientras las cuatro hermanas brujas estaban allí, Lady Tremaine no pudo evitar sentirse hechizada por este extraño grupo de mujeres. Era difícil creer que la rubia Circe estuviera relacionada con las Hermanas Extrañas.

Lady Tremaine tocó su broche, deseando ralentizar los latidos de su corazón, deseando que dejara de revolotear a un ritmo tan rápido. Necesitaba estar tranquila. Necesitaba tener confianza.

—Somos las cuatro, las Hermanas Extrañas —dijo Circe, sonriendo a Lady Tremaine.

—¿Cuál es el significado de esto? ¿Qué le han hecho a todos y dónde están mis hijas? —Circe se rió.

—Sus hijas están bastante bien, lady Tremaine. Mis hermanas estaban decepcionadas de que nunca las llamara en busca de ayuda, y ahora que le vemos caminando por el camino de su propia desaparición, pensamos en preguntarte por última vez si podemos ayudarle

Esta vez fue Lady Tremaine quien se rió.

—¿Ayudarme? ¿ayudarme? ¡Tú eres la razón por la que estoy en este horrible lugar! Conspiraste contra mí y me trajiste aquí, poniendo en marcha todos estos acontecimientos. Tu libro de cuentos de hadas me marcó como una villana, tu libro, y ahora estoy atrapada en una historia de la que no puedo escapar —Lady Tremaine no era una persona violenta, pero quería golpear a esa Circe. —Confíe en ti, pensé que eras mi amiga y me traicionaste.

Circe suspiró.

—Soy su amiga, Lady Tremaine. Le he estado protegiendo todo el tiempo. Yo fui quien se aseguró de que su esposo encontrara el broche en esa pequeña tienda, y me quedé a su lado haciendo lo que pude para mantenerla a salvo. ¿No hice que mis hermanas trajeran el tónico de su salvación? ¿Y no estoy aquí ahora ofreciendo mi ayuda una vez más?

Trató de alcanzar la mano de Lady Tremaine, pero Lady Tremaine retrocedió enojada.





—¡Mantén tus manos lejos de mí, bruja! ¡No estaría aquí si no fuera por ti y tu maldito libro! ¡Ustedes son las autoras de mi desaparición! ¡Ustedes hicieron esto!

Las cuatro Hermanas Extrañas se rieron con tanta fuerza que los candelabros se balancearon sobre sus cabezas.

—Solo escribimos lo que nos dice la profecía, Lady Tremaine —dijo Circe. —No podemos cambiar lo que está escrito, pero nos hemos ocupado de tratar de ayudar a quienes quedan atrapados en la maraña del libro. Eso es todo lo que siempre hemos querido hacer, ayudar. ¿Nos dejará ahora? Tal vez con nuestra magia podamos reescribir su historia, pero no podemos hacerlo sin su permiso.

Era extraño para Lady Tremaine estar hablando con esta mujer que pensaba que era Rebecca, que ahora se veía completamente diferente, pero todavía había algo en Circe que se sentía como su vieja amiga. Por alguna razón, sentía que podía confiar en ella incluso si era tan rara como sus hermanas de pelo oscuro.

—Puede confiar en mí, lady Tremaine, se lo prometo —dijo Circe. Sus hermanas, Lucinda, Ruby y Martha, sonrieron detrás de ella.

—No sé en quién confiar. Nanny dijo que maldijeron mi broche, ¿es cierto? Lucinda negó con la cabeza.

—La magia de las brujas y las hadas son muy diferentes entre sí. Las hadas han desconfiado durante mucho tiempo de la magia de las brujas. Como tú, Nanny tiene su propia historia en el libro de los cuentos de hadas, y nos dice que pronto empezará a desconfiar de la magia de las hadas y adoptará el camino de las brujas. Pero esa es una historia para otro momento.

—¡Todos hablan con acertijos! Es tan confuso. Nanny dijo que pensaba que estaban tratando de ayudarme, pero no entiendo por qué me traen aquí, poniendo todo esto en movimiento, ¡y luego se ofrecen a ayudarme! Nada de eso tiene sentido.

Circe intentó tomar la mano de Lady Tremaine una vez más, y esta vez dejó que la bruja la tomara.





—Porque fue escrito, Lady Tremaine. Estabas destinada a venir a los Muchos Reinos y casarte con el padre de Cenicienta, y su abuso te convertiría en un monstruo, provocando que a su vez abusaras de su hija. Pensamos que, si podíamos reescribir esta historia y asegurarnos de que el broche llegara a tu poder, te daría el valor para enfrentarte a él.

¿No te sientes con más control cuando lo usas? Te vi tocándolo hace un momento. Eso es lo que te dio la fuerza para enfrentarme —Circe miró a Lady Tremaine a los ojos.

—Eso es cierto, pero ¿por qué ocultarme el libro de los cuentos de hadas? ¿Por qué impedir que mis cartas lleguen a Lady Prudence? —preguntó, buscando en el rostro de Circe y esperando poder confiar en ella.

—Tal vez fue un error ocultarle el libro —dijo Circe. —Pensamos que la asustaría, o tal vez la llevaría más lejos por el camino que estábamos tratando de ayudarla a evitar.

Lady Tremaine sintió que Circe estaba diciendo la verdad. Pero antes de que pudiera hablar, Circe continuó:

—En cuanto a las cartas, lamento decir que fue arrogancia. Queríamos ser las que le ayudaran. Tuvimos innumerables discusiones sobre las cartas de Lady Prudence, pero al final, mis hermanas y yo decidimos que queríamos ser nosotras las que la salváramos, no ella. ¿Podrá perdonarme alguna vez, Lady Tremaine? Debe creer que todo lo que siempre hemos querido hacer es ayudarle a usted y a sus hijas.

Lady Tremaine no sabía qué pensar. Quería desesperadamente sacarla a ella y a sus hijas de los Muchos Reinos, y si confiar en estas brujas traicioneras les ayudaba a hacer eso, ¿cuál podría ser el daño?

—Podemos ayudarla a escapar, Lady Tremaine —la instó Circe. —No tiene que casar a una de sus hijas con un príncipe mojigato. Además, ese destino es de Cenicienta

Los ojos de Lady Tremaine se ensancharon.





—¿Cenicienta? ¡Ni siquiera está aquí! —dijo, mirando alrededor del salón de baile. —Está en casa, ella... emm... no tiene nada que ponerse. —Oh, ella estará aquí, y el príncipe querrá casarse con ella. Todo está escrito —dijo Lucinda.

Lady Tremaine levantó las manos. Estaba harta del libro de cuentos de hadas y esta supuesta profecía.

—Si ya está escrito, ¿Cómo proponen que cambiemos mi destino? —preguntó, agarrando su broche. Se sintió cada vez más enojada. Ninguna de estas mujeres tenía sentido.

Ni estas brujas ni Nanny.

—Por arte de magia —dijeron las cuatro brujas al mismo tiempo, riendo de nuevo.

—Pero Nanny dijo que no podía ayudarme, porque yo soy la villana en esta historia. ¿Cómo me van a ayudar? —preguntó Lady Tremaine.

—Su magia no puede, pero la nuestra sí. Las princesas son el dominio de las hadas —dijo Circe. —Los villanos son nuestros. Somos las hadas madrinas de los villanos, por así decirlo. Ahora, ¿Quiere quedarse aquí toda la noche mientras explicamos cómo funciona la magia en los Muchos Reinos, o quiere que la llevemos a usted y a sus hijas a Inglaterra, donde pertenecen?

Antes de que Lady Tremaine pudiera responder, una mancha azul voló hacia el salón de baile, lanzando chispas en cascada.

Lady Tremaine se dio cuenta de que era una mujer de pelo gris, por lo que parecía, un hada. Llevaba una túnica azul con capucha y llevaba una varita, la fuente de las chispas. El hada se parecía bastante a Nanny y, por un breve momento, Lady Tremaine pensó que podría serlo.

—¡Les advertí que se mantuvieran alejados de este salón de baile, Hermanas Extrañas! ¡No dejaré que se metan con mi Cenicienta! —Dijo el hada, lanzando magia con su varita a las Hermanas Extrañas, quienes se dispersaron y se escondieron detrás de los congelados invitados a la fiesta para evitar ser hechizadas.

—Nanny, ¿qué estás haciendo? —gritó Lady Tremaine.





El hada se detuvo en el aire y miró a Lady Tremaine, que se cernía sobre ella con una mirada indignada en su rostro.

—Oh, debes estar confundiéndome con mi hermana. Ella nos contó todo sobre ti —dijo el hada. —Soy el Hada Madrina.

Su expresión de repente se transformó en una sonrisa brillante, como si decir su propio nombre le causara un gran orgullo.

—¿Estás aquí para ayudarme? —preguntó Lady Tremaine, esperando con todo su corazón que así fuera. Las Hermanas Extrañas dijeron que querían ayudarla, pero algo en ellas la asustó. Preferiría por mucho la ayuda de esta hada de aspecto amable con la túnica azul. —Nanny dijo que pediría ayuda a las hadas, pero yo había perdido la esperanza.

Las Hermanas Extrañas se rieron burlonamente, sus voces chillaban en la distancia.

¡El Hada Madrina nunca te ayudará! —ellas se rieron.

El Hada Madrina examinó la habitación, tratando de averiguar de dónde venían sus voces en medio de los asistentes a la fiesta, congelados.

—¿Ayudarte? —dijo el Hada Madrina en estado de shock. —¿Ayudar a un villano? No seas ridícula. Mi hermana, Nanny, podría haber sido engañada para que pensara que tú eras la inocente en todo esto, pero yo no. Estoy aquí para asegurarme de que nada se interponga en el camino de que Cenicienta se case con ese príncipe, y que usted y sus hijas obtengan exactamente lo que se merecen.

Las alas relucientes del hada se movieron con ira.

—Pero Nanny dijo que me ayudaría —suplicó Lady Tremaine. —Dijo que vería si podía convencer al Consejo de Hadas para que me ayudara. ¡Ella hizo una promesa! Tienes que ayudarme, hada madrina, solo tienes que hacerlo. No puedes abandonarme ahora.

El Hada Madrina entrecerró los ojos.

—Veo por qué mi hermana fue tan fácil de engañar por ti. Eres convincente, pero incluso si pudiera ayudarte, no lo haría. No después de lo que le has hecho a Cenicienta.





Lady Tremaine quería llorar. Sintió que estaba perdiendo el control de la realidad, y agarró su broche para fortalecerse.

—Puede que no hayas sido un villano cuando desembarcaste en las costas de Morningstar, pero te has convertido en uno desde entonces —continuó el Hada Madrina.

—Has instado a tus hijas por el mismo camino, animándolas a ser tan desagradables y miserables como tú y usándolas para torturar a mi Cenicienta. No, Lady Tremaine, te mereces lo que viene a continuación en tu historia.

—¿Qué viene después? ¿Qué nos pasará a mí y a mis hijas? —preguntó Lady Tremaine, sintiéndose como si estuviera atrapada en una horrible pesadilla donde todo estaba patas arriba.

Había pensado que era la heroína de su propia historia. Se había enamorado y viajado a una tierra extranjera para comenzar una nueva vida, solo para darse cuenta de que había sido engañada. Ella había soportado años de abuso. Y ahora una verdadera hada madrina le decía que, de hecho, no era la heroína de su propio cuento, sino la villana del de otra persona.

—Por favor, dime, ¿Qué va a pasar? —ella rogó, agarrando su broche y dispuesta a permanecer lo más tranquila y fría posible.

—Tendrás que esperar y ver —dijo el Hada Madrina, levantando su varita.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Lady Tremaine.

—Haciéndote olvidar y volviendo a poner todo en su curso correcto —dijo el Hada Madrina. —Oh, mira, y justo a tiempo para la llegada de Cenicienta. Veo que su carruaje se detiene frente al palacio ahora.

Ella comenzó a agitar su varita, pero la habitación comenzó a retumbar y temblar, lo que la hizo girar en busca de la fuente de la magia.

—¡Hada madrina, detente! —gritaron las Hermanas Extrañas, las cuatro de repente se pararon ante el hada y Lady Tremaine.

—No hagas esto —dijo Circe. —No estamos aquí para entrometernos con Cenicienta. Estamos aquí para ayudar a Lady Tremaine. Cenicienta puede tener a su príncipe, solo déjenos ayudar a Lady Tremaine y sus hijas.





Nanny vio lo que realmente estaba sucediendo. Quería ayudar a la dama y sus niñas, pero ¿Dónde está ahora? ¿Por qué nunca ha vuelto para ayudarlas?

—Mi hermana fue enviada muy lejos —dijo el Hada Madrina. —Me temo que no recordará quién es durante bastante tiempo, y mucho menos recordará a Lady Tremaine.

—¿Le borraste la memoria?—se sorprendió Circe.

—Fue lo mejor. Ella estaba amenazando nuestra forma de vida, amenazando la tradición de las hadas. Había que detenerla —dijo el Hada Madrina.

—Recuerda mis palabras, hada madrina —dijo Circe. —¡Tu hermana volverá algún día y ocupará el lugar que le corresponde! ¡Y cantaremos y bailaremos en las cenizas cuando el Hada Oscura destruya las Tierras de las Hadas! ¡Esto también ha sido escrito!—

—No hay hada oscura, Circe. Como de costumbre, tú y tus hermanas están diciendo tonterías —dijo el Hada Madrina.

—Oh, lo habrá, y un día cuando las estrellas no estén bien, ella te destruirá por todo el daño que has causado en los Muchos Reinos —La habitación se estremeció cuando Circe habló.

—¡Es suficiente! —El Hada Madrina agitó su varita para crear un remolino detrás de las hermanas. —Le dije a Nanny hace años que lamentaríamos dejarlas sueltas en Muchos Reinos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Lucinda, con la cabeza ladeada.

—Sí, ¿A qué te refieres? —preguntó Circe, levantando las manos y haciendo que la habitación temblara tan violentamente que ahora las paredes comenzaban a agrietarse y las damas y caballeros congelados se derrumbaban.

—Exigimos que nos digas lo que quieres decir —dijeron las cuatro hermanas con una sola voz.

—¡Dinos ahora o te destruiremos! —Circe agregó, sus ojos se llenaron de rabia.

Ahora le tocó reír al Hada Madrina.





—Oh por favor. Este es mi dominio. No tienes poder sobre mí aquí. Estamos en el capítulo de la historia de la princesa —Ella puso sus manos en sus caderas y tenía una mirada de satisfacción en su rostro. —Ya he tenido suficiente de brujas. Lo último que necesito es enfrentarme a gente como ustedes en esta noche de todas las noches. ¡Ahora salgan de este lugar de inmediato o les enviaré al dominio de Hades al que pertenecen!

—Envíanos allí —dijo Lucinda, sonriendo.

—Creo que estaría feliz de vernos —dijo Circe, riendo.

Y con eso, el Hada Madrina lanzó a Circe y sus hermanas hacia atrás en un vórtice arremolinado.

—¡Listo! —dijo con otro movimiento de su varita, y el vórtice se cerró. —¡Ya tuve suficiente de ellas!

—¿Dónde están? ¿Qué has hecho con ellas? —gritó Lady Tremaine.

El Hada Madrina sonrió.

—No te preocupes. Es hora de volver a tu historia ahora, querida. Olvidemos que esto sucedió alguna vez y consigamos que mi Cenicienta se case con su príncipe —dijo, agitando su varita.

De inmediato, el salón de baile volvió a entrar en acción. Anastasia y Drizella regresaron con su madre mientras sonaba la música, la gente bailaba y los cortesanos continuaban anunciando al príncipe cada doncella elegible.

Lady Tremaine se sintió extraña, como si se hubiera quedado dormida momentáneamente. Lo último que recordaba era que sus hijas la regañaban por jugar con sus vestidos y plumas.

—Está bien, queridas mías, dejaré de quejarme. Creo que están a punto de anunciarnos —dijo.

Y así, como si lo hubiera convocado, las llamaron por sus nombres. Mientras Lady Tremaine escoltaba a sus hijas para que las presentaran ante el príncipe, supo que esta era su última oportunidad de libertad.

La madre y sus hijas le hicieron una reverencia.





Pero en lugar de sonreír amablemente, el príncipe puso los ojos en blanco, y en ese momento Lady Tremaine supo en su corazón que ella y sus hijas estarían atrapadas en los Muchos Reinos para siempre.

Fue entonces que Cenicienta entró deslizándose en el salón de baile, luciendo como si acabara de salir de las páginas de un libro de cuentos de hadas. Todos los ojos de la habitación se volvieron hacia ella. Lady Tremaine apenas la reconoció, y podía decir que Anastasia y Drizella tampoco, pero fue su hermanastra la que llegó justo a tiempo para robar cualquier oportunidad que pudieran haber tenido con el príncipe.

—¿De dónde sacó ese vestido? —Lady Tremaine preguntó con los dientes apretados, mirando a sus hijas abrirse camino a tientas a través de sus reverencias.

Pero el príncipe ya no estaba prestando atención. Sus ojos se habían movido más allá de ellos, concentrándose solo en Cenicienta. Anastasia y Drizella ni siquiera habían terminado de enderezarse de sus reverencias cuando él se puso de pie abruptamente, pasando por delante de las hermanas, que parecían tan tontas de pie frente al trono vacío.

Mientras Lady Tremaine veía al príncipe ir a Cenicienta, sintió que su mundo se desmoronaba a su alrededor. Ella lo había perdido todo. Y ahora la chica que la había traicionado lo tendría todo, todo lo que Lady Tremaine había deseado para ella y sus propias hijas. Odiaba a Cenicienta más que nunca; sintió como si la bilis caliente se agitara en su estómago mientras se quedaba allí mirando al príncipe besar la mano de Cenicienta y luego llevarla a la pista de baile, con su vestido plateado deslizándose a su alrededor con gracia. Lady Tremaine se ponía enferma al mirarla.

Se suponía que este sería su feliz para siempre, y Cenicienta se lo había quitado.

Todo el mundo estaba asombrado de Cenicienta, abarrotando el borde de la pista de baile, y se dio cuenta de que sus hijas se habían abierto paso desde el trono para unirse a los agrupados para ver quién bailaba con el príncipe.





No tenía ganas de decirles que era su hermanastra. Esperaba poder evitarles esta humillación final al menos mientras estaban en público.

—¿La conocemos? —preguntó Drizella.

—Bueno, el príncipe ciertamente sí —dijo Anastasia.

—Sé que nunca la he visto —Drizella se agachó para ver mejor.

Lady Tremaine murmuró de acuerdo, mintiendo mientras formulaba un plan para evitar que Cenicienta se casara con el príncipe. ¡La escondería en el sótano! Ella pensó que era una idea brillante y estaba ansiosa por compartirla con sus hijas una vez en casa.

Mientras Drizella y Anastasia estiraron el cuello para ver mejor esta misteriosa belleza.

Lady Tremaine siguió a la pareja de baile hasta el borde de la pista de baile. Fingió que también sentía curiosidad por la deslumbrante joven de la que el príncipe estaba tan enamorado. Mientras agarraba su broche, sintió que su corazón se enfriaba y se endurecía. Y sabía lo que tenía que hacer.

Ella se aseguraría de que Cenicienta nunca se casara con el príncipe. Si ella y sus hijas iban a verse obligadas a llevar una vida miserable, ella se aseguraría de que Cenicienta también lo hiciera. La niña sufriría por frustrar todos sus sueños.





# CAPITULO XVIII: EL INFELICES POR SIEMPRE

Habían pasado muchos años desde ese fatídico baile donde el príncipe se enamoró de Cenicienta. El recuerdo de esa noche todavía llenaba de rabia a Lady Tremaine. Ella nunca olvidaría el día en que Cenicienta deslizó su pie en la zapatilla de cristal y fue llevada al castillo para casarse con su príncipe mientras todo el reino se regocijaba en la celebración. Todos, es decir, excepto las Tremaine.

Nunca escaparon de los Muchos Reinos. A medida que el castillo decayó con los años, también lo hizo la mente de Lady Tremaine. Miramos desde nuestro espejo mágico, deseando que hubiera algo que pudiéramos hacer para ayudar a la dama y sus hijas, pero la magia de El Hada Madrina nos impidió interferir. No era frecuente que un antagonista de cuento de hadas viva para ver el final de la historia de la princesa, y sabíamos que debía haber sido una miseria para Lady Tremaine saber que Cenicienta estaba viviendo una vida gloriosa como la bella y amable reina en la que se convirtió.

En aquellos primeros días esperábamos encontrar la manera de ayudar a la dama y sus hijas, pero la magia nos llevó por caminos nuevos e inesperados. Como todos los demás, nos olvidamos de Lady Tremaine, escondida como estaba en una prisión creada por hadas, encerrada en la casa de la infancia de Cenicienta. Condenada a volverse más cruel y espantosa a medida que pasaban los años, ¿Cómo podía ser de otra manera? Había visto su vida deslizarse entre sus dedos. Se había mudado a otro mundo para estar con un hombre que pensaba que estaba enamorado de ella, solo para descubrir que la estaba usando por su dinero y la atraparía en su propia casa y la haría temer por su vida y por las vidas de sus hijas. Su torbellino de romance se había convertido en una pesadilla.





A medida que pasaban los años, la mente de Lady Tremaine comenzó a deformarse en su amargura y rabia. Su enfoque singular era conseguir que al menos una de sus hijas se casara, todo para sacarlas de la miseria a la que habían estado sometidas durante más años de los que podía recordar.

Anastasia y Drizella también empezaron a cambiar. A medida que su madre se hundía cada vez más en la locura y la desesperación, empezaron a lamentar cómo habían tratado a Cenicienta. Vieron la historia de otra manera, a través de los ojos de mujeres jóvenes en lugar del de niñas. Se sentaban en sus habitaciones por la noche hablando de su infancia y armando todas las piezas. Se dieron cuenta de que Cenicienta no estaba siendo horrible con su madre como pensaban en esos primeros días; ella también estaba siendo controlada por su cruel y horrible padre. Pero la revelación más sorprendente que hicieron en esas conversaciones nocturnas fue algo que nunca pudieron compartir con su madre. Además, hacía mucho que habían dejado de intentar que su madre entendiera el punto de vista de Cenicienta. Solo la enviaban a un ataque de rabia. Así que guardaron este secreto cerca de sus corazones y hacían lo que su madre les decía que hicieran. Llevaban vestidos de novia blancos y escuchaban sus desvaríos. No fue hasta que se cansaron tanto de vivir como espectros en un castillo encantado que finalmente decidieron defenderse. El futuro de su madre podría estar perdido, pero aún podrían luchar por el suyo.

Fue un día como muchos otros. Comenzó con Lady Tremaine sentada en el lúgubre salón delantero de su castillo. La habitación estaba a oscuras, pero fragmentos de luz atravesaban las cortinas apolilladas, haciendo brillar el polvo y las telarañas de la habitación.

Su madre estaba despotricando, y Anastasia y Drizella estaban haciendo todo lo posible para evitarla. Estaban en sus habitaciones, pero podían escuchar la voz de su madre haciendo eco en las escaleras.

—Lo he arruinado todo. Arruine mi vida y la de mis hijas, todo por un hombre que solo tenía suficiente amor en su corazón por su difunta esposa y su hija.





Lady Tremaine estaba hablando con un regordete gato blanco y negro que la miraba perezosamente mientras hablaba.

—¡Hemos estado atrapadas en esta casa desde que el príncipe se llevó a la horrible Cenicienta y la convirtió en su esposa! ¡Mis hijas y yo deberíamos estar en ese castillo, no esa niña tonta y mimada! —El gato parpadeó y siguió escuchando a su ama. —Era una niña loca, hablaba con ratones, los vestía con ropa hecha a mano. ¡Eso era repugnante! Me pregunto, ¿le gustará al rey que su reina llene el castillo de ratoncitos sucios?

—Madre, ¿con quién estás hablando? —Era Drizella. Estaba de pie en las sombras, evitando los cegadores fragmentos de luz que entraban por los agujeros de polilla de las cortinas.

Lady Tremaine entrecerró los ojos, tratando de ver a su hija.

—Ven a la luz, querida, así te podré ver.

Drizella se quedó dónde estaba. Ella era como una estatua. Se quedó inmóvil, demasiado asustada para dejar que su madre la viera.

—¡Haz lo que te digo, Zella! ¡Hazlo ahora y deja de actuar como un tonto vampiro y sal a la luz! —Drizella se abrió paso lentamente entre las sombras. —¡Quiero verlo todo, niña! ¡No solo las puntas de tus zapatos! —Y luego quedó claro por qué Drizella se estaba escondiendo de su madre. El rostro de Lady Tremaine se puso escarlata de ira. —Ah, ahora veo. Hemos hablado de esto, Zella. ¿Y en qué estuvimos de acuerdo la última vez que hablamos sobre este asunto?

—¡Nunca bajar esas escaleras sin vestirme apropiadamente! —dijo la joven asustada.

—Precisamente. ¡Ahora sube y cámbiate de ropa en este momento!

—¡Madre, por favor! ¡No me hagas volver a ponerme ese vestido! —Drizella parecía desesperada, pero los ojos de su madre se agrandaron a medida que aumentaba su ira.





—¿Cómo vas a atraer a un marido si no estás vestida apropiadamente?  
—Su voz retumbante hizo que los muchos gatos blancos y negros que poblaban su castillo en ruinas y cubierto de enredaderas se dispersaran. —¡Sube y ponte tu vestido ahora mismo!

—Drizella se miró los pies mientras su madre seguía gritando. —¡Zella! ¡Ve! ¡No quiero volver a verte hasta que te pongas tu vestido! ¡Y envía a tu hermana! —La dueña de la casa vio a su hija desaparecer escaleras arriba.

—¡Niña tonta! —Arrojó una almohada de terciopelo raída por la habitación. —Lo siento, querido —le dijo al gato asustado. —Ven aquí, Lucifer, lamento haberte asustado. Ven con mami. —El gato se acercó con aire de mal humor a su ama. —No me mires así. Ya dije que lo sentía. ¿Qué vamos a hacer con esas chicas, negándose a usar sus mejores vestidos, negándose a encontrar maridos para que podamos salir de esta miseria?

—Madre, ¿Estás hablando con el gato de nuevo?

Era Anastasia. Sus rizos de jengibre colgaban largos y sueltos por sus hombros, enmarcando su rostro terriblemente pálido y haciendo juego con su pintura de labios de color rojo vivo.

—Recuerdas que no es Lucifer, ¿verdad? Murió hace muchos años.

—¿Cómo te atreves a decir que mi dulce bebé murió? No estás muerto, ¿Verdad, querido mío? —Lady Tremaine acarició al engreído gato blanco y negro, fingiendo olvidar que su hija estaba allí. —No escuches a esa chica tonta, Lucifer. Estás bien

—Madre, hemos hablado de esto. Simplemente se parece a Lucifer. —¡Stasia! ¡Cuántas veces tengo que decirte que le he puesto el nombre de su padre! ¡Ahora deja de tratarme como una tonta loca! —El rostro de Lady Tremaine se contrajo de rabia, pero cuando finalmente fijó la mirada en su hija, la vista de Anastasia con su vestido de novia pareció sacarla de su locura. —¡Oh, mi querida niña! ¡Sólo mírate! ¡Te ves tan hermosa! Stasia, ¡Serás nuestra salvadora, a diferencia de tu horrible hermana! ¿Dónde está ella? ¡Zella! ¡Baja aquí en este instante!





Drizella bajó lentamente las escaleras. Sus ojos estaban rojos e hinchados por el llanto, su maquillaje de ojos negros estaba manchado.

—¡Dios mío, mírate, Zella! ¡Estas hermosa!

Lady Tremaine se puso de pie y admiró a sus dos hijas, que ahora estaban una al lado de la otra con vestidos de novia andrajosos y manchados. Se veían espantosas: pálidas y enfermizas, como si su piel nunca hubiera visto la luz del día.

—¡Miren a mis preciosas chicas! ¡Como muñecas vivientes de la perfección!

—¡Mamá! No puedes hablar en serio

—¿Qué quieres decir, Zella? Lucifer, ¿Ves algo malo en la apariencia de mis hijas? —el gato engreído parpadeó. —¡Ven! ¡Lucifer piensa que se ven hermosas! ¡Cualquier hombre que entre en esta casa pensará que están hermosas!

—¡Madre, por favor! —dijeron las chicas al unísono. —¿Al menos podemos lavar estos vestidos?

Lady Tremaine volvió su atención a su gato, arrullándolo y acariciando sus orejas.

—¿Y que un joven apto llegue a la casa mientras sus vestidos están colgados para secarse y ustedes pierden su oportunidad para siempre? ¡Nunca! —dijo, devolviendo sus atenciones a su gato.

—¡Mamá! Los hombres elegibles ya no vienen aquí; ¡No lo han hecho en mucho tiempo! —dijo Anastasia. —¿Sabes lo que dicen de nosotras en el pueblo? ¡Qué debe pensar la reina Cenicienta cada vez que se entera de cómo actúas cuando llegan las entregas del palacio!

Lady Tremaine estalló; su ira fue explosiva.

—¡Nunca me menciones el nombre de esa chica! ¡Nunca! ¿Lo entiendes? —Volvió a centrar su atención en el último Lucifer. —Oh, mi apuesto hombre, mi único amor, mi único compañero. ¿Qué haremos con estas chicas ingratas?





Quejándose interminablemente de los hermosos vestidos que les compré cuando todavía tenía la esperanza de que se casaran y nos sacaran de esta prisión. ¡Y defienden a esa horrible Cenicienta en cada oportunidad! —dijo Lady Tremaine, sin dejar de mirar a su gato.

—Pero mamá, si apelamos a Cenicienta y le decimos cuánto lamentamos todo lo que hicimos, tal vez ella nos perdonaría y ofrecería su ayuda —dijo Anastasia.

—Sí, mamá, sé que nos perdonaría. Ella no quiso traicionarte, sé que no lo quiso. Ella era solo una niña, no sabía lo que estaba haciendo —agregó Drizella.

La cabeza de Lady Tremaine giró en dirección a sus hijas.

—¡Cómo se atreven a defender a Cenicienta! ¡Después de todo lo que hizo! Ella es la razón por la que estamos atrapadas aquí. No volveré a escuchar su nombre. ¡No lo haré! —dijo, volviendo su atención a Lucifer. —Oh, Lucifer, ¿qué haré con mis hijas? Gasté lo último de nuestro dinero en esas chicas malcriadas, comprándoles los vestidos de novia más hermosos, ¿y así es como me tratan? ¿Qué debo hacer? —el gato parpadeó y maulló en respuesta, y Lady Tremaine ladeó la cabeza como si pudiera entenderlo. —¿Qué es eso, Lucifer? ¿Volver a poner a las bestias en el sótano? ¡Creo que eso podría ser suficiente! Eso les enseñará a obedecer a su madre

—¡Madre, no! ¡Por favor! ¡No volveremos a ir al sótano! ¡No lo haremos! —Drizella estaba llorando, sus manos temblaban de miedo. —Hace frío y está oscuro ahí abajo. ¡No lo haremos!

—¡Harán lo que les digo, Drizella! —dijo Lady Tremaine. —Ya conocen el castigo por defender a Cenicienta —Agarró a Drizella por el pelo y la arrastró hasta las escaleras del sótano. —¿Te atreves a desafiarme? ¿Después de todo lo que he hecho por ti? ¡Eres tan mala como Cenicienta! —Empujó a su hija al suelo y la mantuvo allí, sacando un par de tijeras grandes de su bolsillo. —¡Todo lo que ustedes dos hacen es hablar de Cenicienta! ¡Cenicienta esto y Cenicienta aquello!





*¡No fue su culpa, fue su padre! ¡Oh, mamá, nos sentimos mal por cómo la tratamos! Bueno, ¡estoy harta de eso! ¡No lo oiré más!*

Anastasia se quedó paralizada mientras su madre sujetaba a su hermana. Quería ayudar a Drizella, pero estaba paralizada por el miedo cuando su madre gritó en la cara de su hermana.

—¡Ustedes dos son inútiles! ¡Nunca han podido hacer nada bien! ¡Ni siquiera pueden ponerse los vestidos que les compré! *Oh, mamá, nos vemos horribles. ¿No podemos quitarnos estos vestidos sucios?* Si crees que te ves horrible ahora, ¡espera hasta que termine contigo! —para horror de Anastasia, Lady Tremaine empezó a cortar los rizos de Drizella.

—¡Traidora! —chilló, una y otra vez. —¿Crees que no conozco sus pequeños secretos sucios, los que susurran en la oscuridad de la noche? ¿Crees que soy una tonta? ¿De qué otra manera habría sabido Cenicienta que estábamos planeando irnos si no se lo hubieran dicho? ¡Todas me traicionaron! —gritó mientras cortaba más cabello de su hija.

—¡Madre, no! —dijo Anastasia mientras trataba de apartar a su madre de su hermana, pero Lady Tremaine se volvió hacia ella y le hizo un corte en el brazo con las tijeras.

Anastasia gritó, retrocediendo de miedo y horror mientras veía a Drizella luchar por liberarse.





## CAPITULO XIX: FELICES PARA SIEMPRE

—¡Es suficiente! —dijo el Hada Madrina cerrando el libro. —Ya no puedo leer. Nanny, está bien. Tenemos que sacar a esas chicas de esa casa.

Las otras hadas estuvieron de acuerdo.

—¡Sí! Por favor, ve de una vez. ¡Las Hadas Buenas y yo velaremos por la Tierra de las Hadas mientras no estas! —dijo el Hada Azul.

—Sí, Hada Madrina, ¡ve! —intervino Merryweather. —Antes de que esa horrible mujer las mate. Ella se ha vuelto loca. No tenía idea de que las cosas fueran tan malas para ellas.

—¡Esas pobres chicas! —gritó Flora.

—Oh, me siento fatal por ellas. Quizás deberíamos ir todas —agregó Fauna.

—Gracias, mis buenas hadas, pero creo que Nanny y yo deberíamos manejar esto por nuestra cuenta. Es decir, si acepta ir conmigo —dijo el Hada Madrina, mirando a su hermana.

—Sí, por supuesto que te ayudaré, mi hermana —asintió Nanny. —Siento que ambas se lo debemos a Anastasia y Drizella por no protegerlas cuando deberíamos haberlo hecho.

—Estoy de acuerdo, pero me niego a ayudar a su madre. Es una mujer horrible y bestial —dijo el Hada Madrina.

—Estoy de acuerdo —dijo Nanny. —Pero sabes tan bien como yo que es culpa nuestra que ella haya resultado así. Debería haber ido en contra del consejo y ayudarla en ese entonces, antes de que todo se derrumbara.

Para su sorpresa, su hermana estuvo de acuerdo.





—Sabes, nunca pensé que me escucharía decir esto, pero creo que las Hermanas Extrañas estaban tratando de ayudar a Lady Tremaine —dijo el Hada Madrina.

—Sí, creo que tienes razón. Es una pena que siempre parecen encontrar la manera de hacer que todo salga mal —dijo Nanny.



Después de enviarle una nota a Cenicienta para asegurarle que ayudarían a sus hermanastras, el Hada Madrina y Nanny volaron sobre la antigua casa de Cenicienta. El castillo estaba cubierto de enredaderas y se desmoronaba por el abandono y la descomposición. Cuando aterrizaron en el patio, el corazón del Hada Madrina se sintió enfermo. Ella había hecho esto. Era su propia magia de hadas la que había atrapado a esas niñas en esa casa con su terrible madre, desperdiciando su juventud. Ahora que había leído lo que Lady Tremaine era capaz de hacer con sus propias hijas, no se arrepintió de lo que le había hecho a la mujer. Pero Anastasia y Drizella se merecían algo mejor. Y estaba a punto de hacer las paces. Solo esperaba que no fuera demasiado tarde.

—Yo también me siento terrible —dijo Nanny, leyendo la mente de su hermana. —Debería haberlas protegido. Debería haber sido su hada madrina. Y debería haber ayudado a su madre antes de que fuera demasiado tarde.

El Hada Madrina rodeó a su hermana con el brazo.

—No podías, querida. Estabas atada a las hadas por otra misión, y no olvidemos que perdiste la memoria. Debería haberte dicho lo que pasó con las Tremaine cuando regresaste a la Tierra de las Hadas. Si esto es culpa de alguien, es mía. Pero ahora las estamos compensando. Y gracias a ti, a partir de ahora las hadas extenderán su alcance más allá de las aspirantes a princesas, como siempre has deseado. Esta historia finalmente me ha demostrado que has tenido razón todo el tiempo —dijo, dándole a su hermana un beso en la mejilla.

—Oh, hermana, ¿lo dices en serio? —preguntó Nanny.

El Hada Madrina se rió.





—¿Tengo opción? Ahora gobiernas las Tierras de las Hadas.

—Bueno, no, supongo que no tienes otra opción, pero estoy tan feliz de tenerte a mi lado —dijo Nanny.

—Está bien, basta de esta charla, tenemos un trabajo que hacer —dijo el Hada Madrina, sacando su varita de la manga.

Llevaba puesta su bata azul con capucha ondulante, la que había usado cuando ayudó a Cenicienta tantos años atrás. Era apropiado, de verdad. Ella había completado el círculo.

—Y nuestro trabajo está hecho para nosotras, ¡mira el estado de este lugar! —dijo, haciendo un gesto para indicar el castillo.

—Oh, hemos reparado lugares peores, hermana. Reconstruimos la Tierra de las Hadas y El Reino Morningstar después de que Maléfica los destruyera. Creo que podemos manejar esto —dijo Nanny, tomando a su hermana de la mano mientras caminaban hacia la puerta principal.

Podían ver a Anastasia y Drizella mirándolas a través de las ventanas del sótano. Se veían espantosas. No era de extrañar que la gente del pueblo pensara que eran fantasmas. Y dondequiera que miraran había gatos blancos y negros y gatitos de varios tamaños deambulando, maullando malhumorados a las hadas.

—¿Llamamos o simplemente entramos? —preguntó Nanny.

—Digo que llamemos a la puerta, no tiene sentido que seamos groseras —dijo el Hada Madrina.

Pero antes de que pudieran hacerlo, la puerta se abrió violentamente para revelar el rostro airado de Lady Tremaine.

—¡Ya les he dicho que no me interesa su brujería! ¡Aléjense de mi casa! —gritó Lady Tremaine.

El Hada Madrina se sorprendió.





—Bueno, esta es la primera vez que soy confundida con una bruja —El Hada Madrina agitó sus alas. —¡No somos brujas, señora, sino hadas del más alto nivel! Ahora déjanos entrar o nos veremos obligadas a usar nuestra magia.

Pero Lady Tremaine siguió criticándolas.

—No me importa si son brujas, hadas o el mismísimo Hades, ¡no les permitiré entrar en mi casa! Te recuerdo del baile. ¿Y crees que tampoco te recuerdo, Nanny? ¿Cómo te atreves a venir aquí con tu hermana bruja después de todos estos años? Después de negar mis súplicas de ayuda. ¿Cómo te atreves a dejar que mis hijas y yo nos pudramos en esta miseria! ¿Por qué están aquí? ¿Para finalmente tomar mi broche? Bueno, ¡no podrán tenerlo! ¡Es mío y no me separaré de él! Mi esposo me lo dio. La única persona que me ha amado de verdad. Y no lo entregaré. No lo haré.

—Lamentamos mucho cómo resultó esto, Lady Tremaine, de verdad, y queremos hacer las paces. ¿Podemos entrar? Nos gustaría ayudarte a ti y a sus hijas. Tenemos entendido que están en el sótano. ¿No nos dejarías sacarlas a la luz y darles una vida mejor? —Nanny buscó en el rostro de la mujer enojada algo de la dama que una vez conoció. Pero todo lo que vio fue ira, angustia y traición. Un corazón frío.

Ella estaba más allá de toda posible ayuda, más allá de la salvación.

—Entonces, ¿has estado usando tu magia para espiarme? ¡Usando tu vil brujería! ¿Crees que soy una vieja tonta y confundida? ¡Nunca te dejaré tener a mis hijas! ¡Todo lo que he hecho, lo he hecho por ellas! ¡Todo! ¿qué planeas hacer, dejarlas ir? ¿Y qué será de mí? —preguntó, avanzando hacia las hadas empuñando un par de tijeras largas manchadas de sangre, cortando el aire y gritando.

—¡Es suficiente! —dijo el Hada Madrina, atacando a Lady Tremaine con su varita mágica.

Lady Tremaine se desvaneció en el aire.

—¿Qué ocurrió con ella? ¿Qué le hiciste? —preguntó Nanny, mirando a su alrededor buscando a Lady Tremaine.





—Te diré después. Ahora tenemos que sacar a esas chicas del sótano —dijo el Hada Madrina usando su varita para abrir la puerta.

—¡Chicas! Pueden salir ahora, es seguro —dijo el Hada Madrina.

Luego, lenta y tentativamente, dos mujeres jóvenes, frágiles y de aspecto lúgubre salieron arrastrándose del sótano. Parecían espectros asustados. Les habían cortado el pelo en mechones al azar y sus rostros estaban muy hinchados por las largas horas de llanto.

—¿Están aquí para ayudarnos? —dijo Anastasia mientras salía, su hermana, Drizella, escondida detrás de ella. —¿Cómo ayudaste a Cenicienta?

—Sí, queridas, estamos aquí para ayudarlas. Lamentamos que nos haya tomado tanto tiempo —dijo el Hada Madrina.

Agitó su varita, restaurando los encantadores rizos de cada niña.

—¿Pueden perdonarme? —preguntó el Hada Madrina, tomando a ambas niñas en sus brazos.

—¿Eres nuestra hada madrina?—preguntó Drizella.

—Deseábamos que vinieras todos los días —dijo Anastasia.

—Sí, las dos lo somos —dijo Nanny. —Y tenemos un mensaje para ustedes de parte de la reina

—¡Oh, Nanny, eres tú! Regresaste por nosotras. Esperábamos que lo hicieras. ¡Te extrañamos mucho! —dijo Drizella, haciendo que las lágrimas pincharan los ojos de Nanny.

—Siento que me haya tomado tanto tiempo encontrar el camino de regreso a ustedes, chicas. Espero que algún día podamos sentarnos juntas y les cuente la historia, y espero de todo corazón que me perdonen —dijo abrazándolas.

—Nanny, ¿dijiste que la reina tenía un mensaje para nosotras? ¿La Reina Cenicienta? ¿Ella te envió aquí? —dijo Anastasia.

—Sí querida. Ella nos envió aquí para ayudarles —dijo el Hada Madrina.





—Y ella está organizando un baile en su honor, para darles la bienvenida a la corte. Ella ha invitado a todos los caballeros elegibles a asistir —dijo Nanny.

Pero ambas chicas empezaron a llorar.

—¿Qué pasa?— preguntó el Hada Madrina. —¿Por qué están llorando?

—Bueno, ¡míranos! No podemos ir al palacio con este aspecto. ¿Y quién dice que queremos asistir a un baile o incluso casarnos?— dijo Drizella.

—La elección es suya, por supuesto —dijo Nanny.

—Oh, pero seguro que les gustaría ver a su hermana —interrumpió el Hada Madrina —y luego pueden decidir si les gustaría quedarse allí con ella o volver a vivir aquí. Depende totalmente de ustedes

—Creo que me gustaría volver a casa en Inglaterra después de decirle a Cenicienta cuánto lamentamos todo lo que pasó —dijo Anastasia.

—Yo también lo quisiera. Pero, ¿cómo podemos? ¿Y cómo podemos acercarnos a Cenicienta después de lo que le hicimos? —añadió Drizella entre lágrimas.

—Oh, mi querida niña —dijo el Hada Madrina. —Cenicienta me dijo algo hace muchos años, el día de su boda. Dijo que entendía por qué ustedes y su madre la odiaban. En ese momento no lo entendí. Pero después de leer su historia, creo que ahora sí.

—¿De verdad crees que ella nos perdonará? —preguntó Anastasia.

—Oh, mi querida niña, ya lo ha hecho —dijo Nanny. —Y espero que ustedes encuentren en su corazón el poder de perdonarla —agregó, tomando las manos de las dos niñas.

—¡Oh, Nanny! —dijo Anastasia. —Realmente te hemos extrañado. —Volvió a abrazar a la anciana.

—¡Pero no podemos ir al castillo así!





—Bueno, queridas, ¡para eso tienen hadas madrinas! —dijo el Hada Madrina, guiñando un ojo a Nanny.

—¡Oh, sé que quieres cantar la canción bibbidi-bobbidi-boo! ¡Adelante, entonces! —dijo Nanny.

El Hada Madrina estaba más feliz de lo que había estado en años. Cantando sus palabras mágicas y agitando su varita, concediendo deseos y arreglando las cosas, pero esta vez junto a su hermana Nanny. Había soñado que algún día harían magia como esta juntas, y finalmente su sueño se había hecho realidad. Y antes de que ambas se dieran cuenta, toda la casa volvió a ser hermosa, como lo había sido años antes.

—Bien, chicas, entendemos completamente si no desean vivir aquí, pero son bienvenidas, por supuesto. Cenicienta dice que la casa es para ustedes. Pero solo digan una palabra y organizaremos otro lugar para que se queden, o las enviaremos de regreso a Inglaterra. Cumpliremos sus deseos —dijo el Hada Madrina, mirando el carruaje real que acababa de llegar.

Anastasia y Drizella se quedaron asombradas.

—Vengan, chicas, hay un carruaje que las llevará a ver a su hermana en el palacio real. Ella las está esperando. —El Hada Madrina condujo a las niñas hacia el carruaje.

—Pero... —dijo Drizella.

—Pero nada. Cenicienta está muy emocionada de verlas —dijo, empujándolas hacia la puerta del carruaje.

—Pero, hada madrina —dijo Anastasia. —no estamos vestidas correctamente.

—Oh, sí, el vestido. Siempre lo olvido —dijo el Hada Madrina con una sonrisa, recordando cómo casi se había olvidado del vestido de Cenicienta hasta el último momento hace tantos años. —Nanny, ¿te gustaría hacer los honores esta vez? —preguntó ella.





—Sería un placer —dijo Nanny, conjurando hermosos vestidos para Anastasia y Drizella.

El Hada Madrina se dio cuenta de que su hermana estaba disfrutando del arte de las hadas, en realidad estaba en su elemento, y la hizo sonreír verla feliz nuevamente después de todo lo que había pasado con sus otros encargos. Las dos hadas se apartaron, admirando su obra, y pensaron que Lady Tremaine tenía razón: sus hijas eran hermosas. Se veían tan hermosas en sus vestidos. El de Anastasia era un voluminoso vestido carmesí con un elaborado brocado dorado, y Drizella llevaba uno violeta con adornos plateados. Lucían impresionantes.

—Ahora sí, ustedes dos se ven perfectas. Absolutamente hermosas —dijo el Hada Madrina.

—¿Oh, en serio, Hada Madrina? ¿Realmente nos vemos hermosas? —preguntó Anastasia.

—Oh, sí, queridas —dijo justo antes de que las niñas la envolvieran a ella y a Nanny en besos y abrazos.

—¡Muchas gracias! —dijeron ambas al unísono, subiendo al carruaje.

—No, espera, nos olvidamos de una cosa —dijo el Hada Madrina, lanzando chispas a ambas en sus pies. —¡No debemos olvidar las zapatillas de cristal! —dijo ella. —¡Ahora están realmente perfectas! Oh, sí, y aquí está su invitación real —Se la entregó a Anastasia. —Asegúrense de mostrársela a los guardias cuando su carruaje llegue al castillo. Y, por favor, díganle a Cenicienta cuánto la amo.

—¿No vienen con nosotras? —preguntó Drizella.

—¡Oh, no, querida, planeamos llenar sus armarios con ropa encantadora y descubrir qué hacer con todos estos gatos! Todavía queda trabajo por hacer aquí. No te preocupes, Cenicienta las cuidará muy bien. Y si alguna vez necesitan algo, pídanle un deseo a una estrella y les prometo que esta vez nos presentaremos —dijo el Hada Madrina. Tanto Anastasia como Drizella besaron a sus hadas madrinas en las mejillas.





—Continúen, no querrán hacer esperar a su hermana —dijo Nanny con lágrimas en los ojos.

—Y no se preocupen, estos encantamientos nunca se romperán. Su carruaje no se convertirá en una calabaza —dijo riendo.

—Pero, hada madrina, ¿qué le pasó a nuestra madre? ¿Volverá?— preguntó Drizella desde el carruaje.

El Hada Madrina sonrió a las niñas.

—No se preocupen por ella, chicas. Les prometo que nunca les volverá a hacer daño. ¡Ahora vayan, al palacio! ¡Nanny y yo tenemos cosas importantes que hacer! —dijo mientras el carruaje de Anastasia y Drizella se alejaba, con las chicas saludando y sonriendo a sus hadas madrinas.

—Adiós, chicas. Que lo pasen muy bien en el palacio —dijo el Hada Madrina mientras las veía alejarse.

—Estoy muy orgullosa de ti, hermana —dijo Nanny, abrazando al Hada Madrina. —Por cierto, ¿qué hiciste con Lady Tremaine?

—Te lo mostraré —dijo el Hada Madrina con una sonrisa traviesa en su rostro. —Ella está exactamente donde pertenece. Casi la dejo en el sótano —dijo, conduciendo a Nanny hasta el viejo dormitorio del ático de Cenicienta. —Pero decidí que el ático sería mejor.

Nanny no pudo evitar jadear. Allí, en medio de la habitación, estaba Lady Tremaine, congelada para siempre en el tiempo, con la mano en el broche y su gato, Lucifer, acurrucado a sus pies.

—¿La has convertido en una estatua? —dijo Nanny.

—Sí —dijo el Hada Madrina, riendo entre dientes al notar que unos ratones habían hecho un nido en el cabello de Lady Tremaine.

Por fin, Lady Tremaine estaba fría, sólida e inamovible, como siempre había deseado.

FIN